

ALFONSO R. DE GRIJALBA Y LOPEZ FALCON
MARQUES DE GRIJALBA

POR TIERRAS COLOMBINAS

IMPRESIONES Y APUNTES

LA REPUBLICA DEL ECUADOR

1924--1929

GUAYAQUIL

TIP. Y LIT. DE LA SOCIEDAD FILANTROPICA DEL GUAYAS

ALFONSO R. DE GRIJALBA Y LOPEZ FALCON

MARQUES DE GRIJALBA

DEL ILUSTRE COLEGIO DE ABOGADOS DE MADRID

EX-DIPUTADO A CORTES

MIEMBRO CORRESPONDIENTE DE LA ACADEMIA

DE LA HISTORIA

DEL

ECUADOR

POR TIERRAS COLOMBINAS

IMPRESIONES Y APUNTES

LA REPUBLICA DEL ECUADOR

31AR 00075

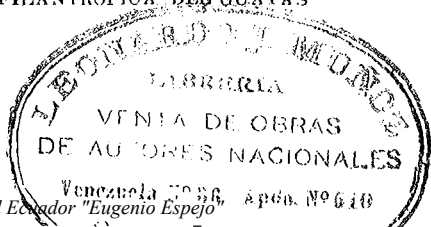
1924-1929	
BIBLIOTECA NACIONAL	
QUITO - ECUADOR	
COLECCION GENERAL	
Nº <u>N400-17</u>	AÑO <u>2009</u>
DERECHOS RESERVADOS	
PRECIO _____	DONACION _____

COPYRIGHT

Ficha# 74366

GUAYAQUIL

TIP. Y LIT. DE LA SOCIEDAD FILANTROPICA DEL GUAYAS



Dedicatoria

A Su Majestad el Rey Don Alfonso XIII.

Señor

Al escribir sobre la República del Ecuador, donde España dejó huellas imperecederas de su genio inmortal, no se debe olvidar a España, esta vieja patria nuestra que no podrá, aunque quiera, dejar de ser grande, porque le basta para su grandeza el recuerdo de que fundió en el troquel de su raza las almas de muchos pueblos y entre ellos la de esta nación culta, progresiva, hospitalaria, cuyo suelo es un emporio; el subsuelo, una mina; el paisaje, un paraíso; sus montañas, un asombro; su capital, una joya y sus climas, un milagro.

En las páginas de este libro, escrito al volar de la pluma, he procurado reflejar en lo posible cuanto mis ojos vieron, y me permito ofrendarlo a Vuestra Majestad en prueba de mi rendida gratitud y como testimonio fiel de mi adhesión inquebrantable.

Señor

A. L. R. P. de V. M.

EL AUTOR.

**PROYECTO DE LEYENDA QUE BRINDA
EL AUTOR DE ESTE LIBRO
AL "TOURING CLUB ECUATORIANO"**

"Ecuador es el país cuyo suelo es un emporio; el subsuelo, una mina; el paisaje, un paraíso; sus montañas, un asombro; la capital, una joya y sus climas, un milagro."

(Transcripto de la Dedicatoria a S. M. el Rey Don Alfonso XIII).

OBRAS DEL MISMO AUTOR

"EL CONTRATO DE TRABAJO ANTE LA RAZON Y EL DERECHO".—Prólogo del Exmo. Señor Don Eduardo Sanz y Escartín, Vice-presidente de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas—Madrid—1ª edición 1908.

Segunda edición corregida y aumentada. Preámbulo del Exmo. Señor Conde de Romanones, Presidente del Consejo de Ministros—Editorial Marineda—1919.

"LA LOCA".—Drama en tres actos y en prosa. Estrenado en el Teatro Español de Madrid por la Compañía María Guerrero-Díaz de Mendoza—1909.

"LA REVANCHA".—Diálogo—Estrenado en el Teatro Principal de San Sebastián por Francisco Morano y Matilde Asquerino.—1912.

"LA SUPREMA RAZON".—Comedia en dos actos estrenada en Madrid por la Compañía Reig-Palma.—1914.

"LOS ENEMIGOS DEL REY".—Prólogo de Manuel Bueno.—Editorial Marineda.—1ª edición.—1925.

Segunda edición corregida y aumentada.—1926.

POR TIERRAS COLOMBINAS".—El Perú—1929

EN PREPARACION

"POR TIERRAS COLOMBINAS.—Colombia, Venezuela, Panamá.

AL QUE LEYERE...

EN el mes de Abril de 1924, alentado por mi Rey y con el apoyo del Jefe del Gobierno, señor Marqués de Estella, salí de España con rumbo a la América del Sur. Cinco fueron las Repúblicas que tuve el honor de visitar: Venezuela, Colombia, Panamá, el Ecuador y el Perú.

Cuando un año después regresé a mi patria, S.M. el Rey primero y luego el general Primo de Rivera, me animaron a publicar mis impresiones personales sobre estos países tan jóvenes y ya tan adelantados en el camino del progreso y de la civilización. En la segunda edición de mi libro "*Los enemigos del Rey*" dediqué unos cuantos capítulos a relatar, en forma episódica, mi gira por la América del Sur; y más tarde en distintos diarios y revistas consagré varios artículos al mismo tema.

Aun sintiendo invencible repugnancia por todo lo que significa citas de actos personales míos, he tenido que recordar los antecedentes de aquella campaña, que el general Primo de Rivera calificó bondadosamente de

fecunda y patriótica, porque, al publicar esta obra, necesitaba mostrar los títulos que tengo para ello, y justificar su aparición, no como cosa esporádica y de puro aprovechamiento de materiales ya usados en parte, sino como eslabón de una cadena de esfuerzos realizados en estos últimos años.

Si el dar a conocer en América la España actual, desvaneciendo prejuicios forjados, las más de las veces, en las luchas diarias de la competencia mercantil, es obra conveniente y útil, no ha de serlo menos el dar a conocer en España los progresos constantes y las asombrosas realidades de las naciones de su estirpe, coadyuvando así a la acción fecunda y meritoria de nuestras colonias de emigrantes que siempre se refleja por modo extraordinario en nuestra Patria. La activa y perseverante propaganda que en las Repúblicas de habla española realizan a porfía, los Estados Unidos del Norte y las grandes potencias europeas, Alemania y Francia, Inglaterra e Italia, está revelando a voces, su importancia y su interés en todos los órdenes de la Economía y del Progreso.

Y si a España importa e interesa mucho conjurar un peligro inminente para nuestro idioma, nuestra literatura y nuestras relaciones comerciales, aún ha de interesarle e importarle más afianzar el intercambio espiritual, fomentando los anhelos en que venimos a coincidir, y despertando a uno y otro lado del Atlántico, la afición al estudio de los problemas hispano-americanos. El mérito de este libro consistirá no en que lo elogien y aplaudan, sino en que sirva de estímulo para que se escriban otros encaminados al mismo fin.

Y ahora sólo me resta hacer una advertencia que considero necesaria porque responde a una línea de conducta invariable que me he trazado y es: que en las páginas de este libro, no hallará el lector críticas y comentarios a la manera de esos odiosos y antipáticos *turistas*

que creen ser originales y hasta ingeniosos, observando y destacando los defectos e imperfecciones de los países, recorridos, a menudo, sin la preparación suficiente.

“Lo que hace que los viajes sean fecundos como enseñanza—ha dicho Eça de Queirós—es la rápida y cordial simpatía hacia los países visitados. Amando sus costumbres, asimilándonos sus ideas y mirando con benevolencia hasta sus prejuicios, recibimos una alta lección práctica y directa de cada sociedad en que vamos viviendo.”

Atinada y profunda reflexión que no tuvieron en cuenta los que, al viajar por el extranjero, sólo atienden a exaltar las divergencias entre lo que han visto y el tipo de civilización objeto de sus preferencias. No se puede juzgar, cuando se aspira a la imparcialidad, a través de egoísmos y prejuicios. Para aprovechar y comprender las lecciones de la naturaleza y de la vida social, hay que dejar brotar dentro de nosotros raudales de simpatía hacia todo lo que surge y vive y pasar los ojos en redor nuestro con propósitos de aprender.

Las bellezas y las riquezas del territorio ecuatoriano, unidas a tanta maravilla del arte colonial, entre cuyas paredes se amontonan leyendas y recuerdos de varios siglos, no se hicieron para viajeros con prisas, únicamente preocupados del *confort*. Hay algo de irreverencia que acusa incultura, en esos paseos rápidos durante los cuales se pretende haber examinado las joyas puras del arte, con mirada curiosa y distraída. . . . Y no son los monumentos, considerados en abstracto, lo que más interesa al viajero digno de este nombre, sino sentir palpar en ellos, a través de la historia y del tiempo, el alma de un pueblo, sus progresos, sus desengaños, sus esperanzas. Y para esto, tal vez, no baste toda una vida.

Capítulo Preliminar

Proa al Ecuador.—Primeras impresiones del primer viaje.—El río Guayas.—Guayaquil: el puerto y la ciudad.—Columnias de despechados.—Una entrevista con el Doctor Córdova, Presidente de la República.—En la “Casa de los Estudiantes”.—Mi conferencia en la Universidad.—El Doctor D. Camilo O. Andrade.—Palabra empeñada y cumplida.

EN el “Manuel Arnús” de la Compañía Trasatlántica española, me embarqué con rumbo a Guayaquil. Al desprenderse del gigantesco muelle del puerto de Cristobal, el hermoso buque parece una ciudad flotante que se pone en marcha. Solemne y majestuoso, suave y resuelto al mismo tiempo, enfila la entrada del Canal, mientras una bandada de aves blancas se agita nerviosa como los pañuelos de despedida. Es efectivamente una ciudad flotando sobre las aguas.

Ya frente a Panamá, la sirena exhala el último ala-

rido imponente, las modernas máquinas trepidan vertiginosas, las hélices aceleran sus rotaciones y el "Manuel Arnús" y yo con él, entramos en el Gran Oceano, cara al mar infinito. . . Las quince mil toneladas de la espléndida nave parecen desafiar los embates furiosos de las olas encrespadas y del viento huracanado con la seguridad y firmeza de un poder incontrastable.

Se acabaron las vacilaciones de las antiguas carabelas, dentro de las cuales el hombre se sentía indefenso e impotente, aterrado y minúsculo, ante los ultrajes de las corrientes impetuosas y de los ciclones invencibles. ¡Qué lejos están los tiempos en que un viaje de Europa a América representaba un esfuerzo titánico de pericia y de valor! Entonces el agua potable se corrompía en los aljibes, la galleta de munición endurecida tenía que partirse a martillazos, y los alimentos todos eran, a los pocos días de navegación, inaccesibles al paladar y al estómago. Hoy los pasajeros de un gran Trasatlántico están atendidos como en los mejores hoteles de Europa y América. Este solo contraste basta para aquilatar el mérito y la grandeza de aquellos intrépidos navegantes que surcaban el mar inmenso en las antiguas naves veleras, para morir por la Patria.

—Al clarear el día, el "Arnús" pide práctico frente a la entrada del golfo y penetramos en el río Guayas proa a Guayaquil. Ya he dicho en ocasión reciente, que no recuerdo haber visto nada tan prodigiosamente bello como este río, ningún paisaje que supere al encanto de su travesía. Todo en él nos acaricia, nos halaga, nos transporta a las regiones del ensueño.

"Es un paisaje del Edén, perdido
en los albores de la tierra antigua"

ha dicho César Borja, el gran poeta ecuatoriano. Nada

puede, a mi juicio superar las espléndidas liberalidades de la Naturaleza en las márgenes del río Guayas; ni siquiera igualar la variedad y profusión de plantas y flores silvestres, colores y fragancias que corta un agua limpia y tersa como el cristal. La sola contemplación de esta maravilla merece el viaje.

—El puerto de Guayaquil, pintoresco y alegre, está demandando a gritos la construcción de un muelle más en armonía con sus necesidades crecientes y la importancia del tráfico moderno. En aquel entonces los pícaros contrabandistas hacían su Agosto, un mes de Agosto que duraba todo el año.

“¿Tiene Ud. algo que ocultar, tabaco habano, sedas de Panamá, cigarrillos Chesterfield? Entréguemelo que yo se lo llevaré al Hotel en cuanto oscurezca.”

Así me habló el maletero que en 1924 llevó a tierra mi equipaje. Justo es reconocer que de entonces acá las cosas han cambiado, ganando con ello el comercio, las rentas públicas y el país.

Tras un registro minucioso en la Aduana, exageradamente minucioso, penetré en la ciudad.

Recuerdo que cuando anuncié mi propósito de visitar la República del Ecuador no faltó quien me dijera que Guayaquil era una población triste, aburrida y malsana. ¿Quién sería?

Acaso alguno de esos histriones que entraron en Guayaquil sin más bagaje intelectual que el tópico y sin la prudencia necesaria para silenciar la necedad que de ellos mana como de la propia fuente; tal vez alguno de esos que vienen de Europa a América sin haberse asegurado antes, en los laboratorios y en las bibliotecas los éxitos y los aplausos, y luego tratan de vengar sus fracasos merecidos hablando pestes de estos países.

—¿Triste Guayaquil? ¿Malsano Guayaquil? De ninguna manera y aún todo lo contrario. “Calumnia, ca-

lunnia, que algo queda" dijo el filósofo. Las calumnias, como las leyendas, al pasar de boca en boca y de generación en generación crecen, crecen. . . como en el *Barbero de Sevilla* que Verdi inmortalizó.

Bajo un cielo azul como el de Andalucía, en un marco de calles anchas y rectas, con casas alegres, de aspecto agradable y limpio, Guayaquil se presenta satisfecha, bien vestida, sin grandes pretensiones y sin crispaciones de nervios. Las fachadas de las casas son sencillas y armoniosas, las ventanas amplias y confortables. Guayaquil tiene la factura de una gran urbe moderna, y la ingénita alegría y suave placidez de una capital de provincia española. Ciudad tranquila y apacible, Guayaquil es ante todo, una ciudad comercial y trabajadora, de irresistible simpatía. Mas aun cuando a primera vista parece que todas las energías están acaparadas por la producción y la fiebre de los negocios, no es una ciudad dormida para el arte y la belleza. A cada paso surgen para la belleza y el arte rayos de sol y claridades de aurora. La actividad industrial y mercantil, que es la característica de las ciudades modernas, no es incompatible con el arte bello. Siendo el arte una resultante del Progreso, ha de florecer más en las urbes cultas y adelantadas.

La vieja concepción que hacía del *Arte* una autítesis de la vida y una originalidad arqueológica, no tiene ya razón de ser. La poesía, la música, la pintura, no pueden representarse por mujeres hurañas y maniáticas, sino por matronas jóvenes y exhuberantes que reclaman su puesto de honor en la vida de los pueblos. El más ambicioso de los capitalistas, el más frívolo de los especuladores sienten, de tiempo en tiempo, la necesidad de recrear sus ojos en la contemplación de una obra de arte, de regalar el oído con un trozo de música, de distraer el espíritu recorriendo las páginas de un libro interesante y bello. Guayaquil es un ejemplo elocuente de que el ideal

puede y debe coexistir con el espíritu práctico de las modernas generaciones.

Las llamas devoradoras que tantas veces se cebaron con fiereza inusitada en la ciudad de Guayaquil han respetado no obstante, algunas reliquias de su pasado histórico, romántico, legendario. Un dibujante de extraordinario temperamento artístico, Roura Oxandaberri, ha fijado con su lápiz admirable las siluetas de todas ellas: El Portal de las Morán, el Rincón del Cerro, la Casa del Compadrito, la calle Villamil, el callejón Gutiérrez y algunas otras.

Ha dicho Rubén Darío que “el progreso es enemigo de lo pintoresco y su nivelación no va dejando carácter local ni originalidad en ninguna parte”. Tal vez por esta razón es más intensa la emoción que en el hombre despiertan aquellas reliquias de arte, evocadoras de un pasado preñado de gloriosos recuerdos o de mágicas leyendas; y por eso se contemplan con más interés y deben conservarse con mayor empeño.

—En una modesta habitación del Hotel Tívoli fui presentado al Dr. Córdova, Presidente electo de la República, por el distinguido y acaudalado prócer guayaquileño, Don Martín Avilés.

Sereno, pausado, muy seguro de sí mismo, el Dr. Córdova me habló con rara modestia, de sus futuros proyectos respecto a la nivelación del Presupuesto, la estabilidad del crédito público y el saneamiento de la moneda. “Seré inflexible—añadió—con los promovedores de disturbios que tanto estorban el desenvolvimiento progresivo de la riqueza nacional; y dedicaré atención preferente a los problemas de carácter social que son los problemas magnos de la época contemporánea”. El Dr. Córdova, hispanófilo entusiasta, dedicó a España y a su Rey frases de sincero afecto. “Para mí—dijo el ilustre hombre público—España es una segunda Patria. Si en

alguna ocasión mis juicios personales pudieron lastimar el amor propio de los españoles que no supieron entender su sentido ni adivinar su intención, es porque he heredado de ustedes, precisamente, esa ruda franqueza en el cariño y esa ingénita tendencia a criticar dentro y fuera de casa las cosas de España. Es este un rasgo más que nos acredita como herederos de la raza pura y castiza". Ya dijo Bartrina: . . . "Y si habla mal de España, es español".

Tiempo es, en verdad, de que los españoles renunciemos a ver enemistad y hostilidad manifiestas en ciertas críticas de los hispano-americanos, hechas casi siempre con el propósito de contribuir a enderezar nuestros errores. Que se equivoquen o nó, es asunto aparte. La intención que les guía es afectuosa y fraternal. Yo declaro paladinamente, que prefiero mil veces la franqueza ruda a la hipocresía amable.

Me despedí del Sr. Presidente de la República, invitándole a mi conferencia sobre el Rey de España. El Dr. Córdova se excusó amablemente por tener que marchar a Quito con el fin de celebrar las entrevistas preliminares indispensables para la constitución del futuro gobierno. ¡Quién me había de decir entonces que al efectuar mi segundo viaje en 1925, el Dr. Córdova ya no sería Presidente de la República!

—En la "Casa de los Estudiantes", hermosa y simpática institución donde fraternizaban profesores y alumnos y con ocasión de una fiesta organizada en honor de los oficiales de la *Real Nave Italia*, el jefe político del cantón de Guayaquil y Gobernador interino de la Provincia del Guayas, Sr. Don Alberto Icaza Carbo, me presentó al Dr. Camilo O. Andrade, vice-rector a la sazón, de la Universidad y futuro ministro de Instrucción Pública.

El Dr. Andrade, al cederme amablemente la tribuna de la Universidad para enaltecer la figura del Rey

Alfonso XIII, me rogó que no atacara al señor don Miguel Unamuno; y fué grande su sorpresa cuando le dije que nunca tuve ese propósito, entre otras razones, porque yo no sé atacar desde lejos y por la espalda, y porque el primordial objeto de mi conferencia era restablecer la verdad de los hechos poniendo las cosas en su punto, con absoluto respeto de las ideas ajenas. Cumplí mi palabra, y el numeroso y distinguido auditorio que llenaba el Aula Máxima de aquél Centro docente, premió mi templanza y discreción con nutridos aplausos que aún resuenan en mi oído, como el eco simpático de una hidalga hospitalidad.

—El Dr. Don Camilo Octavio Andrade me hizo el honor de improvisar un elocuente discurso para presentarme al auditorio la noche de mi conferencia sobre “El Rey Alfonso XIII y el momento político en España.”

El lenguaje castizo y elegante del Sr. Andrade recuerda la oratoria del ilustre político conde de López Muñoz. En su brillante improvisación, ruidosamente aplaudida, dijo, entre otras cosas agradables para España y su Rey, que “el tema escogido por mí era de gran importancia y trascendencia desde el punto de vista hispano-americano, puesto que iba a hablarse del Rey de España en cuya relevante personalidad encarnan las grandes virtudes de la raza, y también de España que ha dejado en América huellas gloriosas”. Excusado es decir que estas palabras elocuentes del ilustre orador fueron repetidas por mí a S. M. el Rey, enaltecido de haberlas provocado, y dándoles la importancia que tienen en labios de tan alta personalidad.

—En mi libro “Los enemigos del Rey” publicado en Madrid en Enero de 1925 dije textualmente: “Volveré a Guayaquil. Quien ha tenido como yo, el honor de ser tan bien acogido, aunque solo sea por gratitud debe pensar en volver. Y entonces, con mayor acopio de datos, sin

apremios de espacio y tiempo, dedicaré al Ecuador no el capítulo de un libro, sino un libro entero. Me falta todo por ver. Apenas si conozco *algo* de la ciudad de Guayaquil. No he visitado la capital de la República. Sé que hay en Quito monumentos de incalculable valor artístico. Pero dos o tres días—(y ese era el tiempo de que podía disponer entonces)—no son suficientes para enterarse bien. Volveré al Ecuador en cuanto pueda. Unido con lazos indisolubles a una dama ecuatoriana, considero a este país como una prolongación de la tierra que me vió nacer. La que supo compartir conmigo los dolores de la vida y las alegrías del hogar, tiene derecho a exigir, en justa reciprocidad, que yo comparta con ella, los anhelos del terruño y los amores a la Patria.”

He cumplido mi ofrecimiento. En Julio de 1925 regresé al Ecuador. En 1926 estuve en la capital de la República. Al terminar este libro llevo dos años en el país sin solución de continuidad. No se trata de una obra, como tantas otras, de requisición y transporte; sino de impresiones y juicios personales, de aquintes tomados del natural. No hablo en ella de nada que no conozca por mí mismo, que no haya estudiado con atención o examinado con interés. Y por lo tanto, estas notas, jirones de mi estancia en el Ecuador, tendrán a falta de otros méritos, el de su espontaneidad.

Capítulo Primero

“Ecuador es el país en que se divide el mundo”.—Concurso declarado desierto.—Guayaquil moderno.—El Palacio Municipal y la Rotonda.—El Hotel Ritz.—Apuntes de psicología ecuatoriana.—Aristocracia y nobleza: árboles genealógicos.—La primera casa en Guayaquil a usanza de Castilla.—El culto de los muertos.—Al pie de una sepultura.—El Ejército de la Patria y los Defensores de la Propiedad.—Homenaje al heroísmo.

ECUADOR, *the country that divides the world.*”
Esta es la divisa adoptada por el Touring Club, institución que empezó con grandes bríos y ya actúa con éxito en su obra de proselitismo. El cónsul del Ecuador en Paita, señor J. I. Burbano, dirigió una carta al Director de la incipiente “Revista del Touring Club” proponiendo la celebración de un concurso de divisas, por no hallarse conforme con la divisa única adoptada. Anticipándose a su propuesta, el señor Burbano presentó a los lectores de la Revista un nutrido manojito de leyendas por este estilo: “Ecuador es el país donde el

broche gigantesco de los Andes uno los dos hemisferios"; "Ecuador es la patria de García Moreno, Montalvo y Olmedo"; "Ecuador es el país que ha regalado a la humanidad la patata y la quina"; y por último "Ecuador es la Nación que en 1872 terminó la primera carretera que trásmonta los Andes y corre sobre su lomo por espacio de 260 kilómetros". Si me cupiese el inmerecido honor de terciar en este pleito, fallaría a favor del *Touring Club Ecuatoriano*; pero esto no quiere decir que considere inmejorable e insuperable la divisa adoptada. No creo que sea fácil y tal vez, pueda afirmarse que no es posible, concretar en unas líneas, las características esenciales de un país tan exhuberantemente dotado por la Naturaleza. En él se dan todos los frutos porque en él se encuentran todos los climas, todos menos el clima mortífero de la zona tórrida. Son legión en el mundo civilizado los que ignoran que en la República del Ecuador las nieves perpetuas cubren las cimas de sus cordilleras y que en casi todo su territorio se disfruta de un ambiente primaveral delicioso. En el mismo Guayaquil, junto a la línea ecuatorial, el clima, durante siete meses del año, recuerda el de la Costa Azul de Italia. Y en el rigor del invierno, de Diciembre a Abril, merced a la influencia decisiva de las corrientes antárticas de Humboldt, la temperatura es muy soportable. No hablo de memoria, sino por experiencia.

—En el capítulo preliminar protesté airado contra los calumniadores de Guayaquil, uno de los puertos más importantes y una de las ciudades más modernas de la Costa del Pacífico. En estos últimos años, Guayaquil se ha vestido de nuevo por dentro y por fuera. No solo se han construido un sinnúmero de casas de cemento armado en sustitución de las antiguas fabricadas de madera, sino verdaderos Palacios del más puro estilo arquitectónico y de un buen gusto irreprochable. La Avenida

“Nueve de Octubre” y la Plaza del Centenario bastarían para dar a Guayaquil el aspecto de una gran ciudad. Las obras de saneamiento encomendadas a la casa J. C. White y Co., Limited, de Londres, tal vez la más importante del Reino Unido de la Gran Bretaña, se prosiguen con perseverancia y tenacidad, bajo la alta inspección del Gobierno y del Municipio guayaquileño; y antes de mucho habrán convertido a Guayaquil en una ciudad bien pavimentada y saneada con sujeción a los más estrictos principios científicos y al más escrupuloso conocimiento práctico y técnico. Las obras realizadas hasta el día y el entusiasmo y el celo con que el Concejo Cantonal se interesa por las que se están ejecutando en la actualidad, son garantía segura de acierto en lo porvenir.

—El Palacio Municipal es una obra arquitectónica que hace honor a la ciudad, al Municipio y a sus constructores. No creo que en Sud América haya otro que se le pueda comparar, ni aun en las capitales donde el Concejo dispone de recursos muy superiores a los de Guayaquil. Pero la voluntad hace milagros. La proyectada Rotonda emplazada en el preciso lugar donde se dieron un abrazo los dos libertadores de América, Bolívar y San Martín, contribuirá a embellecer el Malecón. El Dr. Izquieta Pérez tuvo la bondad de mostrarme una parte de este proyecto. Las columnas de la Rotonda serán de mármol de Carrara; en el centro irá el grupo que recuerda el histórico encuentro de los dos libertadores; a la derecha, una alegoría del Descubrimiento de América y a la izquierda figurará el general Miranda, precursor de la Independencia hispano americana. Tal vez dentro de un año esté la Rotonda terminada.

—Todos los extranjeros que visitan la República del Ecuador convienen en afirmar que Guayaquil presenta un aspecto de juvenil donaire en un ambiente de cordialidad y simpatía extraordinarios; pero casi todos,

echan de menos un Hotel con los indispensables requisitos del *confort* moderno. En realidad de verdad, los hoteles de Guayaquil no están a la altura de su importancia. El Hotel Ritz es, sin discusión, a mi juicio, el mejor. No porque yo lo diga, sino porque es así.

Las habitaciones son amplias, de techos altos, perfectamente ventiladas, condiciones de primer orden en un clima cálido. En todas ellas hay baño, ducha, agua corriente potable y cristalina, hay luz eléctrica, hay etc., etc., y además un aparato telefónico.

El propietario del Hotel es un ciudadano italiano, muy simpático, que tutea a todo el mundo y cuyo hijo mayor, el popular Don Pepe (José Gentile), gerente del Hotel, ha conseguido en poco tiempo convertirlo, disciplinando la servidumbre y cuidando con esmero de la comida y del Bar, en un Hotel, sin lujo, pero absolutamente confortable. En este Hotel me alojé al llegar a Guayaquil; en este Hotel emborroneé las cuartillas que la imprenta convertirá en un libro y es por lo tanto muy justo que mencione, imitando a otros cronistas y viajeros, el lugar donde dejé explayarse la fantasía y el pensamiento. La influencia del medio es de tal modo decisiva que no conozco otra que más lo sea. Silvio Pellico, al redactar sus *memorias*, no pudo sustraerse a la influencia de la cárcel, donde vivió encerrado. Yo debo al ambiente de agrado y simpatía que despiden las claras y relucientes paredes de mi habitación en el Hotel Ritz, a sus enormes ventanas sobre la Avenida "Nueve de Octubre", la tranquilidad de espíritu y el buen humor que he puesto en estas páginas de mi último libro, tal vez.

"En este mundo traidor
nada es verdad ni mentira,
todo es según el color
del cristal con que se mira."

Esta cuarteta de Campóamor dará al lector amable la explicación de muchos de mis juicios. Amo a este país como a una segunda Patria y sus bellezas, sus riquezas, sus mujeres y cuánto en él he visto y apreciado, lo contemplé a través de un cristal sonriente y afable, de irresistible atracción.

—Pero no son las fachadas ni los palacios—ya he dicho que en Guayaquil los hay muy bellos—ni los Hoteles ni las plazas, lo que en realidad constituye el carácter propio de una población.

Muchas ciudades que perdieron en el curso de los años el estilo tradicional y típico de sus construcciones arquitectónicas, conservaron incólumes sus características raciales y el espíritu nacional. Las familias ecuatorianas prefieren la independencia antigua española, la de la casa propia con sus patios, sus flores, su galería y su cancela, a las innobles pajareras modernas, horribles y antiestéticos rascacielos, importados en mala hora de las ciudades que carecen de espacio suficiente.

“Para conocernos—me dijo en cierta ocasión el señor don Rafael Pino Roca, celebrado autor de una película sobre Simón Bolívar, joya histórico-literaria del más alto vuelo—sería preciso penetrar en nuestras almas, serias y ardientes, enamoradas del ideal y de la leyenda, pero también abiertas de par en par a todas las conquistas del espíritu moderno.”

No tengo la pretensión de haber visto las almas... Me he contentado con recorrer y visitar ciudades y pueblos, sin rumbo fijo, sin guía, sin método preconcebido, trabando conversación con los más altos y con los más humildes; y afirmo, sin temor a equivocarme, que, a pesar de una elegante despreocupación estudiada que se complace en hacer creer a las gentes que lo importante en la vida es sonreír, frecuentar el Club, bailar y flirtear cuanto se pueda y echarlo todo a broma entre copa y co-

pa, los ecuatorianos son cultos, formales corteses y laboriosos.

Y mientras el forastero que no vé más allá de sus narices, acaso los considera frívolos, ocupados únicamente en cultivar el chiste y la poesía de las coplas, ellos se consagran a la prosa del comercio, de la industria o de la agricultura, cuando no al estudio de la ciencia y de la historia.

—El trabajo no es en el Ecuador incompatible con el antiguo linaje. Los que os reciben por la noche en la intimidad, haciendo los honores de la casa con la elegancia y la desenvoltura de un gran señor, están durante el día trabajando en su oficina. Y es que en este país, cuando al apellido de abolengo aristocrático se puede añadir un adjetivo comercial, industrial o agrícola, resulta como si el que lo lleva ostentase un cuartel más en su escudo.

Son muchas las familias ecuatorianas residentes en Guayaquil, en Quito, en Riobamba, en Loja, etc., etc., cuyo origen aristocrático no ofrece dudas. Un joven guayaquileño, Felipe Carbo, muy aficionado a esta clase de estudios y muy conocedor de la genealogía de las principales familias ecuatorianas, me suministró algunos datos interesantes que han sido compulsados por mí en los Boletines de la Academia Nacional de la Historia, en las Actas del Cabildo de Guayaquil y en los árboles genealógicos de los interesados.

—El general Don Diego Vaca de Vega, primogénito de Don Pablo Vaca de Castro, natural de la villa de Sieteiglesias, y de Doña Catalina Fernández de Medina y Eván de Vega, pasó a Indias a principios del siglo XVII. En premio a los eminentes servicios prestados en Santa Marta, Panamá y el Callao, el Rey de España le confirió el título de Corregidor de Yaguarzongo, confinante con el Corregimiento de Loja.

En 1619 atravesó el primero el famoso Pongo de Manseriche, en el río Marañón, y fundó la ciudad de San Francisco de Borja, a orillas del río en el sitio llamado "Los Naranjos". Más tarde descubrió los ríos Pastaza y Morona, llegando por el Amazonas hasta las desembocaduras del Huallaga y del Tigre. Este general casó en Loja con Doña Ana de la Cadena, hija del Capitán Don Pedro de la Cadena y de Doña Felipa Arias del Castillo.

Don Diego Vaca de Vega tuvo varios hijos siendo el primogénito, Don Pedro Vaca de Vega y de la Cadena, que sucedió a su padre en la Gobernación de Maynas-

Descendientes de los Vaca de Vega por entronques matrimoniales los hay actualmente en las familias: Dávalos, Larrea, Gangotena, Pallarés, Jijón, Carrión y otras.

La casa solar infanzona de Ascázubi se encuentra en la villa de Oñate (Guipuzcoa), en donde es conocida como antiquísimo solar de hijosdalgos, limpios de sangre en propiedad y posesión.

Tronco de esta familia en el Ecuador fué Don José Antonio Ascázubi y Olabegoitia que pasó a Indias y al Reino y Ciudad de Quito en 1750. Casó con Doña Rosa Matheu y Aranda, hija de Don Gregorio Matheu y Villamayor, Caballero de la Orden de Calatrava, natural de Latacunga y de Doña María Henríquez de Guzmán, Marquesa de Maenza por derecho propio, natural de la ciudad de Lima. Como descendientes de estas nobles casas y por entronques matrimoniales existen en el Ecuador varias familias entre las cuales nombraremos las del Alcázar, Lasso, Borja y Bonifaz.

—De la muy noble familia Gómez de la Torre, noble desde tiempo inmemorial, era descendiente directo Don Francisco Gómez de la Torre y Anibarro que vino a Quito a mediados del siglo XVIII y allí casó con Doña

María Tinajero y Guerrero de cuyo enlace descienden a su vez familias ilustres como las de: Zaldumbide, Fernández Salvador, Bustamante, Chiriboga y Valdivieso.

—Entre los progenitores del noble apellido de Vicuña se cuenta el famoso caballero Sancho Sánchez Herdoñana de Vicuña, que peleó bravamente en la batalla de las Navas de Tolosa a principios del siglo XIII.

Tronco de esta familia en el Ecuador fué Dn. Agustín Vicuña, Corregidor de Riobamba. Entre sus descendientes figuran los Guarderas, Calixto, Villacís y Sánchez de Orellana.

—Don Toribio de Castro y Grijuela pasó a la ciudad de Guayaquil en 1552, nombrado Corregidor y Capitán General. Fué además Encomendero de los indios de la Punta de Santa Elena y vecino feudatario de Guayaquil. Casó con Doña Leonor de Guzmán y Vargas, siendo descendientes de este enlace algunas familias del litoral y entre ellas las de: Novoa, Carbo, Baquerizo y Orámas.

—Uno de los primeros pobladores de Guayaquil fué el Conquistador Don Diego Navarro Navarrete y Florencia, quien casó con Doña Francisca Gutiérrez de Aguilar. Escribano Real de Guayaquil, nombrado por el Emperador Carlos V, por Cédula expedida en Madrid el 19 de Marzo de 1552, fué el único en su tiempo que en Guayaquil tuvo casa de piedra y adobo a usanza de Castilla situada en el Barrio llamado de Las Peñas. Son descendientes: los Avellán, Tola y Aguirre.

—Dn. Juan Ramírez de Arellano y Mexía de Oviedo, de la muy noble casa de los Condes de Aguilar, señores de los Cameros, casó en Guayaquil con Doña Magdalena de Carranza y Navarro Navarrete. Fué en Guayaquil Teniente de Corregidores y Justicia Mayor, Regidor Perpetuo y Alcalde de Primer Voto. Su primogénito Dn. Cristóbal Ramírez de Arellano de Carranza y Na-

varro Navarrete llegó a ser Gobernador de las Armas de Guayaquil, Corregidor de Riobamba y Caballero de la Orden de Santiago. Entre las familias que por entronques matrimoniales descienden de los Ramírez de Arellano se cuentan: los Caamaño, Gómez Cornejo, Avilés, Arteta, Pareja, Icaza, y algunas más.

—Por último, Don Andrés Morán de Butrón, Corregidor y Justicia Mayor del Puerto de Guayaquil llegó a esta ciudad el año 1550 y casó con Doña Jerónima Ponce de León. A esta rama pertenecen los Santistevan y los Robles.

Fácil me hubiera sido prolongar esta lista de ilustres progenitores de familias ecuatorianas; pero bastaba a mi propósito señalar unos cuantos para llegar a establecer el contraste entre los aristócratas del Ecuador y los del viejo mundo. Mientras la aristocracia europea—salvo contadas excepciones,—es un semillero de parásitos, los que ostentan en esta República, apellidos de histórico abolengo emplean su actividad en la agricultura, la industria o el comercio. No conozco uno solo, singularmente en la costa, dedicado al *dolce farniente*. Y esta es su más noble ejecutoria.

—Para cumplir el piadoso encargo de unos amigos míos, residentes en Biarritz, tuve ocasión de visitar el Cementerio de Guayaquil, espléndida necrópolis que constituye un honor para la ciudad. En nombre de la familia Aninat-Seminario fuí a depositar unas flores en la tumba de su joven hijo Antonio, muerto trágicamente hace dos años. Al trasponer el pórtico de entrada, nos encontramos con una Avenida, a lo largo de la cual y a derecha e izquierda admiré con unción y agrado los mausoleos, las capillas, las esculturas destinados a honrar y guardar los restos mortales de los que abandonaron la vida. Es toda una ciudad de mármoles y piedra, artísticamente edificada. En casi todas las tumbas se ven

flores y más flores, pero ¡qué tristes! me parecieron a pesar de la fragancia exquisita del aroma y de sus colores bellos.

“¡Dios mío, qué solos se quedan los muertos!”

En la suntuosa capilla de la familia Seminario, junto a la tumba donde reposan los restos del malogrado Antonio Aninat, pensé en el dolor sin consuelo de sus padres y en el insondable misterio de los destinos humanos. ¿Para qué nos da Dios un hijo, si luego ha de quitárnoslo, cuando apenas si empezaba a vivir? Y mientras con el corazón oprimido reflexionaba absorto en estos problemas aterradores e insolubles, caían las hojas mustias, amarillentas rodando luego a lo largo de los tristes senderos del Campo Santo, como frágiles gemas de oro viejo, como ilusiones que marchitó el dolor.

Pero la vida del hombre está hecha de contrastes. Las alegres y vibrantes notas de una banda militar vinieron a interrumpir mis profundas meditaciones y salí del Cementerio, olvidándome de la muerte para pensar en la vida.

“¡Dios mío, qué solos se quedan los muertos!”

—La marcialidad del Ejército ecuatoriano recuerda mucho la del Ejército español. Da gusto verlo desfilar. Los oficiales que circulan por las ciudades, en Riobamba, Guayaquil o Quito, parece que acaban de salir de la sastretería; hasta el polvo huye del paño brillante; ni la más leve mancha afea su marcial continente irreprochable. El Ecuador mantiene un Ejército reducido pero bien equipado, bien armado, perfectamente instruido. Bajo este punto de vista, ningún ejército sud-americano le aventaja. Casi todo el armamento—exceptuando las ametralladoras—es alemán. Fusil y carabina Mausser; cañones Krup. Los regimientos practican a diario y con frecuencia tienen lugar maniobras de las tres armas. El Ejército ecuatoriano que en tiempo de paz es de doce mil

hombres escasos, puede poner sobre las armas en tiempo de guerra, hasta 200.000 soldados; cifra respetable.

—Los Bomberos de Guayaquil, militarmente organizados y provistos de un material abundante y moderno, constituyen una de las Instituciones más populares y más estimadas en el Ecuador. Como las viejas construcciones de madera van siendo sustituidas en Guayaquil por casas de cemento armado, los incendios son cada vez menos frecuentes. Pero aunque disminuyan las ocasiones, siempre que estas se presentan los Bomberos rivalizan en heroísmo y diligencia. En este cuerpo al que pertenecen, con honor, personas de todas las clases sociales, reina un espíritu admirable de disciplina y solidaridad. Con razón se ha dicho que el heroísmo es el gran nivelador. Dos veces, encontrándome en Guayaquil, he tenido la oportunidad de ver actuar a los Bomberos, tan bien llamados los “Defensores de la propiedad”. En ambas ocasiones pude apreciar por mí mismo, la rapidez con que llegan al lugar del siniestro y el heroico desprecio de la vida con que acuden a porfía, a los puestos de peligro. Si yo fuera guayaquileño, me gustaría figurar en esa Institución de hombres valientes y abnegados a la que deben la vida muchos ciudadanos, y muchas familias la conservación de su hogar. Con qué placer encabezaría yo una suscripción popular para que un escultor de genio, al conjuro de sus buriles, plasme en el duro bronce, los nobles rasgos heroicos y viriles de los “Defensores de la Propiedad” de Guayaquil. Aún cuando la mejor escultura de los Bomberos, como en un relicario, tallada en carne viva, la llevan los ecuatorianos dentro del pecho.

Capítulo Segundo

Vida de sociedad.—La mujer ecuatoriana del siglo XX.—Lo que va de ayer a hoy.—El gran Galeoto.—Emerson y Ramón Cajal.—La ley del embudo.—Mujeres que parecen hombres.—Feminismo y feminidad.—“Confórmate mujer!”—Caballeros andantes y trovadores.—Los eternos modelos.—Emancipación y cultura.—Filosofía del pueblo.—“Gineacepaenos”.—Mi carnet mundano.—Manojo de rosas.—Más flores.

DONDE el hombre trabaja intensamente, la vida de sociedad, en el sentido mundano de la palabra, tiene que ser, por fuerza, bastante reducida; pero esto no impide para que de tiempo en tiempo, la aristocracia guayaquileña despierte jubilosa a los rumores de una fiesta social. Los celebrados y fastuosos bailes del Club de la

Unión que preside el señor Elizalde y cuyo culto bibliotecario, es D. Fernando Gómez Gault, cónsul de Francia en Guayaquil, ofrecen a las damitas de esta ciudad la ocasión de lucir sus galas, su gracejo en el hablar, su dulzura sonriente, su elegancia en el vestir, su destreza en el baile, y su trato exquisito. Son contadas las mujeres que en el Ecuador no dediquen al arte o la lectura el tiempo que les dejan libres los deberes del hogar y que no figuren en sociedades de beneficencia.

—No se me tachará de vanidoso si consigno aquí que el solo anuncio de mi conferencia en el Teatro Edén sobre “La mujer de estirpe española” despertó extraordinaria expectación entre el elemento femenino, brillantemente representado aquella noche.

En otras épocas, para hablar siquiera diez minutos, ante un auditorio en el que abundaban los ojos maliciosos y las bocas frescas, se hacía indispensable abordar asuntos frívolos, de una vanidosa superficialidad, únicos temas que podían mantener la atención enfermiza e inquieta de aquellas mujercillas de antaño, educadas en un ambiente de obligada ignorancia. Pero hoy, la mujer, libertada de algunas de las tiranías que pesaban sobre ella, aficionada a leer y a estudiar, no sólo se interesa por los grandes problemas que agitan la conciencia de los pueblos cultos, sino que marcha intrépida y decidida, a las vendimias futuras esgrimiendo como espada una guirnalda de flores. Yo afirmo que en el Ecuador la mujer es el mejor paladín de la emancipación artística y espiritual. Y a nadie puede sorprender que se apasione por el ideal quien es de suyo ideal y poesía.

Las conferencias son para el arte como un día de sol en la monotonía gris de los inviernos.

—La presencia de la mujer en estos actos demuestra que el estado de inferioridad intelectual en que a menudo

se encuentra frente a nosotros, no deriva de su naturaleza, como pretenden algunos biólogos y psicólogos modernos, ni de la falta de resolución para romper de frente con ciertos prejuicios, sino de las costumbres impuestas y brutalmente conservadas por el egoísmo de los hombres y de una legislación que relega la mujer a un estado de absoluta dependencia. Afortunadamente, las cosas van evolucionando y transformándose en un sentido más generoso y humano. Ya ha surgido la mujer culta, enérgica, emprendedora y activa, que ríe a boca llena, que practica los deportes, que se apasiona por los temas que interesan a la Patria, que es sana, ágil y jovial, todo ello sin mengua del culto a la virtud y de los sentimientos de piedad que constituyen su razón de ser y su fuerza en la vida.

Verdaderamente resulta inexplicable la incompreensión; casi me atrevería a decir la inconsciencia masculina, al tratar, no ha mucho tiempo, de las reivindicaciones de la mujer. Todavía en 1867 pronunció Stuart Mill su famoso discurso en la Cámara de los Comunes pugnando denodadamente por que no se clasificara a las mujeres al lado de los niños, los locos y los anormales.

—Los pensadores y los legisladores de antaño discurrían y legislaban imbuidos por una preocupación más absorbente que igualitaria, como si sólo ellos existieran. Hoy las cosas han cambiado y acabamos de presenciar el hecho trascendental de haber sido admitida la mujer al ejercicio del derecho electoral en varios países que suman en junto más de 500 millones de habitantes. Pero aún reconociendo este notable avance en el camino de las reivindicaciones femeninas, falta mucho por hacer en orden a la liberación civil, económica y social de la mujer. Todavía subsiste la ley del embudo... ¿Quién no advierte la ingeniosa ironía del poeta cuando dice:

“De su honor en menoscabo
 faltó un esposo a su esposa ;
 ella perdonó amorosa
 y el público dijo : ¡ bravo !
 Harta de tanto desdén,
 faltó la mujer al cabo.
 ¿ Y el falso esposo también
 perdonó a la esposa ? Nó.
 El esposo la mató,
 y el público dijo : ¡ Bien !”

—Muchas de estas injustas desigualdades han sido corregidas en los códigos modernos, y de un modo especial en las leyes ecuatorianas. Y conste que yo no soy feminista en el sentido de desear y pugnar por una legislación que nos equipare a todos, sin distinción de sexos. El Dr. Gregorio Marañón que figura, a no dudarlo, entre los más capaz y culto de la intelectualidad europea contemporánea, sostiene que “el trabajo no es en la vida función de conservación, sino sexual o de reproducción; que esta función está principalmente atribuida al hombre, poseedor de un organismo motor, y no a la mujer poseedora de un organismo generador; que Adán nació para el trabajo y Eva para la maternidad”. ¡ Bastante trabajo tiene la mujer por el solo hecho de serlo! Al fin y al cabo, el mayor trabajo de la mujer en este mundo es aguantar al hombre! El gran filósofo Emerson ha dicho que “es piedra de toque de una cabal civilización la influencia en la vida de las mujeres de bien”. Profunda verdad digna del pensador norteamericano. Pero ¿ cómo ha de realizarse esa influencia? ¿ De qué modo y por qué medios la compañera del hombre ha de colaborar con él? En qué debe consistir su actividad, su esfuerzo y su trabajo? No he de ser yo quien, falto de preparación para ello, pretenda puntualizar contestando cumplidamente a

tan graves preguntas. Si diré que la mujer, en mi sentir, ha de mantenerse siempre en la preciosa esfera de su condición femenina cuyos horizontes son infinitos y cuyos recursos son inagotables. Desde su centro que es el trono del mundo, ni hay empeño que las mujeres no ayuden a conseguir, ni luz que no sepan encender, ni lágrimas que no logren en jugar, ni heridas abiertas en nuestras carnes o en nuestros corazones para las que no tengan bálsamo y consuelo.

—Uno de los grandes hombres españoles, pero grande de veras, Ramón y Cajal, en un magnífico estudio acerca del “Investigador y su familia” dedica palabras de entusiasmo fervoroso a ciertas parejas de hombre y mujer que conoció en el extranjero y que, fundiendo su amor en una misma llama, y su pensamiento en un mismo ideal, fundieron también su trabajo en una misma labor científica. Divina y santa vida es esa; pero caso raro y excepcional y que, por serlo, no puede servir de ley para todos. Y en los pueblos latinos menos: y menos todavía en la raza española. Y a la raza española pertenecemos a Dios gracias.

Pues bien, el insigne Ramón y Cajal aconseja al sabio en ciernes que elija por esposa una mujer honesta, sencilla, culta, capaz de comprenderle y alentarle, que sepa hacerle grata y apacible la vida del hogar y sepa sentir con él la alegría del triunfo; que cuando este llegue “la gloria será para los dos y una misma aureola iluminará sus frentes gemelas.”

—Porque sin necesidad de haber profundizado mucho en la materia, basta un poco de equilibrio sentimental y físico para llegar a esta rápida conclusión: Dios nos libre de que la mujer se parezca nunca a un hombre. Yo soy opuesto a toda legislación encaminada a permitir a la mujer intervenir en oficios, ejercicios y maleficios que fueron y serán siempre inherentes al varón y pro-

píos de él. ¡A qué absurdos nos conduciría otra cosa!
¡Qué espanto llegar a nuestra casita, soñando con la
mujer amada, y encontrarnos en lugar de ella a un tier-
no guardia municipal por tierno que sea.

—“¿Cómo está el nene, vida mía?” la preguntaría-
mos.

—“No lo sé, corazón. No he tenido cabeza para
ocuparme de él. Me tiene sin sueño el nuevo impuesto
sobre el inquilinato que estoy encargado de cobrar. Im-
posible! Se ponen los pelos de punta. Y no se me respon-
da, empleando el manoseado argumento de lo ocurrido
durante la gran Guerra. Es cierto que en aquellas horas
de barbarie y de heroísmo, por falta de hombres, se em-
plearon miles y miles de mujeres en fabricar balas y más
balas para matar a millones de hijos de otras madres.
Pero tuvieron que faltar los hombres para eso; tuvo que
llegar la humanidad a un límite inconcebible de locura,
a una espantosa borrachera de sangre que oscureció su
razón.

También en nuestra valiente España, como en estas
naciones de su origen, las mujeres, poniendo a prueba su
heroísmo, se batieron bravamente, defendiendo la inde-
pendencia de la Patria. Pero ¿querrá esto significar que
las mujeres hayan nacido para batirse? De ningún modo.
Si acaso, para que los hombres nos batamos por ellas.

“Confórmate mujer”, ha dicho un poeta:

“Confórmate mujer; que hemos venido
a este valle de lágrimas que abate,
tú, como la paloma para el nido,
y yo, como el león, para el combate.”

—Los poetas! La poesía! ¿No es el feminismo casi
la negación de la poesía? Y aún sin llegar a una asevera-
ción tan absoluta, puesto que como dijo Becquer, “Mien-

tras exista una mujer hermosa, habrá poesía"; es posible que al masculinizarse la mujer, al confundirse con el hombre en su acción y su tráfico por el mundo, se originen otras nuevas fuentes de poesía; tal vez los poetas futuros acierten a crear figuras nuevas de mujer de singular hechizo; pero ¿no es cierto que siempre serán menos dulces, menos delicadas, menos conmovedoras, menos ideales, menos femeninas y, claro está que por lo mismo, menos bellas para nosotros que aquellas mujeres que hicieron soñar a Becquer y llorar a Alfredo de Musset? ¿No es cierto que siempre nos parecerán más atractivas, más humanas, más conformes a su divino origen y a su sagrada misión sobre la tierra, aquellas otras hermosas con suprema hermosura, santas sin altar; esos seres piadosos, vehementes, discretos, con la ternura por razón ser y el amor maternal por culto supremo, que fueron, y serán siempre en estas tierras hispanas, la médula de nuestros afectos, el norte de nuestras inclinaciones, el principio y fundamento de todo lo grande, de todo lo noble y de todo lo bueno que ha quedado siempre en el fondo de esta bendita raza española?

"Todo lo puede la mujer cristiana,
logrólo todo la mujer discreta..."

dice el castizo poeta castellano Gabriel y Galán; y el grande, el efusivo, el noble poeta Maragall, le dice a la esposa (y perdonad esta traducción):

"¿Qué es lo que hay en tu fecundo seno
que llena tu semblante de luz viva?
¡El día llega ya del gran misterio!
¡Dame ¡oh! mujer, el hijo de mi vida!"

En cambio, y volviendo a la mujer que dicen que

quieren que sea la mujer del porvenir, supongamos que a una doctora en cirugía la dijéramos copiando a Becker:

“Como en un libro abierto
leo de tus pupilas en el fondo;
¿a qué fingir tus labios
risas que se desmienten con los ojos?
Llora! No te avergüences
de confesar que me quisiste un poco.
Llora! nadie nos mira.
Ya ves, yo soy un hombre
y también lloro.”

Pues es claro como la luz, que se expone a que ella le conteste con estos versos de otro poeta:

“Sé que el rubor que enciende las mejillas
solo es sangre arterial;
que las lágrimas son las secreciones
del saco lagrimal;
que la virtud que al hombre al bien inclina
y el vicio solo son
partículas de albúmina y fibrina
en corta proporción. . .”

Y en lugar de un diálogo amoroso, apasionado, entre suspiros y lágrimas, se entablaría entre los amantes una discusión de laboratorio y ¡adiós poesía! Adiós, cuando menos, la poesía del amor, aquél culto del hombre por la mujer, aquella “santa idolatría” del caballero por su dama, del trovador por la beldad que inspiró sus cantares, bella y singular herejía, “peregrina aberración del misticismo, que dijo Don Juan Valera, donde la mujer viene a ser como una diosa para su amante, a quien este sirve rendidamente y a la que debe o cree

deber la valentía de su ánimo, el esfuerzo de su brazo y las inspiraciones de su ingenio; a quien consagra su vida y rinde culto, no por encarecimiento poético, sino de todas veras y con toda la trascendencia de la frase con que Calixto de Melibea contestó a Sempronio cuando este le pregunta si es cristiano: "Yo melibico soy, a Melibea sirvo, a Melibea adoro, solo en Melibea creo."

—Tal vez no falte entre mis lectores quien imbuido del mal llamado *modernismo* afirme que la poesía del amor ¿qué digo la poesía del amor? que el amor y la poesía han muerto sin resurrección posible; que nuestro siglo es el siglo de la prosa. Olvidan los que tal creen que más allá de todo lo descubierto y averiguado por la ciencia, nuestra imaginación hallará siempre inmensas regiones desconocidas por donde explayarse y volar; y sobre los intereses prosáicos y mundanos estarán siempre las aspiraciones nobles, las pasiones sublimes y, como digno objeto y término de ellas, una idea de lo infinito más alta y más acabada cada día. Y aunque al correr de los tiempos predomine el escepticismo y las cosas clasificadas científicamente pierdan en apariencia su misterioso encanto, siempre quedarán en el fondo del alma humana dos sentimientos que no pueden perecer en ella: la libertad y el amor.

No quiero decir con lo expuesto que no comparta el legítimo orgullo que en el hombre moderno despiertan las admirables conquistas materiales de nuestro siglo. No se crea tampoco que rechazo en absoluto para mi país y para estas naciones hermanas, las ideas y los sistemas de otros países y otras razas. Sería entender de un modo mezquino y pobre lo castizo y nacional, encastillarse en la tradición para conservar a la raza una absoluta originalidad que no puede existir ni existió nunca. Rechazar una idea, un principio, una reforma, por el solo hecho de ser extranjero, sería dar de bruce, en la mentecatez.

Por encima del espíritu de la raza, está el de la humanidad que lleva en su seno fecundo y progresivo las más diversas y originales civilizaciones. Espíritu nacional que se aísla, civilización que se aparta de las corrientes del progreso, es como rama que del árbol se desgaja, como flor que desprendida del tallo, se marchita y muere.

Pero así como la civilización ideal es una, y uno el espíritu y una la idea, así también en cada gente, en cada pueblo, en cada raza, la idea, el espíritu y la civilización se manifiestan de distinto modo. En resumen, y prescindiendo de comparaciones siempre odiosas, digo: que de igual manera que el idioma llega a identificarse con el espíritu nacional, porque es su verbo, la mujer es la suprema encarnación, el divino compendio de los distintivos raciales de cada pueblo. Y por lo tanto, al referirme a la mujer ecuatoriana, me he referido también a la mujer de estirpe española en general, a ese tipo ideal de mujer, santa o reina, hembra de acción o flor de buen sentido; Santa Teresa de Jesús, Isabel de Castilla, María de Molina, eternos modelos de la vida activa y militante, místicas a ratos, discretas, graciosas y abnegadas, siempre y que al albergar juntos la piedad y el realismo, esos dos polos del alma femenina, llegaron a formar el admirable ingerto de nuestra raza.

—De modo—y aquí recojo el hilo al parecer interrumpido de mis razonamientos—de modo, me preguntará tal cual amiga feminista cuyos pies beso, que la mujer no debe ilustrarse, no debe estudiar, ni debe ser culta, ni mucho menos aspirar a emanciparse del hombre? Voy ante todo a descartar de una vez ese chistoso tópico de la emancipación diciendo: que una mujer sin hombre, es golondrina que no hace verano y nunca se legisló para las excepciones. No hay emancipación que valga. Las mujeres que tachan al hombre de tirano y cruel, de enemigo irreconciliable, poco eco encontrarán en las demás

mujeres. No hay tan seguro saber como el del pueblo...
"vox populi, vox Dei"... y el pueblo lo ha dicho en una
copla :

"El demonio son los hombres
según dicen las mujeres,
y por eso quieren ellas
que el demonio se las lleve."

Cosa muy distinta es lo que atañe a la cultura y a la ilustración de la mujer. Desde el momento que la mujer es la compañera del hombre en esta vida ¿cómo podría serlo de un hombre culto careciendo de toda ilustración? ¿Cómo podrá colaborar con él, ni prestarle alientos si no lo entiende? Para ello es natural que la mujer necesite ser ilustrada y deba serlo. Y no sólo está bien que estudie, que se intruya, sino que se halle en aptitud de enseñar a los demás; pero no olvidando nunca que es mujer y que debe cuidar de su hermosura con la que atrajo al hombre. En otros términos: un roble y un rosal no deben cuidarse de la misma manera, ni deben parecerse ni confundirse. No ahora, sino hace ya muchos años, he proclamado la capacidad de la mujer para el cultivo de las letras y de las artes. En este punto mi criterio en nada cede al feminista más entusiasta y convencido. El ser espiritual de la mujer no me parece, con todo, igual al del hombre, sino radicalmente distinto. Pero afirmo sinceramente que esta desigualdad no implica diferencias en el valer ni presupone inferioridad. La diferencia está en los matices, en algo confuso que percibimos pero que resulta muy difícil de concretar; y aunque sólo sea porque la diferencia existe, deben escribir las mujeres. Si sólo escribieran los hombres, la manifestación del espíritu humano quedará truncada, incompleta; faltaría conocer el pensar y el sentir de la otra mitad del linaje humano. Y digo más: digo que en los pueblos donde la mujer viva priva-

da de toda cultura, jamás llegará la civilización a su completo florecimiento.

—El hombre de nuestra raza tiene de la mujer un concepto más alto, bien distinto del que tienen los hombres de otros pueblos y otras razas. Y este concepto se cifra en una sentencia que Calderón de la Barca pone, a menudo, en labios de sus galanes:

“Que si el hombre es breve mundo,
la mujer es breve cielo.”

Yo recuerdo haber leído un libro escrito por Juan de Espinosa, titulado *Gineacepacnos*, en el cual, después de ponderar la superioridad de la mujer valiéndose de argumentos curiosos y sutiles, entresacados de la Biblia, de la Historia y de la Teología, añade: “Dios creó al hombre en cualquiera parte y a la mujer la creó en el Paraíso”.

Pierre Louis, el autor de “Afrodita”, pretende que nuestro culto por las mujeres, lo debemos a los árabes . . . y también nuestros celos. “La palabra “galantería” casi intraducible en las lenguas germánicas, expresa un matiz de sentimientos que es puramente francés y español.”

Sin entrar en disquisiciones psíquico-históricas, la realidad es esta: los pueblos de origen latino son los más galantes de la tierra, tal vez porque las mujeres de nuestra raza son las más dignas de profundo amor.

Entre los norteamericanos y europeos que no estuvieron en España ni en la América española, está muy extendida la opinión de que la mujer de nuestra estirpe, oprimida desde la infancia, apartada sistemáticamente de la vida moderna, arrastra una existencia triste y sin objeto. Si los que tal dicen tuvieran mejores oportunidades de conocer a la mujer española y a la hispano americana, no tardarían en observar el buen humor y hasta la exuberante animación de nuestras mujeres. Fijándonos

en la mujer ecuatoriana, a la que hemos contemplado y admirado en Quito y Guayaquil, preguntada a los extranjeros que vinieron al Ecuador y os contestarán unánimes que son las mujeres más inteligentes, más graciosas, más dulces, más amorosas y más bellas de la tierra.

En mi carnet de señas fuí apuntando, como un cronista de salones al estilo de Europa, los nombres de las que en la Sierra y en la Costa me llamaron la atención por graciosas y bonitas. Tiene que ser la lista muy incompleta desde el momento en que no he podido verlas ni conocerlas todas. Al azar, sin orden ni concierto, para que quede en lo futuro constancia de mi afirmación, mezclando como en un ramillete de flores, las beldades elegantes de Guayaquil y de Quito, copio de mi carnet: Carbo de Ayora, Marriotte de Carmignani, Landín de Pareja, Luque de Rhoder, Seminario de Aspiazu, Aspiazu de Rosales, Córdova de Nélsón, Lasso de Eastman, Lasso de Uribe, Granda de Arrarte, Jiménez de Puig Arosemena, Cárdenas de Bustamante, Elizalde de Stagg, Pérez de Zaldumbide, Zaldumbide de C. Ordóñez, León de Chiriboga, Huerta de Viteri, Wright de Aspiazu, Borja de Ycaza, Arosemena de Asthon, S. de Tejada de Baquerizo, Panizo de Marcos, Marcos de Marcos, Marcos de Guzmán, Márquez de la Plata de Vallarino, Borja de Zaldumbide, Benítez de Castells, Galecio de Ycaza, Ferrari de Gentile, Avilés de Aguirre, Avilés de Ycaza, Roggiero de Wright, Franco de Stael, Arrarte de Jiménez, Flores de Jijón Caamaño, Rivadeneira de Flores Cordero, Villagómez de Mejía, Avilés de Avilés, Zaldumbide de F. Salvador, Díaz Granados de Jiménez, Arosemena de Santistevan, Zaldumbide de Denis, Rosales de Zaldumbide, I. de Arroyo del Río, Luque de Díaz Granados, entre las señoras; y entre las solteritas: señoritas de Ycaza Pareja, Descalzi Gallinar, Luque Murillo, Dávalos Pareja, Cordovés, León

Larrea, Gómez Ycaza, Yoder Campi, Gentile Ferrari, Vernaza Robles, Ala-Vedra y Tama, Noboa Elizalde, Orrantia Wright, León Aguirre, Pérez Chiriboga, Ycaza Galesio, Escudero, Jiménez Gargollo, Benítez Noboa, García Valdivieso, Borja Alcazar, Coello Díaz, Avilés Alfaro, Castillo y Castillo, Pérez Conto, Jiménez Arrarte, Guerrero Valenzuela, Arosemena Jaramillo, Rosales Pareja, Rivadeneira Aguirre.

¿Pero cuántas faltan en esta lista? Las suficientes para llenar otro carnet y otro... y otro.

—Si los ecuatorianos no consiguen hacer a sus mujeres las más dichosas de entre todas las que existen sobre la tierra, no será a buen seguro por falta de amor y entusiasmo.

Toda la poesía del Ecuador es un madrigal. Hasta algo de tan rendido se descubre en el amor de los galanes que no se explica uno cómo la leyenda los hace aparecer como tiranillos, pero tiranos al fin, cegados por los celos.

En los cantos populares, improvisados por montuvios, casi analfabetos, he sorprendido en el campo frases como estas, o muy parecidas.

“Tiraniza, tiraniza,
puesto que Dios te hizo hermosa!”

“Eres mi Dios; y si el precio
de tu amor es el tormento,
consiento en ser una víctima
aquí y luego en el infierno.”

“Soy tu esclavo, nena mía;
morir por tí debe ser,

aunque sea a puñaladas,
el más intenso placer.”

“Manda que mate ahora mismo
y mato sin compasión.
Pide mi vida al momento
y me parto el corazón.”

Pero a qué seguir recogiendo estos sollozos de humildad, de amantes sumisos? No acabaría nunca.

Capítulo Tercero

Influencia de la mujer sobre el hombre.—Trabajo, función sexual.—La misión de las madres.—Escritoras y poetisas.—Rosa Borja de Ycaza.—Piedad Castillo de Levi.—“Puerta cerrada”.—Djenana crucificada sobre la “Cruz del Sur”.—Caridad y patriotismo.—Ilustres damas guayaquileñas.—Las fiestas de la Patria.—Teresa Ala-Vedra y Tama.—Angela B. Ceño.—Isabel María Muñoz.

EN las naciones de nuestra raza, no es tópico infundado el que afirma que la mujer manda y gobierna en la vida; y que no damos un paso en el que consciente o inconscientemente, no obedecemos a un impulso de mujer. Esto es más viejo que Adán. El tema es muy complejo y se presta a distingos y razonamientos que ya tuve el honor de explayar en mi conferencia del Teatro Edén. Aquí me concreto a repetir, frente a la corriente avasalladora de un feminismo ciego, perseguidor de una igualdad imposible de lograr que la mujer ha sido, es y será siempre diferente, en esencia, del hombre; nada de superior o inferior, sino otra cosa; y no porque ese sea nues-

tro capricho, ni nuestro ideal femenino; nó porque así quisieron que fuera filósofos y poetas, novelistas y legisladores, sino porque desde el Génesis es así y no nos es dado enmendar la plana a la naturaleza. La acción de la mujer en el mundo ha de ser conforme con su condición de mujer, con sus particularidades fisiológicas y psicológicas.

—En cuanto a los trabajos en que hoy se emplean muchas mujeres en las naciones que se llaman cultas, podrán ser un amparo, un refugio contra la horfandad y el abandono y hasta una defensa contra el hombre, la miseria y el vicio; pero no son un sueño de civilización. Hombres y mujeres caminamos o nos parece que caminamos hacia un ideal de perfección, todavía rémoto. Pero si llega el día en que el espíritu de la humanidad se purifique, y preste a sus acciones todo el aliento que le viene de Dios, en ese día y en esa civilización, no se emplearán las mujeres en ciertos trabajos. Mi pensamiento y mi conciencia se sublevan cuando las veo en los campos de Europa o de América vareando olivos, escardando la tierra o con cargas de bestia sobre sus hombros bellos; pero no se me antoja en rigor mucho más progresivo, venga de donde viniere, encerrarlas como tristes esclavas en oficinas antipáticas o en talleres malsanos, donde se ajan, se extenuan, se marchitan y son inicuaamente explotadas. ¿Necesidad? Tal vez. ¿Misión suya en la tierra? Nunca.

—Defender la maternidad; conservarla intacta; hacerla objeto de respetuoso amor y de fervoroso culto: he ahí el deseo y he ahí el problema.

Ser madre no es sólo arrojar, con dolor o sin él, hijos al mundo; es amamantarlos, cuidarlos, educarlos. No hay en la vida género alguno de labor que exija mayores aptitudes; la madre necesita ser creadora de voluntades, despertar instintos, ser guía y maestra, confidente y amiga de sus hijos. Quien repare en la complejidad de estos

cuidados, habrá de reconocer la imperiosa necesidad de otorgar a la mujer medios adecuados para su cumplimiento. Para ser madre, la mujer debe redimirse de la miopía intelectual que con alguna razón le reprochaba Schopenhauer. Por eso el trabajo, aun el más elevado, no puede ser función incompatible con la Maternidad.

No es el estudio—como pretenden algunos—un temible rival. Sus verdaderos rivales son la frivolidad, los pasatiempos sin solución de continuidad, el inquieto vivir, la excitación constante del sistema nervioso. La mujer ecuatoriana es un ejemplo vivo de cuanto acabo de exponer. Madres admirables y mujeres cultas que han sabido hacer de las bellas letras y de las Bellas Artes, las aliadas de la Maternidad y un obstáculo para aquél tedio invencible que, según Doña Concepción Arenal, de la mujer romántica hace una disoluta y de la mujer devota, una mojigata. Y lo que más me admira en la mujer ecuatoriana, es que, cuando escribe, conserva siempre esa delicada y exquisita feminidad, esa noble acentuación particular y singularísima del bello sexo que tanto realzan el prestigio de sus obras literarias.

—Quien haya escuchado o leído la conferencia sobre Francisco de Asís, dictada ante un público tan numeroso como escogido, por la señora doña Rosa Borja de Ycaza y haya apreciado en ella la deliciosa impresionabilidad, a veces exaltada, y el valor sentimental concedido a ciertos detalles minúsculos, tendrá que reconocerla impregnada de un espíritu altamente femenino. El tema escogido por la ilustre conferenciante, encaja como en un molde en el temperamento artístico, de su autora. San Francisco es la imitación de Cristo, no dibujada, como en el Kempis, con los vagos contornos del ideal, no bordada en las páginas de un libro, sino convertida en realidad, puesta en obra, practicada y vivida. ¿Hay algo más lleno de sentimiento, algo, a la vez, de poesía más delicada

e intensa, digno de ser cantado por una mujer artista, que el sermón a los pájaros y el canto al Sol?

¿Quién con mayores títulos que la mujer de este país de la fauna encantada, para comprender a San Francisco de Asís cuando exhorta a los pajarillos a que bendigan a Dios por haberles adornado con mantos de multicolores matices; por permitirles apagar su sed en las aguas tranquilas de los arroyuelos; por poner en su garganta las voces con que llenan los aires de dulces armonías; por entretejer y cuidar para que formen sus nidos, las tupidas y enmarañadas florestas? La mujer ecuatoriana es una sensitiva y en la sensibilidad femenina está el asiento más firme de la fe y de la poesía; en ella está la liberación de las cadenas que nos ligan a las pasiones de la vida puramente biológica, el principio y el fin de la manumisión del espíritu. Rosa Borja de Ycaza, hija del celebrado autor de "Flores Tardías", hermana del malogrado César Borja Cordero que en opinión del Dr. Don C. Arroyo del Río merece figurar, por su talento tan vario y su cultura tan honda, entre los primeros de los más altos exponentes de la intelectualidad ecuatoriana del siglo XX, Rosa Borja de Ycaza, repito, con un arte supremo en el decir y un léxico castigo y elegante, obtuvo en su conferencia uno de los éxitos más ruidosos y merecidos. Un año después, Rosa Borja de Ycaza dió en la Universidad de Guayaquil otra conferencia sobre este tema: "Influencia de la mujer como factor importante en el mejoramiento humano". Excusado es decir que la ilustre conferenciante renovó sus laureles, cosechando aplausos a granel y unánimes elogios. Quiero enaltecer estas páginas consagradas a la mujer ecuatoriana reproduciendo un párrafo de aquella hermosa conferencia, en el cual se destacan el talento, la elocuencia y los generosos sentimientos de su autora.

"Ojalá que alguna de las sociedades de beneficencia

que actúan en esta ciudad estableciera Escuelas de Hogar a ejemplo de algunas naciones cultas donde la mujer adquiriera conocimientos de Fisiología, Higiene y demás, de acuerdo con su posición social, para afrontar la responsabilidad que pesa sobre la conciencia y el corazón de las madres de formar seres útiles a la familia, a la sociedad y a la patria. Las mujeres todas, debemos trabajar en ese sentido; eduquémonos las madres para que podamos educar a nuestros hijos, no solo bajo el punto de vista de la evolución individual sino también con el ideal de aspirabilidad, ensanchando el horizonte de su conciencia, guiándolos hacia el Bien, hacia la Bondad, hacia la Belleza, en un ideal de perfección que, como considera Bunge, es el propulsor de todos los progresos de la especie humana.”

—Las escritoras y poetisas ecuatorianas que pueden figurar dignamente en las Antologías hispano americanas, constituyen un núcleo muy importante. Sin pretender citarlas todas, vienen a mi memoria, harto infiel, algunas de las que he leído y conozco mejor: Angela Camaño de Vivero, F. González de Moscoso, Angela Carbo de Maldonado, Piedad Castillo de Levi, Laura Borja de Vallejo, Rosa Borja de Ycaza, Zoila Ugarte de Landívar, Dolores Sucre, Aurora Estrada y Ayala, Leticia Castillo y Castillo, Isabel María Muñoz, etc., etc.

—Piedad Castillo de Levi, adscrita a las obras de beneficencia en las que luce las iniciativas de su talento, figura en primera línea entre las escritoras ecuatorianas. Hija del Director-Propietario de “El Telégrafo”, tomó una parte activa y directa en las transformaciones y reformas que hicieron de este periódico uno de los mejores de Sud-América. La cultura de Piedad Castillo de Levi es tan vasta y tan varia que no hay rama del saber humano que le sea desconocida. Y sin embargo, al leer con atención sus escritos, tachados de varoniles por la tersu-

ra del estilo, la firmeza del concepto, la gallardía de la expresión, al punto descubre en ellos el espíritu crítico, las exquisitas modalidades de la mujer sentimental y buena. Su erudición extraordinaria en sociología y filosofía la permiten tratar con elevación los temas triviales y abordar con sencillez y soltura los grandes problemas. Esta brillante escritora a quien J. M. Calle dedicó su obra "Leyendas históricas", lo mismo traduce en frases llenas de colorido y de vida, el heroísmo y el dolor, el entusiasmo y el miedo, es decir, todo lo que representa en el mundo energía o pasión; como nos deleita expresando en un lenguaje de una suavidad seductora, los sentimientos más hondos, más delicados, desde el amor maternal hasta los misteriosos y sutiles efluvios de las grandes abnegaciones y de las más sublimes virtudes. Su personalidad relevante, fuertemente acusada, traspasó las fronteras de su país. En los centros literarios de Lima y de Bogotá, de Méjico y Buenos Aires, de París y de Madrid, se conoce y se admira a Piedad Castillo como pensadora, como escritora, como poeta. Su última composición es un primoroso alarde de ritmo y de inspiración, en la que no se sabe qué admirar más si la riqueza del léxico o la pulcra distinción de las ideas.

"EL MISTERIO DE LA PUERTA CERRADA" .
(Inédita)

*Meditación sobre un cuadro de
Antonio Bellolio.*

"A mi hermana Carmelita
la predilecta, la comprensiva."

Puerta cerrada como un corazón vacío,
puerta cerrada como un alma sin amor,
puerta cerrada ocultas un secreto sombrío,
y tu oquedad se mira de la onda en el verdor.

Ha muchos años Bianca Capello te cruzara,
aun guardas de sus pasos la huella ideal,
amor le sonreía, amor. . . joya tan rara
que se quiebra de un soplo como leve cristal.

Puerta, dime que guarda tu misterio inquietante,
puerta callada y mustia como extinguida voz,
¿acaso te cerraste en el supremo instante
de algún desesperado y sollozante adios?

¿Acaso tu silencio se debe a una leyenda
de sangre, de suplicios, de bárbaro sufrir,
y tu hermetismo evoca fatídica contienda
y el agua un cuerpo esconde que en ella se fué a hundir!

¿Qué encierra tu penumbra? Las aguas te reflejan
en su espejo empañado, inmutable en tu paz;
han de pasar los siglos que a otros se asemejan,
han de caer las horas como marchito haz.

Y seguirás inmóvil, siempre inclinada y sola
sobre el agua siniestra; no cruza tu dintel
ni la joven patricia de encarrujada gola,
ni la dueña enlutada, ni el apuesto doncel.

Puerta cerrada, puerta cerrada, ábrete un día;
como tú, cuantos seres esconden su pesar,
sus crueles desengaños y su melancolía
y la fé que ya nunca volverán a encontrar.

Oh! mentira de vida, que deshace la suerte!
Almas cerradas, yertas, que jamás se han de abrir,
y que habrán de llevarse su secreto a la muerte,
cuando logre el espíritu de su cárcel salir.

Oh! impasible tortura del silencio que mata,
mientras los otros siguen su plácido gozar!
¡Ese dolor de ver que la existencia es grata
y ser "puerta cerrada" que se mira en el mar!

—Leticia Castillo, hermana de la señora de Levi es más conocida bajo el pseudónimo de Djenana. Yo dí a conocer en Lima y en el Ateneo de Madrid algunas de sus poesías, con extraordinario éxito para su autora. La poesía "Sobre la Cruz del Sur" es muy bella y no resisto a la tentación de dar a conocer a mis lectores las dos últimas estrofas, aun cuando ya han sido publicadas en Revistas y periódicos de diversas Repúblicas sud-americanas.

SOBRE LA "CRUZ DEL SUR"

Cuatro estrellas la forman, cuatro estrellas de oro,
cuatro clavos me clavan en el signo que adoro.
Mis manos, como alas, extendiendo hacia el azur
que un instante parece que hasta mí descendiera,
Que es la ilusión perenne de mi loca quimera
estar crucificada sobre la Cruz del Sur.

Ya logré mi deseo de subir y volar
muy en alto, tan alto, que no alcanzo a mirar
los que abajo quedaron, extendidas las manos,
en sus pobres y míseros menesteres humanos.
¡Mi cuerpo es ya una nube que flota en el azur!
¡Ya estoy crucificada sobre "La Cruz del Sur."

Tal vez un crítico aferrado a la rutina de la poética clásica, encontrará motivos para considerar defectuosa y poco conforme con la preceptiva literaria, esta bellísima oda. Pero los que buscamos en la poesía, la

expresión musical del pensamiento, sin parar mientes en los detalles que en nada disminuyen su valor poético, habremos de convenir en que las dos estrofas transcritas acreditan a Djenana de inspirada poetisa. Ésta fué, al menos, la opinión de los Ateneistas madrileños que tuvieron la fortuna de admirarlas sin prejuicios.

—Colombia Tama, para referirnos también a las que sin estar consagradas, prometen mucho, todavía en la primera juventud, casi una niña, hija del Dr. Tama, jurisconsulto de talento y también poeta. . . a ratos, tiene ya la intuición del ritmo que es lo esencial en poesía. “Lo fundamental en el verso, ha dicho Enrique Diez Canedo, es el *acento*”. Pero además del ritmo, la joven y gentil poetisa tiene una espontaneidad en las ideas que ya es inspiración. Si yo fuera ecuatoriano me guardaría muy mucho de augurar a la señorita C. Tama grandes éxitos, por aquello de que “nadie es profeta en su patria”; pero no siéndolo, me atrevo a asegurar que muy pronto la reputación de esta nueva poetisa guayaquileña la situará en las alturas a que no pueden llegar ni llegarán nunca las medianías. El Parnaso no consiente, aun en las épocas en que la confusión de valores se hace general, que el nido de las Aguilas, lo ocupen los gorriones. La señorita Tama, se acomoda perfectamente a la forma y aun al genio de la poesía española, como si su espíritu se modelara siguiendo esa inclinación. Y no es que yo condene a los *renovadores*, cuando la novedad consiste en romper la rutina, sino cuando van contra los fundamentos prosódicos de la lengua común; y en vez de alumbrar manantiales y denunciar filones, pisotean la gramática y deshonoran la poesía.

—Una de las características más saliente, más simpática, más original y digna de llamar la atención en la mujer ecuatoriana, consiste en su fervoroso y entusiasta patriotismo. Como las heroínas de Numancia y las espo-

sas de los Recaredos; como las altivas castellanas de la Edad Media y las damas que sirvieron de musas a Calderón y a Tirso; como las mujeres legendarias de Zaragoza y de Madrid y las caritativas damas que con Su Majestad la Reina Doña Victoria van derrochando por nuestros hospitales los tesoros inagotables de su piedad; la mujer ecuatoriana, hispano-americana al fin y un poco también española, brilló siempre como un astro de fecundos resplandores por su ternura y su patriotismo.

La señora Lola Elizalde de Stagg, fundadora en Guayaquil durante la Gran Guerra, de la Cruz Roja Británica, vió premiados su desprendimiento y su generosidad por una carta autógrafa de S. M. la Reina de Inglaterra agradeciendo sus servicios y dos condecoraciones: la medalla del "*Queen Mary's Needlework Guild*" y la cruz de la orden de "St. Jhon of Jerusalem". El general Stagg que estuvo al lado de Bolívar en la famosa batalla de Maracaibo, ostentaba sobre el pecho la cruz militar de esta última Orden tan preciada y estimada por los súbditos del gran Imperio Británico.

La señora doña Julia Elizalde de Santistevan, hermana de la señora de Stagg, preside actualmente el Comité Orientalista cuya finalidad es coadyuvar al noble Apostolado de los Salesianos que dirige el R. P. Carlos Crespi. Merced a este Comité, tan altruista y patriota como su digna Presidenta, el Oriente ecuatoriano tiene ya una "Escuela Guayaquil" un "Hospital Guayaquil" y un "Puente Guayaquil" sobre el río Namangosa.

Se puede servir a la Patria de mil modos y uno de ellos y muy práctico también, consiste en dar refugio y educación a los desheredados de la Fortuna, como lo hace el Belén del Huérfano, en cuya fundación tomó parte la señora de Stagg y cuya Presidenta, la virtuosa dama doña Ana Darquea de Sáenz de Tejada, con su labor perseverante y su piedad acrisolada, ha convertido en

una de las instituciones benéficas más simpática, más eficaz y más admirada del Ecuador. Secretaria del Belén del Huérfano es la ilustre escritora María Piedad Castillo de Levi, cuyas brillantes iniciativas han contribuido en gran parte a los progresos constantes y admirables de la piadosa institución.

—No se celebra fiesta alguna patriótica en el Ecuador, sin que la mujer aporte a ella el rico caudal de sus patrios amores, su concurso espiritual o el de su presencia. En las grandes solemnidades organizadas para conmemorar fechas gloriosas, allí está la mujer, perfumando el ambiente con los efluvios de sus virtudes, o engalanando la sala con las espléndidas galas de su gentil hermosura, rivalizando con el hombre en ardimiento y patriotismo. Allí están confundidas las señoras de alta alcurnia con las más humildes, las que viven por sus manos y las ricas, las analfabetas y las literatas, todas unidas por el lazo santo del amor a la Patria. Las que ayer lucían su elegancia y su belleza en los salones del Club aristocrático, en un ambiente de exquisita frivolidad, o las que dejaban admirar sus graciosos modales y sus ojos de hurís, tras el mostrador de una tienda, hoy a los brillantes acordes del himno nacional, rinden a la Patria el culto de su adhesión. La señorita Teresa Ala-Vedra y Tama, dejando a un lado su belleza, su talento, su intelectualidad y su admirable modestia, tiene, como la señorita Angela B. Cedeño, el buen gusto de exteriorizar, alternándolo con su patriotismo, el amor a España. Con emoción vivísima leí y volví a leer el canto a la Madre Patria, premiado y aplaudido en la Universidad de Guayaquil el día de la Fiesta de la raza.

“A ESPAÑA”

“Respondió un eco en la tupida selva, batió sus ramos la palma triunfal; el ave agorera de misteriosos tri-

nos elevó su canto y en su cubil despertó el león, porque en la playa de la ardiente arena, de gualda y de rojo lució una enseña . . . ¡ La enseña gloriosa de la noble España !”

Algunos días después, el 3 de Noviembre, se celebró en Guayaquil, como todos los años, el aniversario de la Independencia de las provincias del Azuay y de Loja. El Presidente del Concejo Cantonal Dr. Don Leopoldo Izquieta Pérez, persona muy culta, y muy estimada en Guayaquil celebró en términos elocuentes las glorias de la ciudad de Cuenca en el CVIII aniversario de su emancipación; pero no era suficiente eso. Faltaba el inestimable concurso del patriotismo y de la inspiración femeninos, cerrando con broche de oro purísimo el homenaje a Cuenca. Y este concurso lo prestaron en prosa y en verso las señoritas Angela Bertha Cedeño e Isabel María Muñoz.

“Así te amo,—dice Angela B. Cedeño—Cuenca bella, morada de la Poesía, Arcadia de América; y por eso sin tener la dicha de conocerte, con los ojos de mi alma, como Milton vió el Paraíso, te canto en tu día patricio, poniendo esta nota humilde y fugaz para que se confunda y diluya en el concierto que la natura toda te dedica hoy por medio de tus flores y tus aves, el murmullo de tus ríbs, el rumor de tus frondas y los himnos de tus poetas y prosadores. Cuenca hermosa y heroica, te amo, porque mi corazón, como el de Olmedo, “ama cuanto es amable y amó cuanto era bello”.

He aquí la patriótica poesía de Isabel María Muñoz

“A CUENCA”

(En el aniversario de su independencia)

“Yo no quiero arrancar hoy de mi lira
débil acento que al nacer se apaga,

ni que se escapen lánguidos, dispersos,
 tenues sonidos de armonías vagas . . .
 Yo quisiera animar estas estrofas
 con una lumbre de perpetuas llamas,
 y que luzcan eternas en el mundo
 pregonando las glorias de mi Patria;
 que se sepa que existe entre los Andes
 un oasis de flores perfumadas
 donde cantan alegres los poetas
 y el Genio extiende sus divinas alas;
 y que hay una mujer de sangre ardiente
 frenética y febril que, con el alma,
 ofrece a Cuenca, en su gloriosa fecha,
 lo más sublime que en su pecho guarda.”

—No tengo la pretensión de haber hecho un estudio acabado y perfecto de la mujer ecuatoriana; ni siquiera una paciente y rica acumulación de datos para un estudio crítico. Para hablar de la mujer ecuatoriana en forma digna de ella, sería menester un temperamento de artista que yo no tengo. Bástele saber al lector que pocas mujeres han obtenido para su belleza, su cultura y su virtud homenajes tan cálidos y unánimes. A sus pies se arrastraron, seducidos por el encanto indefinible que de ellas brota, cuantos tuvieron la suerte de conocerlas. El que no quiera casarse con una ecuatoriana que no venga soltero al Ecuador. A la mujer ecuatoriana le es perfectamente aplicable lo que decía Mad. Stael de Mad. Récamier: “No conozco a ninguna mujer que posea un más efectivo poder de atracción, que esté más convencida de él y que lo haga sentir menos ostensiblemente . . .”

En ese compuesto misterioso de belleza, fuerza moral, modestia, ingenuidad y gracia, está el “*quid divinum*”, clave de todos sus éxitos y principio de todos sus méritos.

Capítulo Cuarto

El Museo de Guayaquil.—Momias de jíbaros.—El Dr. Don Modesto Chávez Franco.—Amigos de España.—Dr. Alfonso Arzube Villamil.—Foro guayaquileño: Baquerizo Moreno, Arroyo del Río, Arízaga Luque.—Prensa diaria: "El Telégrafo".—Más rotativos.—La Colonia Española.—Reseña al vuelo.—Don Jaime Castells.

EN el Palacio de la Biblioteca está instalado el Museo Arqueológico muy interesante y muy curioso por el mérito intrínseco de los objetos que en él se guardan y exhiben y también por su importancia histórica.

Director de la Biblioteca Municipal (que contiene más de cuarenta mil volúmenes) y al propio tiempo director del Museo, es el Dr. Don Modesto Chávez Franco, poeta y periodista, filósofo y autor dramático, historiador y jurisconsulto, arqueólogo y crítico de arte, todo en una pieza. Por su labor literaria muy copiosa, por su actuación inteligente y tenaz al frente del Museo, el Dr. Chávez Franco tiene derecho al reconocimiento y admi-

a estas horribles y misteriosas efigies? ¡Qué no podríamos descubrir de arcanos, ahora insondables, en las cabezas momificadas de un Calígula, de un Alejandro, de un San Agustín?

—El señor Chávez Franco no pudo sustraerse a una regla que es igual para todos los que se sienten con talento y cultura bastantes para escalar las altas cimas de la intelectualidad. Nadie deja de ser adocenado y vulgar sino acentuando sus propias cualidades y abandonando los caminos trillados.

El Dr. Modesto Chávez que estrenó en Lima una obra dramática cuando apenas tenía diez y seis años de edad; que ha sido escritor festivo; que ha dirigido periódicos; que puede, si quiere, llenar una biblioteca con lo que ya publicó en diarios y revistas; que es miembro de varias Academias españolas y americanas, no podía contentarse con la actitud rutinaria de los mil directores de Museos que en el mundo han sido, cortados por el mismo patrón y que al fin abandonan el puesto sin dejar huella de sus iniciativas.

Todo museo está inventariado y catalogado, pero solo el Museo que dirige el Dr. Chávez Franco ofrece al visitante la particularidad de ser historiado. Me explicaré. El director del Museo de Guayaquil, con la paciencia de un benedictino y dando la medida íntegra de su vasta cultura, va historiando, una por una, las piezas del Museo, buscando en cada caso lo más interesante, lo más nuevo, lo más útil para la ciencia, procurando siempre hacerlo en forma rápida, breve y amena. Como este Museo contiene millares de piezas, hágase cargo el lector de la ímproba tarea que el Dr. Chávez Franco se ha impuesto. Ya lleva publicadas en la Revista Municipal, numerosas monografías bajo el epígrafe genérico de "Visitas al Museo de Guayaquil", a cual más instructiva e ingeniosa. Pero la capacidad productora del Sr. Don Modesto

Chávez Franco es inagotable. Alternando con las fichas históricas, publica "Crónicas" referentes al Guayaquil antiguo que se leen de un tirón y que parecen escritas por un contemporáneo, tal es la soltura del estilo, el acierto en la exposición y la lozanía de su espíritu crítico.

Contra lo que generalmente se dice del carácter intelectual del español y del hispano americano, reputados por ligeros, ideólogos, improvisadores, dominados por la retórica y por el gusto de las generalizaciones e hipótesis, Chávez Franco es un investigador concienzudo, honrado, que no aventura juicios sin estar seguro de sus pruebas, que no escribe sin dominar el asunto y que en la expresión, cuando el tema lo requiere, es sobrio, ceñido a la idea, preocupado tan solo de la verdad de sus alegaciones. Los que conozcan el valor de la palabra inglesa *accurate*, formarán idea de lo que es Chávez Franco como trabajador intelectual, aplicándosela con todas las consecuencias de confianza y respeto hacia el que la merece, que lleva consigo. Esa cualidad tienen las Fichas y las Crónicas a que acabo de referirme, admirables de exactitud y de claridad, perfectamente adecuadas al objeto a que se destinan. Sin ellas, gran parte de la Historia de Guayaquil, desde la Conquista hasta la Independencia, sería muy difícil de escribir.

Cuando redacté estas líneas, no conocía personalmente al Dr. Chávez Franco. No eran pues elogios dictados por la amistad. Hoy que le conozco, le admiro tanto como antes y le estimo más. Como ingenio de buena ley sabrá perdonar mis elogios sinceros, ya que no agradecerlos por el poco valor que tienen siendo míos.

Chávez Franco es un hispanófilo convencido de los que no desperdician ocasión para proclamar la conveniencia de un cambio de ideas más constante entre España y las naciones de su origen. Esto lo saben ya muchos españoles; pero tal vez ignoren algunos el abolengo inte-

lectual de este amigo de España. Cuando lean esto dejarán de ignorarlo.

—Otro gran amigo de España y gran amigo mío es el Dr. Don Alfonso Arzube Villamil, abogado de los más distinguidos del Ecuador, hombre joven, robusto, macizo, de ojos vivos y dulces que revelan firmeza y bondad. En las contiendas del Foro donde el menor desvío constituye una derrota, Arzube Villamil es un campeón formidable porque sabe fortalecer su cultura jurídica y su empuje dialéctico con la suprema habilidad. El mayor elogio que puede hacerse de un abogado es este que hago yo ahora: cuando he tenido que pleitear he puesto en sus manos la defensa de mis derechos.

Su oratoria se distingue por la lucidez en la exposición, la argumentación sólida y nutrida, la réplica fácil e ingeniosa, la concisión elegante.

Alfonso Arzube Villamil es un luchador infatigable. Su vida no puede ser nunca inercia resignada sino combate valeroso. Para el constante laborar, para el aprovechamiento de los días y de los instantes no hay acicate comparable al aguijón simultáneo del deber y del amor a la vida; para las nobles ansias del ideal ¿en qué pueden cifrarse sino en llenar la vida con el trabajo para corregirla y ennoblecerla? El trabajo y el ideal no riñen, en las almas templadas para la lucha, ninguna batalla, porque de antiguo ejercen y deben disfrutar sobre la vida del hombre un pacífico condominio. Si el trabajo es ideal y es virtud, es porque el ideal y la virtud son también trabajo.

Abogado, profesor de la Universidad, diputado nacional, ministro de Estado y guerrillero, Alfonso Arzube Villamil, llevó a todos los campos de la actividad social y política, su temperamento batallador. En aquellos días memorables para la política ecuatoriana en que los patriotas de corazón rivalizaban por serlo, Alfonso Arzube

Villamil fué de los más aventajados en el ardimiento y la generosidad. Gesto hidalgo, digno de esos temperamentos valerosos, que prefieren arriesgar la vida por una causa limpia y levantada a vegetar con vilipendio, lejos de los compromisos y de los riesgos personales. ¿Cuántos en su clase social pueden decir lo mismo? Pero "el que lo hereda, no lo hurta". Los Arzube fueron siempre luchadores impenitentes, los Villamil entusiastas patriotas. El Dr. Alfonso Arzube Villamil siente correr por sus venas la sangre generosa y noble de aquél general Villamil, que fué uno de los primeros actores de la independencia ecuatoriana y la del heroico Comandante de la escuadrilla de destróyers que inmortalizó su nombre peleando y sucumbiendo con bravura espartana en el combate naval de Santiago de Cuba: Fernando Villamil.

Actualmente dedicado a su profesión, Alfonso Arzube vive un tanto apartado de la política activa. Patriota antes que nada, estima que en las presentes circunstancias no se debe estorbar la acción del Gobierno sino antes bien alentarle en su meritoria labor de reconstitución nacional.

Hay muchos ecuatorianos que creen que el ilustre político hubiera encontrado tal vez, en la tribuna pública y frente a las muchedumbres que antes de ahora se rindieron a su verbo elocuente, un campo más fértil en éxitos que en el ejercicio de la abogacía. ¿Por qué ha preferido Alfonso Arzube Villamil la profesión a la vida pública? Sin duda por el afán, muy legítimo, de que su ejemplo permanezca en el tiempo para aleccionamiento de los impacientes y correctivo de los egoístas. De una u otra manera la semilla sembrada por el joven letrado no podrá perderse porque caerá en terreno abonado, como no se ha perdido, de seguro, el ejemplo de sus actuaciones pretéritas.

La oposición sistemática a todo Gobierno por el solo

hecho de no formar parte de él es propio de aquellos que, cuando no están en el Poder, pasan, sin transición heroica, de su mediocridad al anonimato más oscuro. Alfonso Arzube Villamil, como tiene talento, no necesita del espléndido ropaje de legislador, de embajador o de ministro, para figurar en primera línea. El hombre de talento se destaca siempre, cualquiera que sea la esfera en que desarrolle sus actividades. Y hay que tener talento de veras y una preparación cultural muy nutrida para sobresalir entre los abogados del Ecuador o figurar siquiera entre los mejores.

—No me he detenido en el diseño biográfico de estas destacadas figuras de la intelectualidad guayaquileña por mero capricho y a humo de pajas, empleando una expresión vulgar. En la discusión sobre las características intelectuales y anímicas de un pueblo, el argumento *de hecho* es el que al fin y a la postre decide casi sin apelación, no obstante lo complejo de los orígenes espirituales de los individuos y de los grupos sociales. Se ha calificado a los guayaquileños de excesivamente prácticos y *terre a terre* como con gráfica frase dicen los franceses; calificación injusta, a mi juicio, si se tiene en cuenta el numeroso contingente de artistas, poetas, escritores románticos, de hombres en una palabra, cuyo espíritu ha vibrado a impulso de las más altas idealidades. En una polémica estas listas hacen falta y suelen ser decisivas. Sería labor ociosa y pesada repetir las aquí, ya que cualquiera de mis lectores podrían encontrarlas o rehacerlas por sí mismo, y con ellas, lo que vulgarmente se llama el cuadro intelectual de la región. Se me antoja más interesante y apropiado a la índole de esta obra decir algo de mi propia experiencia que en este caso puede ser testigo de mayor excepción.

Refiriendo mis observaciones al tema arriba apuntado, debo decir que el resultado de aquellas es, como lógi-

camente podía presumirse, un pleno testimonio de la absoluta compatibilidad entre el espíritu *práctico* (y cuan vaga es esta expresión) y el sentido ideal. Nada extraño hay en ello. El pueblo inglés, considerado siempre, con rara unanimidad, como uno de los más positivos del mundo, es también de lo más altamente *idealista* que la humanidad ha producido hasta ahora. En España la región catalana puede servir de notable y decisivo ejemplo de lo mismo: al lado del mundo de "*La Febre d'or*", está el mundo en que han nacido y arraigado el "*Can Ferrat* y el *Teatre intim*."

El Litoral ecuatoriano es así, aunque no a la manera del Imperio Británico, sino al modo de España, es decir como corresponde a un país de cultura y educación distintas. En términos generales, todo inglés presenta el feliz concurso de aquellas dos cualidades a que me he referido; el costeño las ofrece separadamente. Para ser completamente exacto diré que los *idealistas* de aquí, suelen ser al propio tiempo espíritus prácticos, de una solidez positiva que les fija los pies en el terreno que pisan, sin dejarlos flotar en el vacío; y en cambio los demás son pura y simplemente *terre a terre*, con todas las características del hombre de negocios, calculadores, *positivos*, con un talento natural que asombra, poco aficionados al libro y a la especulación. Este es el tipo dominante; pero de entre esa masa anónima surgen, más a menudo de lo que pudiera creerse, los idealistas, los intelectuales, y estos cuando nacen en el Ecuador se acusan con singular relieve. Se me dirá que constituyen una minoría y yo replicaré que se busque un pueblo en que la proporción en tre los adocenados y los espíritus escogidos sea más alta y en que estos últimos tengan una representación social tan notable. Yo presto una gran fe a la virtualidad intelectual del Ecuador, porque todos los años la vemos rebrotar, fresca y halagadora, en el tronco de la juventud

que, aun cuando por momentos parece que se debilita, lleva interiormente eternos y ricos jugos de savia fecundísima. En la juventud escolar, entre alumnos más o menos aplicados, más o menos cumplidores de su deber, se destacan en número creciente los que sienten calor por la ciencia misma, los que no se satisfacen con la mínima tasa que permite aprobar el curso, los entusiastas por la investigación ideal, los que impulsados por una emulación legítima y noble, ponen a veces en un aprieto a sus propios maestros.

—Concretándome al Foro por ser más de mi competencia citaré en primer lugar al Dr. D. Alfredo Baquerizo Moreno, ex-presidente de la República, artista, poeta, escritor de elevado espíritu y admirable estilo, insigne adoctrinador de abogados y jueces en dos generaciones. Su ciencia jurídica es tan grande y tan asentada y firme su reputación de hombre recto, imparcial y justo, que yo sometería gustoso a su arbitraje cualquier disputa de derecho.

Siguiendo las huellas del ilustre jurísculto hay en Guayaquil distinguidos letrados que sobresalen con extraordinario relieve. Conozco personalmente a varios de ellos, Doctores Tama, Astudillo, Insua, Espinosa. El Dr. Carlos Arroyo del Río, profesor de Derecho Civil en la Universidad de Guayaquil, orador elegante y preciso, ex-presidente de la Cámara de diputados, fué en un tiempo llamado a ocupar la Presidencia del Senado cuando esto equivalía a ejercer la más alta Magistratura de la Nación. A pesar de su juventud, el Dr. Arroyo del Río declinó el honor, pensando, tal vez, que los que acuden solícitos y jubilosos a esta clase de invitaciones son muchos, y son, por el contrario, muy contados los que se excusan.

Un abogado, joven también pero ya con reputación bien ganada de hombre culto y de talento, es el Dr. Arí-

zaga Luqué, heredero en vida del bufete del notable jurisconsulto Dr. Rómulo Arzube Cordero, célebre en el Foro guayaquileño por una transacción famosa arrancada a un Banco entonces omnipotente.

Y ¿a qué seguir? Son tantos los que merecen figurar entre los escogidos!

—En este rápido resumen de notas e impresiones no puedo pasar en silencio la grata sorpresa que me causó cuando llegué a Guayaquil, el adelanto extraordinario de su Prensa diaria. Prescindiendo de rotativos que como “El Guante” y “La Nación” dejaron de publicarse, me concretaré a los que existen en la actualidad.

“El Telégrafo”, decano de la Prensa, es un periódico moderno, admirablemente confeccionado, con amplia información nacional y extranjera, con fotograbados en colores de una nitidez perfecta, con redacción y colaboración muy nutridas, que hace honor a sus propietarios y directores. “El Telégrafo” tiene casa propia, un verdadero Palacio de cinco pisos, desde cuya espléndida azotea se dominan la ciudad y sus alrededores, en un bellísimo panorama con el agua azul al pie y en lo alto, el cielo azul. Sus máquinas modernas, rotativas y linotipias, prensas y cajas, nada tienen que envidiar a las de los grandes diarios norteamericanos. Al frente de este periódico están su director-propietario D. J. A. Castillo y sus dos hijos Santiago y Manuel que alternan con el padre en la dirección y la gerencia.

Nunca hubiera sospechado que en Guayaquil pudiera sostenerse y prosperar un periódico diario de la envergadura de “El Telégrafo”.

—Si el refrán castellano dice que “para muestra basta un botón”, la prensa diaria guayaquileña ofrece dos y hasta tres en prueba de sus progresos sorprendentes.

“El Universo” es también un rotativo de informa-

ción amplia; de factura moderna, bien redactado, dirigido por un periodista brillante, el Sr. D. Ismael Pérez Pazmiño.

Por último, se publica en la capital del Guayas el "Diario del Pueblo", más modesto que los anteriores pero con texto ameno y copioso que aumenta cada día el número de sus lectores.

—La colonia española de Guayaquil, sin ser tan numerosa como en otras ciudades de América es escogida y honra a España. Hay entre mis compatriotas, hombres acaudalados, de gran prestigio financiero como el señor Don Antonio Madinyas y Lazcano, Presidente, Consejero y accionista de muchos Bancos; y no hay ni un ejemplar siquiera, de esos parásitos que pululan por doquier, estériles pancistas que viven del sablazo, en el descrédito.

Sin estar muy unidos como debieran, los españoles de Guayaquil tiene Cámara oficial de Comercio que hoy preside D. Juan Marcet, Casa española propia y una Revista comercial que se publica todos los meses y que yo leo seguro de encontrar siempre en ella, algún artículo interesante. En el comercio de Guayaquil figuran Mariano González y Florentino González, tan acreditados y bien reputados, que cualquiera de sus dos firmas representa más de un millón de sucres. Aunque hermanos, trabajan por su cuenta, separadamente. Mariano González sucesor de González Hnos. importa de Europa y los E.E. UU. ferretería en general y toda clase de maquinarias industriales y agrícolas; Florentino González y Compañía, esta es la razón social, importa además aceites lubricantes, artículos navales y sanitarios, etc.

La casa "Ansola Hermanos" se dedica principalmente a la venta de tejidos fabricados en el Ecuador, y no contentándose con venderlos dentro del país, los exporta a Colombia favoreciendo a la industria nacional. Esta casa establecida en el Ecuador hace 14 años, tiene

la Central en Quito, sucursales en Guayaquil, Ambato, Tulcán y Cali (Colombia) y una agencia en Riobamba. Dos de los hermanos Ansola, españoles de verdad, riojanos de pura cepa, Juan y Vicente, estuvieron hace años en la región selvática oriental, conviviendo con los jíbaros y explotando la quina y el caucho. Juan Ansola llegó a adquirir tal ascendiente y prestigio sobre las tribus indias de aquella región, que millares de jíbaros lo reconocían como jefe, llamándole Papajuanga. De haber nacido tres siglos antes, Juan Ansola hubiera figurado con notorio relieve entre los grandes colonizadores de América. La falta de comunicaciones obligó a los Ansola a suspender la explotación del caucho y la quina, no sin reconocer que "la riqueza de aquella zona oriental es algo fantástico que no se parece a nada en este mundo." Textual.

V. Janer, actualmente en España representando a la Cámara Oficial de Comercio española de Guayaquil en el Congreso de Ultramar, es dueño de la librería más importante en toda la República del Ecuador. Otra librería española en Guayaquil es la "Cervantes", propiedad del diminuto, activo y simpático Luis Ortas.

Merecen figurar también en esta sucinta relación: March Hermanos, importadores muy conocidos y con numerosa y distinguida clientela; Miguel Enrich, en cuyo almacén se vende de todo, desde una botella de Jerez hasta una lámpara eléctrica para cazar caimanes. Vende armas de primera calidad, escopetas, pistolas, revólvers, carabinas y ni una sola vez salió el tiro por la culata; palabra de honor! La Piladora de D. José Pons y Pons es la más antigua de las piladoras de café y arroz de toda la República, mejorando a los ausentes; Agustín Casanovas, gerente de la Casa "Ramón Ferré", almacén de tabacos manufacturados, es una firma acreditada bajo todos conceptos; José Durán Maristany es gerente de la

Casa Rivas y Compañía, importadores, que tiene la exclusiva del alambre de púas marca "Indio Wankegan", empleado para cercas con éxito creciente; Carlos Fortich, con menos fortuna que buen gusto, ha dotado a Guayaquil de un Restaurante como no hay otro en el Ecuador; Enrique Grau, fotógrafo, fotograbador e impresor, trabaja bien y de prisa, lo cual tratándose de retratos y publicaciones, equivale a hacer milagros; Emilio Fernández, fabrica muebles de todos los precios y de todos los estilos; José Solá, Ernesto Solá y Julio Guillén se dedican al mismo negocio poniendo en grave aprieto al comprador que no sabe a qué casa dirigirse; ahora bien, como los tres son españoles y en sus respectivos bazares hay un poco de todo, lo mejor es alternar, y eso hago yo.

Jaime Nebot y Borrás es gerente de la Casa Begué, punto de cita de los elegantes, lo mismo cuando llegan que cuando se ausentan de Guayaquil. Al llegar reponen su stock de prendas interiores y perfumería, y al partir compran maletas y baules de las mejores marcas extranjeras.

Martín Costa, dueño de "La Palma" vende riquísimos dulces y un chocolate sencillamente delicioso; Miguel Martínez Espronceda fabrica en "La Frutal" las mejores aguas gaseosas del país: me permito recomendar su jugo de uvas Raff y el Ginger Ale.

Arturo Domenech y Rafael Gutiérrez importan licores y vinos de primera calidad y a precios sin competencia; Jaime Pagés y Co. importa vinos también y además aceites. Por último citaré a Juan Domenech, gerente de "La Uruguaya" fábrica de curtidos en pieles de reptiles e importadores de cueros con un capital pagado de \$ 100.000; Pérez y Salas importador de material para calzado; Agustín Gago, único fabricante en el país de tacones de madera; Manuel de los Ríos, el único español que se lanzó a poner tienda de modas y le va muy bien;

Sotero Montero representante de casas muy acreditadas y Valentín Fargas fabricante de embutidos.

La Tenería Iberia de la que es presidente el Sr. Castells, administrador D. Juan Marcet y sub-gerente D. Esteban Ricart es una compañía anónima con un capital pagado de un millón de sucres, que exporta cueros, lanas, algodón, etc.

Tenía vivos deseos de conocer a mi compatriota el señor Dn. Pedro Maspons, Gerente de la "Compañía de Intercambio y Crédito". Hace ya tiempo que estaba impuesta de la importancia de esta Compañía que se ha especializado en la preparación y exportación del café. Cuando visité la casa, el señor Maspons se hallaba ausente, pero esto, no obstante, pude darme cuenta de la labor que en ella se realiza. Cerca de trescientas personas entre hombres, mujeres y niños estaban dedicadas a clasificar y seleccionar el café en siete tipos distintos. En la misma operación se emplean cuatro máquinas: dos clasificadoras, una reparadora y una pulidora. Todas son máquinas modernas de la gran firma inglesa E. H. Bentall y Co. Ltd.

Resulta muy halagüeño para mí poder consignar que en este país exportador por excelencia de productos tropicales, la "Compañía de Intercambio y Crédito", regentada por un español, es la que ocupa el primer lugar en la exportación de café. Hubiera querido felicitar personalmente al señor Maspons, pero hube de retirarme sin lograrlo. Reciba desde aquí mi sincero aplauso por su labor inteligente y los brillantes resultados obtenidos.

Dueño de "La Continental" es el señor Don Lorenzo Tous, acaudalado español que goza en el Ecuador de gran prestigio como comerciante y de generales simpatías personales en la alta sociedad guayaquileña.

Pertenecen a la colonia española, sin dedicarse al comercio: el Dr. D. Ramón Insua, Abogado y rico agri-

cultor; Manuel Freile Vicens, químico que nada tiene que aprender y sí mucho que enseñar; José Roura Oxandaberro a quien en otro lugar de este número rindo el debido homenaje.

—En la anterior enumeración, rápida y breve no están todos los que son, pero son españoles todos los que están. Españoles que vinieron a América a consumir las energías de su juventud y demostrar que los hombres de España son capaces de las más altas actividades cuando encuentran, como sucede en estos ricos países, un medio favorable y valen tanto como cualquier otro hombre de cualquiera otra raza. La acción fecunda y patriótica de nuestras colonias en América tiene un aspecto más interesante si cabe, que el de vindicar a España de las negras leyendas forjadas para desacreditarnos. Teniendo con los hispano-americanos una misma matriz de alma que es el idioma, y así lo reconoció en un escrito famoso el excelso escritor uruguayo Enrique Rodó, sientan, sin proponérselo y sin saberlo tal vez, las bases más firmes para una aproximación duradera y cordial entre la madre patria y las nobles naciones de su estirpe. Sirven pues a España por partida doble.

Uno de los hombres de talento más varonil y profundo que en España han sido, conocedor como nadie de nuestra Historia interna en sus manifestaciones más íntimas, en sus elementos psicológicos más fundamentales —Joaquín Costa para decirlo de una vez— estimaba que entre las leyes del alma española debe considerarse como probada la del cansancio rápido en toda empresa, en todo esfuerzo individual o colectivo. Cansancio prematuro que hace infructuosas las iniciativas del espíritu español que, por ironía de la suerte, es al propio tiempo uno de los más despiertos y agudos que se conocen, dotado de divina intuición con que se adelanta a los tiempos y siembra

ideas y novedades cuyo fruto casi nunca es él quien recoge.

Sean o no ciertas las conclusiones que Costa sacaba, es indudable que la opinión general piensa como Costa y confía poquísimamente en la perseverante continuidad, *esprit de suite*, firme y constante voluntad de los españoles en punto a cualquier empeño, ideal o práctico. Siempre que en España se inicia algo plausible la gente se pregunta, ¿durará mucho? Y como los hechos les dicen a menudo que nó, el pesimismo aumenta de día en día. Con esto, es mucho más grato comprobar que con los españoles de América el pesimismo se equivoca casi siempre y una de esas equivocaciones se ha dado en lo que se refiere a los españoles residentes en el Ecuador, vivos ejemplos de resolución y laboriosidad. No podéis figuraros compatriotas míos, con qué íntima satisfacción me impuse de ello al llegar aquí y con qué patriótico orgullo lo proclamaré a mi regreso, en el viejo solar de la Patria, para que todos compartan conmigo tan legítimo orgullo y unan sus parabienes a los que yo con sincero entusiasmo ofrendo en estas líneas. Hombres de trabajo, perseverantes, cumplidores del deber, sois un ejemplo que debemos imitar.

Que trabaje el industrial para que no se diga que en España la industria está atrasada; que trabaje el agricultor para que no se piense que empiezan a secarse los jugos de nuestra tierra; que trabajen los maestros y los alumnos, los ministros y los príncipes, que todos trabajen, ennobleciendo al trabajo y respondiendo a esa voz interior que nos grita: hay que trabajar por la Patria.

—Sería injusto de mi parte si al referirme a la Colonia española no dedicara unas líneas especialmente consagradas al Sr. D. Jaime Castells, Cónsul de España en la ciudad de Guayaquil.

El señor Castells que con su capacidad relevante para los negocios y su constante actividad ha conseguido

una envidiable posición social y una situación económica independiente, ha merecido bien de la Patria. Porque ya organizando y dando impulso a la Cámara Oficial de Comercio española, ya contribuyendo a la Casa de España, ya fomentando y creando sociedades de beneficencia y sobretodo al frente del Consulado, el señor Castells ha figurado siempre entre los más patriotas por sus entusiasmos y desprendimientos.

Si don Jaime Castells se decide algún día a volver a España podrá hacerlo con la cabeza levantada y la conciencia tranquila. No todos los que como él, se elevaron por su propio esfuerzo supieron en estos países cumplir los santos deberes que el patriotismo impone.

Se ha hablado en Guayaquil del propósito de enviarnos un cónsul de carrera en sustitución del señor Castells.

Aun cuando este señor con modestia que le honra, se oponga a ello, un deber elemental de gratitud y equidad nos impone a todos los españoles aquí residentes, altos y bajos, grandes y chicos, la obligación de elevar hasta las gradas del Trono, si fuera preciso, el clamor de nuestro disgusto por aquél anuncio de sustitución. Ningún cónsul de carrera hará en Guayaquil por España y por los españoles tanto como el señor Castells, por la sencilla razón de que no siempre se hace lo que se quiere sino lo que se puede; y pocos serán los que tengan o puedan tener, en Guayaquil, la personalidad adquirida por Don Jaime Castells, sus relaciones comerciales, sus amistades y sus prestigios. Aunque mandaran al más competente de los miembros del Cuerpo Consular saldríamos perdiendo con el cambio.

Para ventura nuestra, se halla en Quito representando dignamente a España, un diplomático experto, distinguido y culto, como el conde de Villamediana que sabrá informar al Gobierno y velar por los intereses de los españoles de Guayaquil.

Capítulo Quinto

La revolución desde arriba.—Juicios ajenos y de mi propia cosecha.—El problema económico.—El látigo de Juvenal.—Piadoso silencio.—El reverso de la medalla.—El Ingenio San Carlos y D. Alfonso M. Zamora.—Pico de oro y pulmones de granito.—El Banco Central.—El Banco más antiguo.—El Banco más moderno.—Haciendo Patria.—Las pobres cédulas reivindicadas.—Un Banco que ya no es Banco.—El hilo de una red.—Estimulando el ahorro.—La Sociedad Filantrópica del Guayas.

COINCIDIO mi segundo viaje al Ecuador con un acontecimiento político de suma trascendencia para el país. Me refiero a la Revolución del 9 de Julio de 1925. Esta revolución incruenta pertenece a la categoría especial que el ilustre estadista D. Antonio Maura denominó "Revolución desde arriba". Quiero propiamente expresar que no se trata de uno de aquellos movimientos revolucionarios, tan en boga en España y América durante el siglo XIX, que se fraguaban en la sombra con

el mayor sigilo, y estallaban de un modo inesperado y brusco. La revolución juliana, tampoco tuvo caudillo aparente, protagonista, personaje central alrededor del cual todo gira.

La revolución fascista es Mussolini; la revolución del 13 de Setiembre en España, es el general Primo de Rivera; la revolución chilena de 1928 es el coronel Ibáñez; pero en la revolución del 9 de Julio en el Ecuador no hay jefe ni podía haberlo. Fué, como ha dicho uno de sus más autorizados cronistas, “una revolución nacional por causas conocidas de todo el mundo, sin excluir al propio Gobierno derrocado, que venían preparando el terreno y sembrándolo de explosivos desde años atrás.” No conozco en la Historia del mundo ninguna revolución en la cual sus autores, ejército y pueblo, hayan obedecido a móviles tan concretos y unánimes, ni a propósitos y fines mejor definidos. Tal vez por esto la revolución del 9 de Julio triunfó en toda la línea sin derramar una gota de sangre; y sin duda por esto y por lo otro, la revolución juliana sigue imprimiendo su sello peculiar en la vida política y económica del país cuatro años después. El escritor a que antes me he referido, el ilustre y malogrado hacendista ecuatoriano Dn. Luis N. Dillon dijo a este propósito: “La del 9 de Julio de 1925 fué revolución por motivos económicos y con fines de reconstrucción de la misma naturaleza; y nuestra buena suerte quiso que se realizara en forma incruenta y sin dolores, merced a la cooperación patriótica del Ejército quien, como clase preponderante en el conglomerado social, se sintió solidario de causa tan eminentemente nacional como la dicha. La contextura del Gobierno que surgió de ella prueba bien claro que la balanza no se inclinó a determinada persona o partido político alguno.”

“El aspecto que presentaba el país—añade el señor Dillon—era deplorable. Las arcas del tesoro vacías, el

cambio muy alto y las rentas fiscales desmedradas. El servicio del Estado se hacía a remiendos y retazos, y el Banco Comercial y Agrícola al que se habían entregado todas las rentas públicas a cambio de una baja en el tipo de interés de la deuda fiscal, se encastillaba en una política de dilatorias y restricciones para desesperación de tesoreros y gobernadores de Provincia que clamaban en vano por una mayor puntualidad en el pago de subvenciones y sueldos.”

Como se ve, el mismo Ejército que en 1922 salvó a los Bancos, amparándolos frente al furor desencadenado de un motín popular, salvó al país en 1925 amparándolo, protegiéndolo, frente a la codicia insaciable de ciertas Instituciones de Crédito.

—No he traído este asunto a colación, como pudiera creerse, para preparar un memorial de agravios contra algún Banco de Guayaquil, disponiéndome a hacer la apología de sus detractores y empuñando de paso el látigo justiciero de Juvenal, ni extremaré los ataques y vituperios a quienes la opinión pública dejó, no obstante las apariencias, desarzonados y a pié; ni he de caer tampoco en la tentación de justificar aquello de que “a moro muerto, gran lanzada”.

No quiero aprovechar la oportunidad que la publicación de este libro me depara, a pesar de los graves motivos que tengo y que son los mismos que por tercera vez me trajeron al Ecuador, para poner de relieve los daños incalculables que han hecho a la riqueza pública y privada, la codicia y la usura de los que no satisfechos con sus pingües ganancias, las está retirando del país para llevarlas al Extranjero. Aunque no olvide, perdono y callo. Si el espíritu generoso y noble de mi padre pudiese revelar su voluntad desde la región misteriosa en que moran los que dejaron de existir, estoy seguro de que refrendaría mi conducta y aprobaría mi actitud.

—No obstante cuanto se ha dicho de los Bancos comerciales e hipotecarios, sería injusto y poco noble de mi parte, dejar flotando en el aire cargos imprudentemente extendidos a quienes no los merecen. En estas páginas que deben ser absolutamente imparciales y sinceras, fiel expresión del pensar y el sentir de un hombre de honor, no pueden estar confundidos justos con pecadores; economistas, financieros y hombres de negocios con vulgares usureros y banqueros desaprensivos. La mayoría de los Bancos—y aquí disiento de la autorizada y para mí siempre respetable opinión del Sr. don Luis N. Dillon—no sólo no merecen las acerbas censuras y críticas implacables de que fueron objeto, sino que son acreedores, por diversos títulos, al reconocimiento público por los servicios prestados a la Economía y Finanzas nacionales. Al generalizar, se cometen con frecuencia notorias injusticias. El mismo Banco Comercial y Agrícola, cuya actuación pasada no defiendo, ha logrado en estos dos años de liquidación, regentada por Don Pablo Arosemena y un personal idóneo en el que se destaca por su celo inteligente D. Miguel Barriga, despertar la confianza pública. El Ingenio San Carlos ha duplicado su producción. Y ya que hablé del Ingenio, algo tengo de decir de su Administrador General, D. Manuel Zamora, puesto que el tema y el hombre están sobre el tapete de una discusión de actualidad palpitante.

—Yo conocí, en la guerra de Cuba, al coronel Zamora, padre del Administrador general del Ingenio San Carlos. Lo conocí, cuando mandaba en Oriente el Batallón de Bailén y estuve a sus órdenes, cuando fué destinado a la Subinspección de Infantería de la Región Occidental; conozco y soy muy amigo del General Sánchez, (jefe de la misión española de la Guardia Civil que preparó en el Perú el Cuerpo de Seguridad y el de la Policía,) hermano político de D. Manuel Zamora; era pues natu-

ral, prescindiendo del interés que todo compatriota me inspira, que procurara *enterarme*, de la razón o sinrazón de las críticas y reparos puestos a su actuación en el Ingenio San Carlos.

Después de haber leído con todo detenimiento; los cargos y las censuras, faltábame, para formar juicio, oír al propio interesado. Como el señor Zamora, no necesita de intérprete para expresarse en castellano con toda propiedad y claridad, he preferido, en este caso tan delicado, transcribir con la fidelidad posible, las palabras con que el Administrador de San Carlos se sirvió contestar a mis preguntas.

¿.....?

—En primer lugar, yo no estuve nunca al servicio del señor Lynch, primitivo dueño del Ingenio San Carlos. Fuí directamente contratado por el señor don Francisco Urvina en 1° de Noviembre de 1923.

Las maquinarias y materiales que entonces se adquirieron, lo fueron por encargo del Banco Comercial y Agrícola, sin mi intervención.

¿.....?

—En 1925 abandoné la administración general del Ingenio para marchar a España, pero dejándolo en condiciones de producir 200.000 quintales de azúcar; este era mi compromiso y lo cumplí.

¿.....?

—En 1927 hallándome en Quito, el señor Superintendente de Bancos, Mr. Tompkins, me hizo el honor, después de varias entrevistas, de citarme a una reunión celebrada ante el señor Presidente de la República, a la que concurrieron además, el señor ministro de Hacienda y el Abogado del Banco Comercial y Agrícola en Quito. En esta conferencia, dada la proximidad de la zafra y las malas condiciones en que se hallaba el Ingenio, se vió la necesidad de tomar medidas radicales y urgentes. El 4 de

Junio, ante Escribano, recibí el Ingenio San Carlos según inventario.

¿.....?

—Basta pasar la vista sobre aquél inventario para formar juicio sobre el estado verdaderamente deplorable en que el Ingenio se encontraba.

¿.....?

—El sueldo y el tanto por ciento de este segundo contrato son idénticos a los del firmado con el señor Urzúa. Es inexacto que yo me aprovechara de las circunstancias para obtener nuevas ventajas.

¿.....?

La producción en 1925 fué de 122.523 sacos, representando 109 libras por tonelada de caña; la de 1926, de 119.983, con un coeficiente de 99 libra por tonelada. En 1927, con 18.000 toneladas menos que en el año anterior, obtuve una producción de 194.708 sacos, es decir 190 libras por tonelada.

¿.....?

—Así es la vida! Este resultado se atribuyó a un milagro de la naturaleza o a una intervención providencial!! Pero es el caso que en 1928 se repitió el milagro; con 114.660 toneladas de caña la producción de azúcar alcanzó la cifra de 224.034 sacos, 195 por tonelada.

¿.....?

—Yo no he hecho más que cumplir estrictamente con mis obligaciones, y aplicar los principios de la técnica azucarera moderna Sin falsa modestia, declaro que para llegar a los resultados obtenidos no son precisos los milagros de la Providencia, sino trabajar con empeño, vigilar sin descanso, no desdeñar, en ocasiones descender a menesteres humildes, para enseñar al que no sabe.

¿.....?

—Es falso como se afirmó en 1927 que se guarda-

ran encajonadas en el Ingenio maquinarias recientemente adquiridas. Se pidió material, pero maquinarias, nó.

¿.....?

—Vender un producto a pérdida es venderlo a un precio inferior al de su costo; esto lo sabe un alumno de primera enseñanza.

¿.....?

—Saliéndome del objeto de mi competencia, afirmo que la exportación de la superproducción, sin ganancias y aún con pérdida, favorece la economía nacional. Cambiar mercancías sin salida en el interior, por oro extranjero es aumentar la riqueza de un país.

¿.....?

—Yo no doy importancia a los riesgos de carácter personal. Las balas pueden perforar la piel y hasta quitarnos la vida, pero de ahí no pasan. Lo que sí duele es que personas poco o mal enteradas y algunas, tal vez, con la intención de acertar, emitan juicios temerarios que pueden quebrantar los prestigios y lastimar el honor, causando daños irreparables. Prefiero mil veces el ataque brusco, franco, de frente, sin ambages que deshonra menos, a la insinuación velada, a la insidia perversa y encubierta, que lastima más. Sólo la tranquilidad que da al hombre honrado la conciencia del deber cumplido, le permite conservar su serenidad de espíritu ante las acusaciones injustas y los cargos infundados. Yo estoy en este caso. Con la conciencia tranquila y el ánimo sereno.”

Las espontáneas declaraciones del señor Zamora, claras y terminantes, con el apoyo de los números que no engañan, producen una impresión de seguridad que no deja resquicio a la maledicencia. Tal vez continúe la campaña iniciada, porque en este mundo, los prejuicios y los rencores desarmar difícilmente. Pero a los que en este pleito no nos va ni nos viene, después de lo transcripto, no podrá hacernos mella el desahogo tenaz y persistente

de los interesados en que cambie el estado de cosas. Por mi parte, respetando las opiniones ajenas, me es muy grato aprovechar esta oportunidad para reiterar al señor Zamora la expresión sincera de mi amistad y mi estima.

La honorabilidad del Sr. D. Pablo Arosemena y su competencia en asuntos de administración, la opinión también muy respetable del señor Tompkins y la de muchas otras personas con las que hemos tenido ocasión de hablar en estos días, corroboran y refuerzan mi opinión personal.

La polémica entablada, descentrada por errores de información, volverá a sus cauces naturales dejando a salvo el honor de las personas. Lo demás importa poco. Dios entregó el mundo a las disputas de los hombres.

—Incidentalmente nombré al que fué super-intendente de Bancos, Mr. Tompkins, célebre ya en el Ecuador por su extenso y luminoso Informe presentado a la Asamblea Nacional. Los ruidosos incidentes surgidos entre Mr. Tompkins y el señor Sáenz de Tejada, cuando era ministro de Hacienda, fueron parte de las crónicas picarescas durante largos meses. Apenas conozco a Mr. Tompkins, sólo mantengo con él relaciones corteses de vecindad en el Hotel Ritz. Del Sr. Sáenz de Tejada he oído hablar a todo el mundo en términos de gran estima.

¿Qué ha pasado? En opinión de personas que se distinguen por su tacto y buen sentido, el pleito entre el Ministro de Hacienda y Mr. Tompkins fué más bien pleito de amor propio que otra cosa y por lo mismo no debió nunca plantearse.

El caso es que los abogados del Super-intendente de Bancos se crecieron ante los impetuosos ataques del Ministro Fiscal y que uno de ellos el Dr. Trujillo pronunció un informe que duró cerca de ocho horas y fué oído con atención y regocijo por el numeroso público que asistió a la vista. Ya en la Universidad llamaban al Dr. Trujillo,

pico de oro. Ahora ha acreditado tener pulmones de granito. Inestimable cualidad para hacer obstrucción... en la Asamblea y ganar pleitos en la Corte Suprema.

—La situación, la historia y la actuación de las instituciones de crédito, permiten formar juicio exacto sobre la potencialidad financiera y económica de un país. Y siendo mi propósito dar una idea aproximada de la República del Ecuador en todos los órdenes de la vida nacional, era imposible que quedaran olvidados sus Bancos. Como no podría referirme a todos, voy a tratar de los más importantes de Guayaquil, que es el primer puerto de la República, y centro, por lo mismo, del movimiento comercial.

—En el Ecuador al igual de otros países de América y de Europa y de acuerdo con las indicaciones del ilustre profesor Mr. Kemmerer, se ha adoptado el sistema del Banco de Reservas o Banco Central, organizando el sistema bancario sobre bases que garantizan su estabilidad y lo ponen en condiciones de entrar en el concierto monetario mundial. Todos convienen en afirmar que la constitución del Banco Central respondió en este país a una necesidad creciente e inaplazable. En efecto, el 4 de Mayo de 1927, el Presidente Provisional de la República firmó el Decreto-Ley fundando el "Banco Central del Ecuador" y el 1° de Agosto del mismo año empezó a funcionar. Al Banco Central le está reservada la facultad de emitir billetes, siendo el único depositario de los fondos públicos. Sus principales funciones son: la estabilización del tipo de cambio, la conversión de todos los billetes, la regularización de los tipos de descuento y por último prestar ayuda a los Bancos asociados en casos de emergencia.

El Directorio está constituido por un Presidente, un vice-presidente y siete Directores, en cuya elección intervienen el Presidente de la República, los Bancos asocia-

dos, las Cámaras de Comercio de Guayaquil y Quito, la Asociación Nacional de Agricultores y los accionistas particulares.

El capital autorizado es de diez millones de sucres y el pagado al 30 de Junio de 1929 de \$ 6.265.500. El Gobierno no es accionista del Banco. El capital está suscrito por todos los Bancos comerciales del país, tanto nacionales como extranjeros, los cuales concurren con un 15 o/o de su capital y reservas; y por el público. Las acciones suscriptas por los Bancos Asociados montan a \$ 3.492.000 y las del público suman \$ 2.897.000. El Banco realizó en 1928 una utilidad de \$ 1.249.209.88; repartió a los accionistas el 12 o/o anual; asignó a reservas un 25 o/o y tuvo un sobrante de \$ 158.000 que entregó al Gobierno. La reserva oro, en relación a la circulación fiduciaria era de 63 o/o y la total de 78 o/o en Mayo de 1929. En estas condiciones el billete ecuatoriano está suficientemente respaldado. Sabido es que la reserva oro del "Federal Reserve System" de los Estados Unidos se fija solo en un 76 o/o, y se trata de la nación más rica del mundo.

Un gran político inglés ha dicho: "nada es más fácil que tener iniciativas, nada tan difícil como llevarlas a la práctica". Pero *forti nihil difficile*. A pesar de la oposición tenaz de ciertas Instituciones de Crédito, el Dr. Ayora, de acuerdo con la idea acariciada de antiguo en el Ecuador de un Banco Nacional que, utilizando el crédito del Estado, fuera un propulsor eficaz del desenvolvimiento económico del país, salió airoso del empeño.

Consecuencia inmediata del funcionamiento del Banco Central ha sido una reacción favorable al crédito público. La depresión que actualmente sufre la agricultura ecuatoriana puso a prueba una de las funciones básicas del Banco. Tomando de sus reservas las sumas necesarias logró mantener sin interrupción el equilibrio de la

balanza comercial, roto el cual, hubiera sido considerable el quebranto para las instituciones de crédito y la economía nacional.

El primer presidente del Banco Central fué el Sr. D. Neptalí Bonifaz a quien substituyó en el cargo el Sr. D. Enrique Cueva. La opinión pública consideró muy acertado uno y otro nombramiento.

—El “Banco del Ecuador” es la institución de crédito más antigua de la República. Un millón de sucres constituyó su capital inicial y hoy entre capital pagado y reservas llega a la cifra de *siete millones y medio*, en números redondos, cifra no alcanzada por ninguno otro Banco nacional. El Banco del Ecuador haciendo honor a su nombre, sin abandonar un solo día la dinámica de las múltiples actividades de un Banco comercial moderno, (depósitos y cuentas corrientes, cambio de monedas, descuentos y redescuentos, cajas de seguridad, cheques para viajeros, corresponsales y agentes y de un modo muy especial la “sección de cobranzas”,) atento desde su fundación a los altos deberes que el patriotismo impone, acudió siempre solícito a las necesidades nacionales, conjurando crisis gravísimas y coadyuvando, aun a costa de sus legítimos intereses, a fomentar la riqueza pública y dar impulso al intercambio comercial. Desde su primer gerente, señor don Aníbal González, hasta sus gerentes actuales, señores don Eduardo Game y don Eduardo Icaza Cornejo, pasando por los que lo fueron señores González, Iñébres Cordero, E. Arosemena, Aguirre y P. Arosemena, todos rivalizaron en actividad, competencia y rectitud para cimentar dentro y fuera del país el sólido prestigio y el crédito firme de este Banco. La solvencia moral y económica del Banco del Ecuador se acredita con solo examinar su “Sección de Cobranzas” en relación cada día más extensa con las principales firmas comerciales y los Bancos más importantes de Europa y América.

El "Banco del Ecuador" reparte mensualmente y gratis a sus clientes y accionistas una Revista en la cual, además de los balances, informes y memorias que afectan al funcionamiento del Banco, se publican interesantes artículos de información general. Y es de notar que cuando se trata de España y sucede con frecuencia, lo hace siempre con un espíritu de alta imparcialidad y benevolencia. Gesto simpático que brindo a mis compatriotas para que cuando la ocasión se presente, lo recuerden y estén a la recíproca.

—"La Previsora", *Banco Nacional de Crédito*, es una institución relativamente moderna, que en poco tiempo se ha colocado en las cimas más altas de la actividad financiera y mercantil. Grandes Bancos de New York, al fijar su atención en la organización dada a la "Sección de Cobranzas", piedra de toque en estas instituciones, encargaron a "La Previsora" de sus cobros en el Ecuador. La actividad y los progresos han sido tan grandes y tan rápidos que a los nueve años escasos de su fundación este Banco ha logrado que el volumen y magnitud de los depósitos, por su cuantía y el número de sus clientes, equivalgan a la totalidad del de los otros Bancos de Guayaquil. Examinando las cifras publicadas últimamente, se ve que por "La Previsora" pasa una tercera parte de las transacciones del comercio interior del país. Esto constituye un record.

Mr. Kemmerer, al terminal su inspección de Bancos, emitió su opinión en términos muy elogiosos para esta Institución nacional de crédito. Sabido es que Mr. Kemmerer no es uno de esos técnicos norteamericanos que miran las instituciones de estos países con recelos y prejuicios; pero lo examina todo con criterio científico, que es tanto como decir imparcial, ya que la imparcialidad consiste en la objetividad realista de la visión y la sinceridad en la exposición de los juicios. Su opinión por lo

tanto, cuando es favorable al funcionamiento de un Banco, equivale a un título de competencia y en este caso a una ejecutoria. Si "La Previsora" pudo batir el record de la velocidad progresiva en orden a la extensión y volumen de sus actividades comerciales, se debe en gran parte a que supo aplicar, tanto en el personal más alto como en el más modesto, las dos frases típicas de ingleses y yankis: "The right man in the right place" y "The best man for work", es decir, el hombre preparado y apto para la misión que se le confía.

Como, al fin y al cabo, la mayor elocuencia, cuando se trata de esta clase de instituciones, es la de los números, bástenos saber que "La Previsora" pagó últimamente, como dividendo en concepto de beneficios, el 16 o/o. Otro record en Guayaquil.

La rápida y breve exposición de estos hechos y de aquellas iniciativas constituyen una lección y un ejemplo: lección práctica de lo que puede y vale el espíritu de continuidad dentro de una buena organización técnica; y ejemplo vivo de lo que son capaces unos cuantos hombres inteligentes y aptos, dentro de un espíritu de seriedad y rectitud.

—El Banco de Descuento fundado en 1920 con 1.500.000 cuenta hoy con \$ 6.000.000 de capital nominal del cual han sido pagados 3.800.000.

Su gerente el Sr. Don Carlos Julio Arosemena, tuvo el acierto de utilizar el primero en Guayaquil, las "Cartas de Crédito", favoreciendo así al Comercio en general; y en particular, a los importadores y exportadores en relación con el Extranjero.

El profesor de Banca de la Universidad de Nueva York, Mr. George W. Edwards, no contento con felicitar al Sr. Arosemena por su acertada iniciativa, solicitó unos cuantos ejemplares del folleto explicativo editado para el Banco de Descuento a fin de utilizarlos en sus cla-

ses. Lo mismo hicieron Mr. W. Wyman, presidente del Círculo Comercial "Boston Export Round Table" y el eminente profesor de Banca de la Universidad de Princeton, Mr. F. F. Feltter que estuvo en el Ecuador como secretario de la Misión Kemmerer. Sabido es que a la Universidad de Princeton perteneció el célebre Presidente de los Estados Unidos, Mr. W. Wilson.

El señor Don Carlos Julio Aresemena, sirviendo los intereses económicos del país, ha sabido realizar una propaganda efectiva, y práctica de sus Instituciones de Crédito. Así se hace Patria.

--Entre los Bancos más antiguos de la República del Ecuador está el "Banco Territorial" fundado en 1886 con un capital inicial de \$ 700.000 que hoy pasa de dos millones. El historial de los servicios prestados por este Banco hipotecario a la riqueza pública es muy brillante. Grandes y pequeñas haciendas se constituyeron y levantaron con su cooperación; y en la propia ciudad de Guayaquil se edificaron y reedificaron centenares de casas destruídas en los grandes incendios que azotaron la ciudad. Muchas de las obras con que la Municipalidad ha embellecido el primer Puerto de la República pudieron llevarse a la práctica merced a la ayuda de este Banco Hipotecario. Aquellas famosas cédulas, tan codiciadas y solicitadas antaño y ahora tan menguadas y calumniadas, podrían atestiguar, si hablasen, cuánto hizo el Banco Territorial para fomentar la Agricultura del Litoral y conservar y embellecer la ciudad de Guayaquil.

El Gerente de este Banco es don Gustavo Aguirre y Overweg cuya reputación intachable y notoria competencia contribuyen a mantener en alto el viejo y sólido prestigio de esta Institución. El apellido Aguirre figura también en el Banco Central entre los más destacados por su competencia mercantil y su honorabilidad. He querido referirme al señor don Juan X. Aguirre y Ora-

mas, uno de sus siete directores y Presidente de la Sucursal Mayor de Guayaquil.

—Banco hermano del Territorial es el “Banco de Crédito Hipotecario”, cuyo historial y funcionamiento son iguales, salvando pequeñas diferencias de detalle, su gerente actual Don Carlos Marcos, persona muy estimada en los Centros Bancarios, lo es también en los Círculos sociales donde su proverbial don de gentes le granjearon unánimes simpatías.

—La “Sociedad General” que preside el señor Juan F. Marcos tiene dos gerentes: don Juan X. Marcos y el señor León. Al fundarse el Banco Central del Ecuador, la antigua Sociedad General de Crédito se convirtió, mutilando su razón social, en Casa de Representaciones, Comisiones y Administraciones.

En este respecto es la más importante de Guayaquil. El número de sus clientes es muy numeroso y representa una parte considerable de la propiedad agrícola de la Costa ecuatoriana. El capital de esta sociedad es de un millón de sucres, enteramente pagados.

—El “Banco Italiano está como los otros Bancos del País, asociado al Banco Central. Constituido en 1923 por iniciativa de la Misión financiera italiana que dirigió el conocido capitalista Comm. Ing. Delfino Parodi, con un capital autorizado de \$ 2.000.000, en vista de la crisis económica por la que atraviesa el Ecuador desde que se inició la baja en la exportación del cacao, el “Banco Italiano” sobre la base del Balance cerrado en 31 de Junio de 1927, redujo su capital social a *doscientos mil sucres*, emitiendo 8.000 nuevas acciones privilegiadas por un total de \$ 800.000 que fueron suscriptas por un grupo de Bancos y Sociedades extranjeras que pertenecen como afiliadas al “Banco Comercial Italiano” de Milán, una de las Instituciones bancarias más importantes de Europa y con más ramificaciones en América. Entre estas figu-

rañ en primera línea el "Banco Italiano" de Lima y la "Banque Francaise et Italienne pour l'Amerique du Sud", a cuya fundación han concurrido importantes entidades bancarias de Nueva York.

El Director Gerente del "Banco Italiano" en Guayaquil es el señor Rag. Mario de Vecchi y el Sub-gerente el señor Rag. Alfredo Guadagnini, nombrados por el Banco Comercial ya citado.

Merced a sus relaciones con el grupo de Bancos Afiliados, el Banco Italiano de Guayaquil está dando nuevo ímpulso a sus actividades con éxito creciente. Su director actual es hombre de iniciativas y no puede dejar de dar óptimos frutos la intensa labor que está realizando sin solución de continuidad.

—También funciona en Guayaquil un Banco titulado "La Filantrópica" que ha sabido captarse la confianza del público y ha contribuido a despertar y mantener entre los ecuatorianos el espíritu del ahorro, fuente admirable de prosperidad económica. Con un capital pagado y reservas que suman más de \$ 600.000, hoy es un Banco Asociado al Banco Central del Ecuador. La actividad de su Gerente y Sub-Gerente señores Aurelio M. Vallejo C. y Augusto Alvarado Olea han hecho de esta Institución un Banco Comercial que trabaja con éxito tanto en el interior como en el extranjero. Tiene más de veinte años de existencia y su crédito es sólido.

—Por una asociación de nombres y no de ideas, cierró este capítulo hablando de la *Sociedad Filantrópica del Guayas*, institución admirable que celebró su LXXX aniversario con una velada literario musical a la que tuve el honor de asistir y en la cual tomaron parte distinguidas damas y gentiles señoritas de la alta sociedad guayaquileña, dejando en mi memoria gratísimos recuerdos de emoción y de arte.

Visité por primera vez los distintos talleres de la

Sociedad acompañado de su Presidente Don Roberto Illingworth cuyas brillantes iniciativas y oportunas reformas dejarán huellas perennes de su talento organizador y de su celo y su cariño por la Institución. Al recorrer las múltiples secciones de la Sociedad Filantrópica, donde cerca de dos mil jóvenes de ambos sexos practican enseñanzas, artes y oficios, no pude contener mi entusiasmo y mi admiración. Me detuve especialmente en el taller de tipografía que dirige D. Agustín Alberto Freire, maestro competentísimo en la materia y cuyos alumnos realizan los diversos y delicados trabajos con sujeción a una técnica irreprochable. En una palabra; la "Sociedad Filantrópica del Guayas" es una escuela del trabajo y del bien que hace honor a sus fundadores y directores y al pueblo ecuatoriano.

Limitarse a la afirmación de un ideal y no hacer nada por transplantarlo a la vida equivale a edificar en el ensueño lo que debe construirse en la realidad.

El mérito de los fundadores y patronos de esta hermosa institución de cultura y filantropía está en haber dado forma tangible, y Dios sabe a costa de cuantos sinsabores, a una idea noble y fecunda, de positivos resultados para el bienestar de los humildes y el porvenir de la patria.

Capítulo Sexto

Un poco, muy poco de política.—El ocaso de un régimen.—La Dictadura y el Dictador.—Política juliana y Política general.—Autobiografía del Dr. Isidro Ayora.—Sus colaboradores.—D. Julio Moreno, el T. C. Guerrero, el Dr. Viteri Lafronete, el general Chiriboga.—Instantáneas y comentarios.

HABIAMOS quedado en que las causas y los fines de la Revolución del año 25 fueron esencialmente de carácter económico. Sobre este extremo están de acuerdo todos los autores.

Ha dicho no sé quien que “la Política es una ciencia hurtada a los idealistas y los optimistas por unánime o casi unánime decisión de los que se dedican a ella y hacen de ella su profesión.” El lugar común “Gobernar es transigir” quiere, en fin de cuentas, decir que gobernar es vivir como se pueda y el mayor tiempo posible. Resultado de esa manera de concebir la política es el general

desvío, fácil de observar en los países regidos por el sistema parlamentario y el turno pacífico de los partidos constitucionales.

Y es cosa ya comprobada que hoy la opinión pública en casi todos los países que yo conozco, observa una actitud que pudiera traducirse por una gradación de apreciaciones diversas: miedo a la incompetencia, afición a los caminos rectos y a las resoluciones rápidas, hastío de la verbosidad asambleísta.

—Mirando a Europa y a la América latina, nunca se apreció, como ahora, la tendencia clara y definida a personificar la política en un hombre, en un salvador, para confiarle, sin reservas, la prosperidad y los destinos del país. Los que, como yo, somos enamorados del régimen democrático y tenemos fe en el régimen parlamentario, lo consignamos con pena; pero el amor a la verdad nos obliga a reconocerlo.

¿De quien es la culpa? De los hombres sin ideal, para quienes un partido representa no una idea, sino un nombre; no un programa, sino una ambición; no el amor de la patria, sino su propio interés. La culpa es de esos hombres taciturnos y egoístas, ambiciosos y menguados, que jadean entre el querer y el no poder y cuya soberbia y osadía sobrepujan a la soberbia y osadía que sacuden las hidalgas páginas de nuestro Romancero. Ya no son los partidos, como antaño, ejércitos que marchaban a tambor batiente, desplegada la bandera, a la conquista de lejana fortaleza, aspirando a clavar en su torre más alta la enseña del ideal; son simples asociaciones de producción y de consumo, cooperativas mercantilistas, bandas informes de intereses creados, a caza del presupuesto nacional: Nepotismo, favoritismo, oligarquía de un lado; ambición, odio y venganzas de otro. Pero de esta situación no es responsable el sistema.

Los partidos políticos bien organizados con progra-

ma definido, son indicio de valor cívico, de ideales de progreso, de interés por la cosa pública. Ahora bien, el régimen de partidos exige como condición indispensable el desinterés y el fervor patriótico de los hombres que forman en sus filas. "De otro modo—ha dicho el ex-ministro maurista Don Antonio Goicoechea—la política de partidos no es una panacea es un tósigo."

—Nació la Dictadura en el Ecuador, como nació en España, con el beneplácito de la inmensa mayoría del país.

No me corresponde a mí juzgar la política interna de una nación que ha dado pruebas inequívocas de amor a los españoles y que nos acoge siempre con la más gentil hospitalidad. Pero sí debo decir, en aras de la imparcialidad que rige todos mis actos, que en Julio de 1925, los ecuatorianos tenían que optar entre los términos de un dilema fatal: o la revolución desde abajo con su fúnebre cortejo de ruinas y de sangre, o la revolución, incruenta, desde arriba, dentro del orden sin el cual no hay progreso ni bienestar posibles.

Atento a la finalidad de la revolución que lo llevó al poder, con empeño entusiasta y decidido, el Dictador consagró desde el primer día su talento, su energía y su patriotismo a resolver el problema económico. Claro está que la reconstitución económica de un país no es problema que pueda resolverse en unos pocos meses, ni siquiera en unos pocos años.

El actual Presidente Constitucional de la República del Ecuador, Dr. Don Isidro Ayora es un hombre frío al parecer, pero apasionado en el fondo que sabe como nadie contener los impulsos y dominar los instintos. Sólo siente una vanidad: la de ser práctico; una sola ambición: la de ser útil a su Patria y a sus conciudadanos. De su modestia no hay que hablar. Yo le he visto, con mis propios ojos, siendo Presidente y *Dictador*, montar

a caballo, como un particular cualquiera, seguido de un practicante, y dirigirse a un caserío situado en las afueras de la capital, para prestar sus auxilios profesionales a una mujer pobre que iba a dar a luz. La nobleza del gesto nos releva del comentario.

—Muchos vieron en la Dictadura del Dr. Ayora, no sólo la inmediata reconstitución económica del país y ya era mucho; sino un freno para la anarquía incipiente que las oligarquías hereditarias habían hecho madurar a cin- tarazos de injusticias. El escepticismo y la pereza mental que caracterizaba a la política vieja eran sustituidos por la convicción y la actividad. Porque sin un ideal inspirador de todas las leyes; sin una razón que nos haga preferir la autonomía civil a la sujeción eclesiástica, el progreso al oscurantismo, la intervención del Estado, protegiendo al débil, a los cómodos sistemas que dejan ese cuidado a la caridad privada; sin esta razón y sin aquél ideal, sin una fuerte voluntad puesta al servicio de la justicia, las leyes obreras se vuelven contra los obreros, las leyes liberales contra la libertad, el progreso contra el progreso.

Para acreditar que la obra realizada por la Dictadura respondió a la confianza depositada en ella por los factores de la Revolución de Julio basta una simple enumeración: la constitución del Banco Central, la fundación del Banco Hipotecario, la estabilización del cambio, la supresión de los cheques circulares, la reorganización de las Aduanas, la ley sobre el contrato de prenda agrícola, la reglamentación de los monopolios de la sal y del Estanco, la inauguración de la Caja de Pensiones, que dieron por resultado inmediato la restauración del crédito público y la confección de un Presupuesto con superavit. La deuda pública interna que en 1925 era de 39 millones de sures quedó reducida en 1928 a 17 millones, menos de su mitad.

Pero el Dr. Ayora, estadista a la moderna, no concretó su acción y las iniciativas de su gobierno al problema económico. La ley de Servicio Diplomático; la construcción, reparación y adquisición de locales para la enseñanza pública; el vigoroso impulso dado a los Institutos normales, Conservatorios de música y Escuelas de Bellas Artes; las nuevas leyes de Estadística, Asistencia Pública y Sanidad; la reorganización del Ejército y por último el desarrollo de las Obras Públicas y la ley de caminos y su reglamentación demuestran que el Gobierno presidido por el Dr. Ayora ha realizado uno de los mayores esfuerzos en orden a la reconstitución nacional de que hay memoria en la Historia del Ecuador.

Restablecido el Régimen Constitucional el Dr. Ayora fue elegido Presidente por la Asamblea. La obra realizada en los tres años de Dictadura es prenda de acierto para lo porvenir. Al final de su mandato, el Dr. Don Isidro Ayora podrá repetir las elocuentes palabras dirigidas a la Asamblea en 1928:

“Mi responsabilidad, termina en este momento, dichoso para mí, en que os entrego el poder, limpias mis manos de sangre y de oro, tranquilo el pecho, sin ambiciones, sin odios ni rencores, con la conciencia de haber cumplido con mi deber...”

Y en estas palabras está su más gloriosa biografía.

—Entre los más destacados colaboradores del Dr. Ayora durante el período dictatorial, deben citarse el ministro de Gobierno interior señor D. Julio E. Moreno el T. C. Guerrero, Ministro de Guerra y Marina, el canciller, Dr. Viteri Lafronte y el general Chiriboga, jefe del Estado Mayor del Ejército.

El ministro de Gobierno señor Don Julio E. Moreno, brazo derecho del Presidente, es un hombre enérgico, viril, muy a propósito para tener a raya a los pescadores en río revuelto. Cuantas veces se intentó un golpe de

fuerza para derribar al Presidente, los revolucionarios tuvieron que entenderse con él, siempre apercebido a darles cara y a tenerles campo. Colaborador, desde el primer día, en los Gobiernos nacidos de la revolución juliana, a su actuación y a su carácter entero se deben la tranquilidad que se disfruta en el país y el orden que reina tanto en el campo como en la ciudad. Demócrata convencido, progresista sincero, tomó parte directa en la elaboración de las leyes de carácter social sancionadas por la Dictadura. En la historia del período Juliano, el nombre del Sr. Moreno figurará en primera línea.

El coronel Guerrero, militar pundonoroso, goza de gran prestigio y generales simpatías en el Ejército y en el país. La reglamentación de los ascensos, el mantenimiento de la disciplina, la adquisición de material para los servicios técnicos de todas las armas, la construcción y reparación de los cuarteles, las mejoras en el vestuario, sueldos y rancho de la tropa, son obra suya.

Está fuera de duda que un Ejército bien organizado y equipado es, como ha dicho Foerster, una garantía y el único medio eficaz y práctico para imponer más allá de las fronteras el respeto a la bandera de la Patria. Conviene que los vecinos mal intencionados, si existieran, y los enemigos mal encubiertos, si pudieran existir, sepan que para defender la integridad de sus prestigios y de su territorio, la nación cuenta con algo más que desplantes quijotescos y ridículas fanfarronadas.

Poco avisados serán los gobernantes que, confiados en las ideas pacifistas que imperan en el mundo, se duerman en las delicias de una paz eterna. *Si vis pacem, para bellum.*

Los que en prosa y en verso, en el libro y en la prensa, en el hogar o en el meeting, califican de odiosa tiranía, precursora de contiendas bélicas, el sostenimiento de la fuerza armada, cometen un grave error o lo aparentan

escondiendo en los pliegues de su ignorancia una gran hipocresía.

La verdadera tiranía, según la enérgica frase del gran poeta André Chénier consiste en "levantar en las almas un altar al miedo." La verdadera tiranía es la de los gobernantes que, invocando una ilusoria y mentida fraternidad universal, dejan al pueblo indefenso frente a las torpes codicias y en lugar de encauzar, dirigir, impulsar el amor a la patria, asisten, cruzados de brazos, a la atrofia de las viriles cualidades de la raza y de las nobles energías nacionales. Y ya que del Ejército se trata voy a decir lo que pienso y lo que siento sobre una cuestión muy debatida actualmente en el Ecuador. Debe o no debe el Ejército intervenir directamente en la construcción de ferrocarriles, caminos, puentes, dragado de los ríos, y cuantas obras públicas tienen por objeto incrementar los medios de comunicación? Sin titubear, rápidamente, voto por la afirmativa.

Sin olvidar que su primera y más alta misión es mantener el orden público y en caso de guerra defender el honor de la Patria y la inviolabilidad de su soberanía y de su territorio, el Ejército no puede desconocer que está compuesto de ciudadanos que deben, por lo mismo, colaborar en las obras que redundan en beneficio del país y especialmente las vías de comunicación que tanto han de facilitar su noble misión cuando la ocasión se presente. Es absurdo pensar que por el solo hecho de cursar en determinadas academias, vestir un uniforme y llevar al cinto una espada, los militares hayan de considerarse como medios ciudadanos, como una casta privilegiada y aparte, sin más que una sola obligación y con infinidad de derechos y prerrogativas. Conste que quien estas líneas escribe ha sido calificado en España de *chauvinista*, *patriotero* y *militarista*, y además ha tenido el honor de verter su sangre por la Patria, vistiendo el glorioso uniforme

de la Infantería española y ciñendo una espada al cinto. Ni me importa, ni protesto de aquellos calificativos; ni considero tampoco disminuido mi fervoroso amor a los Institutos armados por aprobar y aplaudir, sin reservas, la intervención del Ejército en obras públicas de carácter nacional.

—El Dr. Don Homero Viteri Lafron­te, que como Ministro de Relaciones Exteriores compartió las responsabilidades del Gobierno durante el período dictatorial, ha sido juzgado con mucha severidad y notoria injusticia por algunos de sus compatriotas. En Quito tuve ocasión de apreciar sus altas dotes de hombre de gobierno, su extensa cultura y su exquisito don de gentes, cualidades inestimables en un Canciller. El señor Viteri Lafron­te, vicepresidente de la Academia Nacional de la Historia y conocedor como pocos de la literatura hispano americana, dando a la voz literatura su más amplio sentido, es poseedor de una de las Bibliotecas particulares más importantes de la República.

—El general Chiriboga, académico también, sigue la tradición nobilísima de aquellos militares que, en otras épocas, alternaban el manejo de las armas con el de la pluma, probando así su abolengo aristocrático, netamente español, como su apellido. En este siglo educado en la división del trabajo que creó hombres cada vez más diversos y opuestos entre sí, suele antojársenos inverosímil aquella espléndida eflorescencia del hombre del Renacimiento, en el cual aparece rota la línea divisoria, merced a la que son los hombres viriles y esforzados los que realizan las proezas y los débiles y pusilánimes los que las cantan. Los hombres del siglo XVI supieron hacer las obras y contarlas. Es el siglo de Cervantes que pierde un brazo en Lepanto y luego escribe el Quijote; de Juan de Herrera que pelea como Tercio de Flandes y construye el Escorial y el Alcazar de Toledo; de Alonso de Ercilla

guerrillero valeroso y autor admirado de La Araucana ; de Garcilaso de la Vega, de Juan Sebastián Elcano, de Don Antonio de Leiva ; siglo del soldado-poeta en España y Portugal.

La evolución progresiva ha destruído, implacable, la hermosa tradición ; pero de tiempo en tiempo surgen las excepciones : el general D. Isaac Chiriboga es una de ellas.

Capítulo Séptimo

Gonzalo Zaldumbide, canciller.—Las Reales Cédulas.—“Sentencias firmes” . . . en el aire.—Shepherd, Lorin y Hubert.—Los humanitarios.—A través de una lupa.—La historia que está por escribir.—Desarmando prejuicios.

LA extensión territorial de la República del Ecuador es de unos setecientos mil kilómetros cuadrados, mayor por lo tanto que Francia, Alemania, Italia o España. Su línea divisoria con el Perú no está definitivamente trazada. Pensando en ello, tal vez, el Presidente de la República, señor Doctor Ayora, ofreció la cartera de Relaciones Exteriores al prestigioso diplomático Don Gonzalo Zaldumbide, familiarizado con los problemas sud-americanos y que por su talento, su erudición, su espíritu progresivo y abierto y su trato caballeroso y afable, goza de general estima en los círculos intelectuales y en las cancillerías. Nadie con mejores títulos que él para defender, con acierto, los intereses del Ecuador en sus diferencias territoriales con el Perú.

Gonzalo Zaldumbide es un cultivador de la ciencia y de la historia, perfectamente preparado para presentar los fundamentos legales que acreditan los derechos del Ecuador en la Región Oriental. No pertenece a la categoría de esos eruditos a la violeta; juristas que no conocen la Filosofía del Derecho; historiadores que ignoran la geografía; polemistas que no saben el castellano. Pude apreciar por mí mismo la extensa cultura y el espíritu crítico de Gonzalo Zaldumbide cuando con motivo de la fundación de "La Gran Revista" que Manuel Bueno, Mariano Benlliure y yo dirijíamos en Madrid, tuve el gusto de visitarlo en la capital de Francia. El preclaro escritor ecuatoriano nos prestó gentilmente su valioso concurso para obtener destacadas colaboraciones extranjeras y nos hizo participar de su alta experiencia en lides editoriales, con inestimables consejos que suscitaron nuestra gratitud.

—Para sentar en terreno firme las bases de una reclamación sobre límites en Hispano-América, es preciso partir de un principio universalmente reconocido por todos los tratadistas especializados en Derecho Internacional, a saber: que sus títulos fundamentales y legítimos son las Reales Cédulas expedidas y sancionadas por la Corona de España. Títulos justos, admitidos sin apelación; y no en mérito precisamente del Descubrimiento y de la Conquista, sino en el de la obra redentora y educadora del Coloniaje. Concretándonos al Ecuador y a la región en litigio, sabido es que el Perú invoca como "*ultima ratio*"; las incursiones de las misiones franciscanas durante el siglo XVII; y el Ecuador alega las de los Padres Jesuitas, reconocidas y sancionadas por la Real Cédula de 1689. Cuando alguien dijo que el Ecuador heredero de Colombia, se encontró, al separarse, sin límites conocidos por el Sur, el Ecuador protestó con la mayor energía afirmando: "No hay tal herencia de Colombia.

El Ecuador es heredero directo de España, como las demás repúblicas hermanas. A la Unión colombiana aportó íntegro su territorio bien definido; y al separarse, lo reivindica en toda su integridad." Y esto es así y así será siempre porque la realidad histórica es una y uno es el Derecho, indivisibles e indestructibles.

Pero yo pregunto: si las Repúblicas hispano-americanas son herederas de España y no bastardas ni espúreas, sino directas y legítimas; si de este derecho hereditario arranca su soberanía, ¿qué especie de interés mueve la pluma de algunos de sus hijos al retorcer la historia y falsear los hechos con el fin de desprestigiar a los españoles y deshorrar a la madre patria? ¿Por qué enjuiciar sin piedad y condenar sin apelación la actuación de España, si los títulos fundamentales de los derechos soberanos de sus hijas nacen precisamente de la obra redentora y civilizadora de los colonizadores?

"La prueba—dicen irreflexivos y exaltados—del atraso imperdonable en que España dejó sumidos a estos pueblos, está en el hecho de que sacudido el yugo y proclamada su independencia, progresaron en cien años de libertad mil veces más que durante los tres siglos que duró el Imperio colonial". Este razonamiento trae a mi memoria una curiosa anécdota que oí, siendo niño, referir a mi padre.

Hubo en las Cortes Constituyentes del año 68, un diputado republicano que influido por un odio invencible a los reyes, calificó a Felipe II de retrógrado, oscurantista, ignorante y fanático, porque no ordenó la instalación inmediata de sendos pararrayos en lo alto de las torres del Monasterio del Escorial, clasificado en su época como una de las siete maravillas del mundo. Sabido es que Benjamin Franklin inventó el pararrayos dos siglos después de muerto el sucesor de Carlos Quinto.

¿Qué culpa tiene España, qué culpa tienen los espa-

ñoles de que durante el transcurso del siglo XIX y lo que va del siglo XX, se inventaran y aplicaran el vapor y el ferrocarril, el telégrafo y el teléfono, el automotriz y el inalámbrico, la lámpara incandescente y el submarino, el fonógrafo y el cinematógrafo, y rotativas y linotipías, y tantos y tantos prodigios de la ciencia que han transformado la vida y hecho progresar a los pueblos rápidamente, radicalmente, profundamente? No ya las repúblicas de estirpe hispana, todos los países de la tierra adelantaron en estos últimos cien años más, muchísimo más, que en todo el curso de los siglos anteriores.

—Zimmermann y Haebler han afirmado que nuestro régimen colonial, “no obstante sus defectos e imperfecciones, fué el más inteligente y el más humano de su tiempo”. Ésta es también la opinión de Mr. Guillermo R. Shepherd, profesor de historia en la Columbia University, autor de un luminoso informe publicado hace ya algunos años, acerca de la importancia de los archivos españoles en relación con la historia de los Estados Unidos. Conviene advertir que Mr. Shepherd, americano del Norte, estaba encargado, en aquella Universidad de Nueva York, de explicar una cátedra especialmente consagrada al estudio de la América española, desde su descubrimiento hasta 1904. El programa de su curso dividido en ocho lecciones, comprendía las siguientes materias: 1ª Época del descubrimiento, 2ª Espíritu de la conquista, sus motivos y sus medios; 3ª La obra de los grandes conquistadores; 4ª El trato de los indios; 5ª El Gobierno y las condiciones sociales bajo el régimen colonial; 6ª Decadencia del poder español; 7ª Revolución e independencia y 8ª Las Repúblicas hispano-americanas.

Este ilustre catedrático afirma, coincidiendo con el historiador argentino J. A. García que “aún no está escrita una Historia de la colonización española en América que merezca algún crédito”; y que “desde luego—son

sus propias palabras—hay que rechazar todas esas *sentencias firmes* con que algunos historiadores extranjeros y algunos hispano-americanos, sin preparación suficiente, condenan de manera absoluta y definitiva la conducta de los colonizadores”. Y luego añade: “Falta mucho por ver y estudiar. La suma de documentos que hasta ahora se han manejado es exigua; y muchas veces han sido sustituidos por testimonios indirectos de polemistas y autores que no estuvieron en América; de hombres tan exaltados como el padre “Las Casas”, cuyo libro en manera alguna puede servir de fundamento a conclusiones científicas; de enemigos de España, interesados en desprestigiarla; y por último de los patriotas americanos del tiempo de la Independencia, cuyas acusaciones se explican por la irreflexión y vehemencia que acompañan a todo movimiento libertador. Así por ejemplo, hoy nadie cree las cosas que se dijeron de la tiranía de Inglaterra respecto de sus colonias americanas, pero sirvieron no obstante, para inculcar en las masas el espíritu de libertad y cumplir la gran obra de la formación de nuestros Estados Unidos; como nadie da crédito a las calumnias que la guerra de Secesión arrojó contra los Estados del Sur.”

“En buena lógica—ha escrito el sabio catedrático D. Rafael Altamira—siempre me pareció un absurdo (y no como español sino como hombre y por honra de la especie) la existencia de un dechado tan perfecto de fiereza y de maldad refinada como se quiera que hubiese sido nuestra colonización.”

—Un profesor de la Universidad de Burdeos, Monsieur Lorin, en un libro titulado “*Lo que España ha fundado en América*”, procura establecer los términos en que está planteada actualmente la cuestión histórica de la colonización española; y empieza por rechazar, como Shepherd, las *sentencias firmes* tenidas hasta hace poco

por artículos de fé, afirmando “que la tendencia más generalizada entre los historiadores extranjeros, especialistas en la materia, consiste en vindicar a España y levantar su crédito de pueblo colonizador.”

—Por último, en otro libro escrito por el profesor del Liceo de Orleans, doctorado en la Sorbonne Monsieur J. Hubert, titulado “Essai sur la colonisation espagnole au Vénézuéla” se estudia la conquista del país, la fundación de Caracas, y el estado comercial, social, político y religioso durante los siglos XVII y XVIII. El mérito de este libro consiste en que su autor ha investigado por cuenta propia en los Archivos de Indias y luego en archivos particulares y en bibliotecas venezolanas.

El señor Hubert no ha seguido el procedimiento, tan al uso, de insistir y abultar las crueldades y callar los procedimientos humanitarios. Con igual imparcialidad relata la obra de los colonizadores pacíficos, fieles cumplidores de las leyes de Indias, Juan de Ampués, Bolívar, Osorio, Bastidas y los dominicos de Cumaná, como los abusos y atropellos realizados por Ocampo, Hojeda y Lope de Aguirre.

“La dominación—afirma Hubert—de España en América se ha considerado únicamente hasta hoy, como una inicua explotación; y su colonización se ha juzgado sobretodo por los horrores de la Conquista. Ciertamente hubo errores pero ¿cuál es el pueblo que no tiene que acusarse de algunas vergüenzas en sus conquistas?” Al escribir esto, M. Hubert debe haber pensado más que en las colonizaciones pretéritas, en las del siglo XIX, en las que caben menos excusas que en las antiguas. Tal vez recordaba la conducta de los yankees en California y Texas, y más tarde en Filipinas; la de los ingleses en el Transvaal; los franceses en Argelia y los belgas en el Congo. España puede repetir la célebre frase: “Soy muy

poco cuando me examino, lo soy todo cuando me comparo.”

—Y aún sigue escribiendo Hubert: “¿Acaso la barriere de algunos *conquistadores* no hizo germinar la caridad de los apóstoles? Al cruel Ocampo sucede el protector de los indios, el venerable Padre Las Casas. Por consecuencia de las ideas generosas que España trató de difundir en el Nuevo Mundo, veremos, en el siglo XVIII sobre todo, florecer los proyectos de una colonización que procurará ser práctica y eficaz. Las buenas intenciones de los gobernantes no produjeron siempre los frutos deseados, y viéronse a menudo ahogadas por la necesidad de someterse a todas las formalidades de una administración complicada. Pero el esfuerzo es innegable y a pesar de numerosos errores, *España tiene derecho al reconocimiento de los amigos de la civilización y de la humanidad.*”

Una de las causas del relativo fracaso en cierto orden de la dominación española la ve este autor en el error de la política asimilista.

“De aquí—afirma Hubert—los generosos esfuerzos de los Villegas, los Pimentel, los Bolívar, para dotar a Venezuela de una administración independiente; de aquí esa contradicción llamativa entre el clero urbano que transformaba la religión en una devoción pueril, en ceremonias aparatosas y en competencias con la administración civil, y la abnegada conducta de los misioneros que sólo atendían a la evangelización y al bienestar de los indígenas y la grandeza de España y de sus reyes.

Las misiones en América fueron sobretodo una obra nacional, genuinamente española, pero sólo hasta el día en que desvanecidos por el éxito, mostraron pretensiones de omnipotencia que inquietaron a los gobernantes. Cuando este hecho se produjo hemos visto como los representantes de España no titubearon en combatir abier-

tamente el acaparamiento de los Padres y proclamar la soberanía del poder civil. En el siglo XVIII hemos asistido en Venezuela a la preparación de un sistema colonizador de lo más inteligentemente ideado.”

Esta larga cita era necesaria para mostrar la imparcialidad rigurosa del autor, con sus propias palabras. M. Hubert advierte, en un mismo sujeto, tanto lo bueno como lo malo de su conducta.

Pero la historia enseñó a Hubert—y lo mismo sucedió a Hume cuando estudió a fondo el reinado de Felipe II que las causas de ciertos fracasos no fueron siempre españolas.

“Para juzgar con acierto la obra de España en América, conviene no olvidar, las luchas que tuvo que sostener contra los extranjeros que le disputaban no sólo el fruto de su labor, sino hasta el suelo conquistado”.

—Y ¿a qué seguir amontonando citas y comentarios? De lo dicho se desprende que la historia de nuestra colonización en América está todavía en los Archivos de Indias; y sólo en el rebusco imparcial y constante encontraremos una base firme para saber qué pasó en América en punto al desarrollo de nuestra historia y resolver todos los problemas, toda la serie de *sentencias firmes* que han ido rodando de libro en libro. Por fortuna, españoles de España y americanos de la América hispana, podemos hoy (no digo debemos porque ese es un deber que siempre hemos tenido y a veces la posibilidad no va conjuntamente con el deber) hacer la historia de la Conquista, del Coloniaje y de la Independencia con un sentido puramente objetivo, como la historia de los cartagineses o la de los romanos. Todas las causas que pudieron un día ofuscar nuestro juicio, todas ellas han desaparecido, y estamos en la situación nó de contemporáneos, nó de actores o simples espectadores de los sucesos, sino de gentes para quienes hubiesen transcurrido muchos siglos de

aquellos acontecimientos. Yo por lo menos, de mí sé decir y puedo decirlo también del círculo de españoles y americanos que trato con alguna intimidad, que llegamos a estas cuestiones con el alma completamente abierta a lo que los hechos digan por sí, con la serenidad necesaria para contemplar la verdad histórica cara a cara; pensando, después de todo, que muchos de aquellos acontecimientos y entre ellos la Independencia eran inevitables. Por encima de todo mi patriotismo he considerado siempre la liberación de estos territorios como el cumplimiento inexorable y fatal de una ley histórica, de un hecho natural humano.

—Así escribe y razona la inmensa mayoría de los intelectuales, dentro y fuera de España. Y en prueba de ello, junto a los tratadistas e historiadores extranjeros antes citados, quiero hacer figurar aquí la opinión serena y elocuente de un distinguido escritor ecuatoriano, hijo del Dr. Dn. Modesto Chávez Franco, que firma sus artículos “Rodrigo de Triana.”

Transcribo a continuación el que publicó recientemente en “El Telégrafo” y que ha sido objeto de comentarios muy halagueños para su autor por la alteza de miras, y la deferente gentileza con que está escrito.

“A TRAVÉS DE MI LUPA”

“Es un error de nuestro plan de estudios enseñar “cuantas mentiras encierra nuestra incierta historia “acerca de las crueldades a que fueron sometidos los indios durante el coloniaje y a los crímenes de los españoles en la independencia. Es indudable que existió un “Morrillo cruel y vengativo como lo fué la guerra sin “cuartel que los generales americanos hicieron a los realistas. Además en las filas españolas el 80 por ciento “eran americanos que servían la causa del Rey, por amor

“o por dinero; y si las crueldades que relatan los histo-
riadores patrioteros fueran ciertas, entre los mismos
americanos estarían los culpables.

“Existe un relato muy curioso de la batalla de Junín,
en el cual se describen las francachelas de ambos ban-
dos la víspera de la batalla, como si se tratara de dos
modernos clubs de balon-piéen franca camaradería an-
tes del encuentro amistoso. El odio no existía sino entre
los generales, animados los unos por un supremo ideal
y otros los más por la ambición de progresar y brillar
en la carrera de las armas. Toda guerra ha tenido vícti-
mas y verdugos. Los americanos se levantaron contra
España y era muy natural que España procurara casti-
gar la rebelión. Triunfaron los gloriosos caudillos del
Nuevo Mundo. Fuimos explotados durante siglos, pero
recibimos en cambio una hermosa civilización. Terminó
la guerra de la Independencia y todo quedó en paz.

“La madre olvidó la rebeldía de sus hijos y tal vez
comprendió que ya tenían la edad para vivir con inde-
pendencia y capacidad suficiente para gobernarse a sí
mismos; y entonces el corazón de la madre fué más
tierno todavía, mayor su cariño, porque nadie sabe el
bien que posee hasta que lo pierde.

“¿A qué viene, entonces, ese erróneo criterio que
anima a nuestros maestros de escuela para injuriar in-
justamente a España e inculcar ideas bastardas de odio
en la mente de los niños? ¿Con qué autoridad concretan
hechos que ni sus mismos autores saben por qué los es-
tamparon en sus historias patrioteras? Mucho hay que
investigar antes de lanzar ciertas acusaciones.

“Debo confesar que debido a esas torpes enseñan-
zas sentí en mi corazón de niño profundo odio hacia Es-
paña, hasta que mi padre, un investigador imparcial,
me sacó del error en que me hallaba.

“España, la España de Europa, no gobernaba en

“América; no estaba al menos bien informada de algu-
“nas felonías cometidas por aventureros. Y en último ca-
“so si hubo errores no deben rememorarse con saña des-
“pertando en el niño un odio malsano e injusto. Estoy se-
“guro de que España nos ama más de lo que nosotros la
“amamos.

—Volviendo para terminar a las dificultades con que nuestra vida económica tropezó en América, dificultades creadas por el contrabando en parte y más todavía por la codicia sin freno de ciertas potencias europeas, diré que sólo en estos últimos años han empezado a estudiarse con método rigurosamente científico. Y si de este punto de vista tan interesante pasamos a la cuestión batallona, la que ha hecho derramar tanta tinta en el mundo, que ha producido tantísimos libros, la cuestión del trato a los indios, nos encontramos con que el problema está hoy sujeto a revisión. En primer lugar se impone la revisión total y justiciera de las obras del Padre Las Casas, plagadas de errores y de las cuales por su fondo altamente simpático, hicieron armas para desacreditarnos, los enemigos de España.

Y no solo es preciso revisar la obra del padre Las Casas y comprobar punto por punto la exactitud o el error de sus datos históricos sobre la cuestión de los indios, sino al lado de eso hacer el balance de los que Rafael Altamira llama “los humanitarios”. Es completamente cierto (y perfectamente inútil el negarlo,) que algunos de los conquistadores españoles se portaron de una manera inhumana, contradiciendo, cierto es también, la labor y el esfuerzo constante de nuestra legislación, en la cual desde las primeras disposiciones de la reina Isabel la Católica hasta las últimas del tiempo de los Borbones, se advierte el decidido propósito de librar al indígena de la explotación del colono y de cuantos tendieran a convertirlo en instrumento de codicia; pero también es verdad

que al lado de aquellos hombres crueles, hubo una serie de colonizadores que tuvieron a América por centro de su acción social y que se produjeron siempre inspirándose en aquél espíritu humanitario de nuestras leyes de Indias, que han sido calificadas por varios historiadores modernos como la expresión más alta del ideal de igualdad entre la población colonizadora y la población colonizada, entre el hombre superior y el hombre inferior.

—En una palabra, necesitamos estudiar de nuevo nuestra historia americana y colocarnos respecto de ella en la situación de gentes que hasta ahora se han nutrido de una serie de afirmaciones gratuitas, mezcladas con muy pocas verdades realmente comprobadas. Sobre esta base se escribirá una historia que nos permita saber lo que realmente hicieron nuestros antepasados en estas naciones hermanas descubiertas por Colón.

Capítulo Octavo

Las diez y siete provincias.—La flora ecuatoriana es la más rica y variada del mundo.—Mis profesores de Agricultura tropical.—Los ríos de la Provincia de Los Ríos.—La Escoba de Bruja.—Una hacienda y dos anécdotas.—Polos opuestos.—Las opiniones de un ilustre agricultor.—Meritísima labor de otro agricultor ilustre.—El triunfo de la voluntad.

LA Cordillera de los Andes, la más bella del continente, consta de dos ramales casi paralelos, el oriental y el occidental que dividen el territorio ecuatoriano en tres regiones: Litoral, Interandina y Oriental. En la Región Litoral están las Provincias de Esmeraldas, Manabí, Guayas, El Oro y Los Ríos; Carchi, Imbabura, Pichincha, León, Tungurahua, Chimborazo, Bolívar, Cañar y Loja en la Región Interandina, situada como lo indica su nombre entre los dos ramales de la Cordillera; Napo-Pastaza y Santiago-Zamora en la Región Oriental comprendida entre la Cordillera y los límites del Ecuador con Colombia y el Perú. Aun cuando no

existe hasta la fecha un censo de población exacto, se calcula en tres millones el número de habitantes, clasificados del modo siguiente: blancos descendientes de europeos, indios puros y mestizos.

El señor Wolf en su Geografía del Ecuador, la más completa, si bien algo anticuada, afirma que el Ecuador es muy rico en aguas termales y minerales de toda clase. En efecto, apenas hay provincia lo mismo en el Litoral que en las regiones andina e interandina que no cuente con estas aguas. Dados los progresos que está haciendo en el mundo la ideología mineral, la República del Ecuador cuenta a este respecto con una fuente de riqueza inagotable. La explotación científica de sus aguas bastaría para atraer un sinúmero de turistas.

—Precisamente, porque todavía no tuvieron los ecuatorianos tiempo ni brazos suficientes para sacar partido de sus grandes riquezas naturales, el Ecuador es el país que está en mejores condiciones para importar capitales y mano de obra. Minas de oro, de cobre y de plata; yacimientos petrolíferos; tierras vírgenes de una fecundidad prodigiosa; cultivos de todo género; climas cálidos como el de Andalucía, templados sin solución de continuidad como en la costa azul del Mediterráneo; ríos caudalosos; pastos naturales; paisajes de una belleza única ¿qué más se puede ofrecer al inmigrante y al turista?

La riqueza del suelo es tan varia y tan grande que no hay fruto que no se dé en la República del Ecuador. Un simple resumen estadístico sin la pretensión de que abarque todas las posibilidades de cultivo, bastará para que el lector forme una idea siquiera aproximada de la riqueza agrícola de este país y de la asombrosa variedad de los jugos exuberantes de una tierra privilegiada.

En un Resumen General de Exportación por el puerto de Guayaquil en Marzo de 1929 leemos:

Cacao.

Café.

Marfil vegetal.

Cereales: Cebada en grano y triturada, maíz.

Especies: Achiote, Maní.

Frutas frescas: Aguacates, guabas, limones, mangos, naranjas, manzanas, duraznos, papayas, piñas, plátanos, zapotes.

Hortalizas: Cebollas, patatas.

Legumbres secas: Arvejas, frejoles, garbanzos, lentejas..

Artículos alimenticios preparados: Azúcar, chocolate, dulces, galletas, mantequilla, quesos.

Animales vivos: ganado vacuno, mular, caballar, de cerda.

Materias primas de origen vegetal: cañas, cáscara de mangle, caucho, cascarilla, algodón, madera de balsa, paja mocora, toquilla, pasto prensado, semillas, tagua pelada y otras sin especificar.

Materias primas de origen animal: cueros de lagarto y de iguana, de res, lana de borrego, suelas.

Materias primas de origen mineral: aguas minerales, tierras minerales, oro, plata.

A la lista de estos productos hay que añadir los siguientes: caña de azúcar, peras, higos, melones, sandías, uvas; tomates, zanahorias, veterabas, berengenas; cueros o pieles de chivo; venados; cocos; plumas de garza; trigo; lana de ceibo; maderas de roble, pechiche, guachapellí, guayacán, pino, madera negra; tamarindo; tabaco; aceite de higuera; polvillo de arroz; vinos de mesa.

Por esta lista, incompleta desde luego, se ven los recursos y el campo ilimitado que ofrece a las iniciativas de agricultores, comerciantes e industriales, la tierra ecuatoriana.

—No cuadra sin embargo, a mi propósito, en este libro de impresiones y apuntes, entrar en el estudio deteni-

do y profundo de la flora y la fauna del país. En las obras del Padre Sodiro, de la Compañía de Jesús, y en la monumental geografía ya citada del señor Wolf, encontrará el lector aficionado a esta clase de conocimientos cuanto desee saber.

Muy por encima diré que la vegetación del Ecuador puede dividirse en tres zonas principales: zona del litoral; región de los bosques siempre verdes y zona interandina de los cereales y los pastos naturales.

En las márgenes de los salitres se halla el Manzanillo, alrededor del cual se forjaron tantas leyendas y nacieron tantas supersticiones. La palma de coco podía sembrarse con éxito en las enormes pampas arenosas de las provincias del Guayas y de Manabí, donde entre espinos y tunas, se crían los Algarrobos que suministran muy buena madera de construcción y el Palo Santo, tan apreciado en Europa.

En los bosques de Puná, Santa Elena y Durán; a lo largo del río Daule hasta Colimes y del río Bodega hasta Baba, se encuentran el Laurel, el Figueroa, el Quebra Hacha a más de los antes citados.

En la provincia de El Oro nace el Bálsamo del Perú, árbol resinoso de explotación fácil y lucrativa.

Por último en la zona de los árboles y plantas siempre verdes cuéntanse el Lagarto, el Barbasco, el Tamarindo, el Cerezo y el Añil.

La flora del bosque de la región húmeda de la Costa es la más rica y variada de todas. Es la región del cacao, del café, de la Toquilla, de la Palma, de la Tagua y del Vainillo.

La Toquilla es una especie de palmita, sin tallo, cuyas esbeltas hojas se alzan del suelo en forma de abanico y que suministra la paja empleada en la fabricación de los sombreros de Jipijapa, mal llamados de Panamá. Esta industria representa para el país varios millones de su-

cres. La Tagua o marfil vegetal es también una fuente de riqueza considerable, tanto más interesante cuanto que constituye casi un monopolio concedido al Ecuador por la Naturaleza. La producción de la Tagua representa aquí las siete décimas partes de la producción mundial, y apenas si requiere cultivo alguno ni gastos de conservación.

—De las diez y siete provincias en que está dividida la República del Ecuador, solo una conozco a fondo por haberla recorrido de extremo a extremo. En esa provincia, la provincia de Los Ríos hice mi aprendizaje de agricultor costeño. Fueron mis primeros maestros, el entonces administrador de La Isla, señor don René Avilés que une a la práctica de su experiencia, el espíritu de iniciativa que adquirió en Europa donde se educó; y Tristán de Avilés, dueño de la Hacienda “El Morocho”, colindante con La Isla. Este joven sobrino mío hizo sus estudios agronómicos en Francia, primero en el *Institut Agricole* de Beauvais y más tarde en el *Institut Agronomie* de Nogent sur Marne, en las cercanías de París. Completaron mi instrucción agraria, el señor don Adolfo Gómez Santistevan a cuya Hacienda “La Victoria” acudí con frecuencia y a quien rindo ahora público testimonio de gratitud por su gentil hospitalidad; y el señor Don Jerónimo Avilés Aguirre, cuya competencia en materia agrícola tiene en el Ecuador la autoridad de cosa juzgada. A título de curiosidad y para aleccionamiento y ejemplo de parásitos y ociosos, merece consignarse que el señor Avilés Aguirre que en tiempos pretéritos llegó a ser Ministro Plenipotenciario de su país en Londres, hoy administra modestamente los bienes y las haciendas de la familia Rosales Pareja.

—El clima de la Provincia de Los Ríos, a pesar de que en ella se dan todos los frutos tropicales, es sano, templado y agradable:

La temperatura en los meses de mayor calor no excede de 29 grados centígrados y durante el verano el termómetro marca a menudo en las huertas 21 y 22 grados.

Todos los ríos de esta Provincia a excepción de uno solo, el río Macul, son tributarios del Babahoyo que a su vez lo es del Guayas. El recorrido de estos ríos tiene mayores encantos, aún haciéndolo en lanchitas modestas o en canoas primitivas, que en un paseo por el lago de Ginebra en un vapor elegante. El señor don Pedro F. Ceballos refiriéndose a los ríos de esta provincia dice: "Es de ver esa red de ríos, de ver el modo como se cruzan, apartan, se unen y vuelven a separarse, dejando parte de sus aguas en tal dirección y otra en distinta y como se deslizan apacibles hasta el término de aguantar en sus lechos los reflujos del mar treinta leguas tierra adentro". Y en estos cruces laberínticos y en la prodigiosa vegetación de sus orillas, en eterna primavera, consiste su principal atractivo. He navegado cien veces por los ríos Daule, Puebloviejo y Baba y siempre he tenido la impresión de un espectáculo nuevo, de un paisaje distinto.

—Merced a la influencia de los ríos, con sus bifurcaciones y sus filtraciones subterráneas, la Provincia de Los Ríos llegó a ser la más rica del Ecuador. El cacao, el café, la caña de azúcar y el arroz hicieron de esta tierra privilegiada un emporio de riqueza. Pero... la maldita peste llamada "Escoba de bruja" y la monilla, cebándose en el cacao, han planteado una crisis de producción de incalculables consecuencias. Y ante la magnitud del desastre en algunas zonas cacaoteras, muchos agricultores ecuatorianos han perdido la serenidad. Nadie se entiene. Mientras los unos con optimismo infantil creen a pies juntillos en una reacción próxima, inmediata; los otros imbuidos de un pesimismo desolador, aconsejan la destrucción de las matas de cacao, considerándolas fatal e irremediabilmente condenadas a muerte...

“In medio est virtus”. Tan disparatado me parecería, cruzarse de brazos frente al descenso positivo de la producción en todas las zonas, esperando buenamente la reacción salvadora, es decir, el milagro; como dejarse ir al desaliento y empezar la destrucción sistemática e irremediable de las huertas de cacao. Modestamente, humildemente, y digo humilde y modesto no en el sentido de virtud sino en el de condición; con el “cortadillo de mi pobreza”, como dijo el Cartujano, creo que en determinadas regiones cacaoteras la “escoba de bruja” no esteriliza la mata, ni la inhabilita para dar frutos. La baja tan considerable de la cosecha, en todo el año 1929, se debió principalmente al desarrollo inusitado de la monilla, favorecido por el exceso anormal de las lluvias durante los primeros meses de invierno. En la provincia de Los Ríos y en los cantones de Baba, Babahoyo, Vinces y Pueblo Viejo, no sería imposible que la próxima cosecha fuera superior a la de este año. No es la esperanza fundada en un deseo legítimo, la que me mueve a razonar así; me fundo para ello en la experiencia adquirida durante dos años consecutivos, encerrado en la hacienda “Los Cañales” y en una atenta y constante observación de los fenómenos agrícolas en relación con la “escoba de bruja” y la monilla. Y digo más; afirmo que si la cosecha de este año en nuestra zona, se hubiera anticipado unos días, no hubiera sido inferior a la del año pasado.

—Otra opinión muy distinta tengo del porvenir del cacao en las zonas muy húmedas, la de Balao, por ejemplo. La escala gradual de la producción del cacao en las haciendas de aquella zona es harto elocuente para poder dudar. Fijándonos en la más importante de todas, la hacienda Tenguel, (debo estos datos al noble prócer inglés señor don Leonardo Stagg) el descenso de la producción resulta en extremo desconcertante. Tenguel que en el año 1921 llegó a producir, merced a las inteligentes iniciati-

vas del señor Stagg, más de 30.000 quintales, vió reducida su producción a 900 quintales en 1926.

Y ya que la "escoba de bruja" me llevó a Tenguel, voy a contar dos episodios muy curiosos e interesantes del historial de esta Hacienda. Parece ser que a principios del siglo XVIII, un famoso y temido pirata holandés atacó a Guayaquil. El Gobernador de la Plaza, falto de hombres y de recursos pecuniarios para defenderla, pidió auxilio a la Cacica de la Puná, Doña Francisca Tomalá, quien facilitó soldados aguerridos y dos mil patacones. Con esta ayuda, el Gobernador pudo organizar la defensa del puerto de Guayaquil y el pirata asaltante, sin botín y sin gloria, hubo de retirarse huyendo río afuera, hacia el mar. En premio a esta noble acción, el rey de España hizo donación de Tenguel a Doña Francisca Tomalá, cuyos herederos lo vendieron a la acaudalada familia de los Arteta. Algunos años más tarde, a bordo de la fragata "Aransasu", llegó al Puerto de Guayaquil el Almirante Don Jacinto Caamaño, caballero de las Ordenes de Calatrava y Santiago. Este almirante se prendó y se casó con la señorita A. Arteta y Santistevan, única dueña de Tenguel; y he aquí por qué esta hacienda viene perteneciendo desde hace tantos años a la familia Caamaño.

—Volviendo a la realidad presente, concluyo afirmando que no hay que ser tan pesimista como el Secretario del Banco Hipotecario en Guayaquil, señor don Manuel Seminario, ni tan confiadamente optimista como el señor Don Jerónimo Avilés Aguirre. Bien es verdad que el pesimismo del uno y el optimismo del otro están hasta cierto punto justificados. Don Manuel Seminario tiene que mantener su pesimismo ante los agricultores del Litoral, para no prestarles dinero sino a razón de diez centavos por mata. El señor Avilés Aguirre lo ve todo de color de rosa, porque administra la fortuna de una familia que, con "escoba de bruja" y sin ella, puede

hacer frente, sin gran esfuerzo y sin acudir al crédito, a las necesidades de la vida. Aunque discrepo de uno y otro, ambos cuentan con mi estimación y con mi simpatía.

Algo hizo el Gobierno por las regiones amenazadas, pero no lo suficiente, dada la magnitud del daño y sus posibles consecuencias. No conviene que el agricultor fortifique su desesperanza en la misma tierra; que se acelere la ruina en unos, ya consumada en otros.

—El Presidente de la Acción Agrícola, señor don Lautaro Aspiazú, ex-diputado nacional, ex-agente comercial en la Legación del Ecuador en Londres, acaudalado propietario, vice-presidente del Banco del Ecuador, escritor a ratos y polemista por temperamento, persona muy preparada y muy entendida en todo lo que se relaciona con la agricultura y la Economía nacional, ha tenido la gentileza de prestarme su colaboración, exponiendo su pensamiento con la franca espontaneidad que constituye una de las modalidades de su carácter.

¿.....?

—La grave crisis actual provocada por la baja en la producción del cacao, pudieron enjuagarla, en parte, el Banco Central y el Banco Hipotecario. El uno ayudando a los exportadores a esperar el alza de los precios en el Exterior; el otro facilitando fondos a los agricultores para fines agrícolas comprobados y ciertos. No lo hicieron así, y ahora sufre el país las dolorosas consecuencias. El acierto innegable que presidió a la fundación de estos Bancos y la competencia de sus directores autorizaban a esperar una actuación de resultados más tangibles y prácticos.

¿.....?

—La sustitución del cacao por el café, lejos de ser un remedio eficaz, traerá como consecuencia inevitable una crisis más honda y más grave que la actual. La su-

perproducción en el Ecuador unida a la del Brasil, determinarán la baja indefectible del producto en términos catastróficos. Hay que sembrar otras cosas y no todos lo mismo, sistema peligroso que engendró la crisis actual.

¿.....?

—Las leyes que rijen en la Sierra con éxito aplicadas al Litoral resultan contraproducentes. Hay que legislar según el clima, las condiciones económicas y las de la mano de obra de cada sección. El impuesto sobre la venta de los productos es el único impuesto racional y justo para el agricultor de la Costa. De otro modo se estimula el éxodo de los capitales nacionales, cuando lo que necesita el país es importar capitales extranjeros.

¿.....?

—Para la defensa de la propiedad en el campo debe sustituirse la policía rural por un cuerpo de carabineros al estilo de Chile, que actúe con cierta independencia e imponga respeto a los malhechores.

¿.....?

—Hay que dragar los ríos, empezando por el Guayas, que dificulta el acceso a Guayaquil de muchos barcos y encarece los fletes.

¿.....?

—Es urgente reglamentar el servicio de Aduanas en forma que el personal subalterno deje de entorpecer y molestar a los importadores con torcidas interpretaciones de leyes que en realidad, están muy bien confeccionadas.

¿.....?

—Nada perjudica tanto al comercio en el Ecuador como los cambios constantes y bruscos de nuestra legislación. No sabe uno nunca a qué atenerse...

¿.....?

—La Asociación Nacional de Agricultores en la

cual no tienen representación la inmensa mayoría de los agricultores costeños no está capacitada para informar al Gobierno ni a la Asamblea en lo que a la Costa se refiere. La unión hace la fuerza y para pedir algo práctico con probabilidades de éxito, todos los agricultores de las Provincias del Litoral deben aprestarse a formar en las filas de la Acción Agrícola presentando un frente único y dando a los poderes públicos la sensación de un tacto de codos que nada ni nadie puedan romper.

¿.....?

—La Acción Agrícola ha obtenido, no sin vencer obstáculos, que se la reconozca el derecho a elegir un senador. No es mucho, pero ya es algo. Urge organizar los centros provinciales a fin de poderlo elegir cuando llegue el momento y elegirlo a nuestro gusto, sin dificultad.

¿.....?

—Hay en muchos ríos cascajo abundante que se podría aprovechar desde las cabeceras, para construir caminos firmes que permitan el tránsito de los automóviles y autocamiones, tan necesarios allí donde no existen vías de comunicación.

¿.....?

—No hay en el Ecuador quien no convenga en reconocer la urgente, imperiosa, inaplazable necesidad de reorganizar el poder judicial. A buen entendedor...

¿.....?

—Yo tengo una fé inmensa en los destinos de mi país, en la fecundidad asombrosa de nuestro suelo y en las energías de nuestra raza. Sólo nos falta una cosa para triunfar: querer.

No comparto en su totalidad, las ideas del Presidente de la Acción Agrícola que creo haber transcripto con la fidelidad posible, tratándose de una conversación sostenida durante unos cortos minutos robados a las labores

cotidianas. Pero sí estoy conforme con la orientación y el fondo de su pensamiento.

Unos cuantos hombres de buena voluntad bastaron en España, en tiempos de Carlos III, para redimir la Patria, asociando su trabajo y sus iniciativas a la virtud creatriz de la tierra. No puede ser esta empresa labor de egoísmo. Las generaciones actuales han recibido una herencia de errores que se está liquidando expiando la pena. Fijémonos en el ejemplo de España. Hubo un tiempo en que consagramos a la tierra nuestros amores y fué cariñosa y fué fecunda; engendró generaciones esforzadas de cuyo valor aún se nutre nuestro orgullo y por ella fuimos héroes, ricos y sabios. Después la abandonamos torpemente, como se abandona a una triste amante envejecida, y ella fué inexorable, avara de sus frutos, y nos mostró su semblante rugoso y sombrío, como una amenaza apocalíptica, estéril como el crimen, evocación de las tierras malditas, yertas. Pero un día, el joven Monarca que hoy rige los destinos de España, se proclamó el primer agricultor del país y volvimos alentados por él a los antiguos amores; y la tierra, agradecida, perdonó. En sus entrañas está guardado el secreto del porvenir. Ella nos sustenta, ella es nuestra cuna y será nuestro sepulcro. Rindámosle el tributo de nuestro cariño; todas las ofrendas tienen igual precio para la tierra: el beso rudo del rústico analfabeto como el homenaje del propietario culto. La tierra paga con usura el cariño de los hombres. No pondera la gratitud, con palabras fingidas, con elocuentes discursos, sino que la acredita con actos, transmitiéndonos las energías dormidas en los surcos medio abiertos y regalándonos sus espléndidos y exhuberantes frutos.

—El señor don Carlos Seminario a quien yo considero como una autoridad indiscutible en la materia, ha realizado en las distintas haciendas que dirige y adminis-

tra, meritísimos ensayos para ver de combatir la pavorosa crisis del cacao ecuatoriano. El señor Seminario que une a las luces de su larga experiencia las de sus profundos conocimientos técnicos, ha logrado encontrar varias especies de cacao refractarios a la Escoba de Bruja y entre ellas, una absolutamente inmune. Yo he visto plantaciones de esta última clase en la hacienda Javilla, situada sobre el río Babahoyo en las inmediaciones de Catarama. Creo sinceramente que el Sr. Seminario es el único agricultor ecuatoriano que científica y prácticamente ha encontrado el remedio anhelado, para un porvenir próximo.

Carlos Seminario es de aquellos hombres tenaces y convencidos que cuando están seguros de tener razón, la crítica o el elogio son para ellos cosas subalternas que apenas merecen un comentario. Y así debe ser. Cuando un hombre sabe que obrando en una forma determinada, nacida de su más íntima convicción, conseguirá beneficiar a la clase o a la idea que defiende debe lanzarse resueltamente hacia su fin, sin calcular las críticas a que pueda dar lugar su actitud, ni preocuparse del desprestigio pasajero que le acecha. Tener razón contra todo y contra todos; ver en el porvenir; descubrir, en las tinieblas, los caminos que mañana surcarán las caravanas, no son tampoco cosas extraordinarias y heróicas; son simples deberes comunes a todos los hombres que trabajan en favor de una idea noble y no de su encumbramiento. El tiempo y los resultados tangibles, le darán la revancha.

—Sobre las pobres y bajas mentalidades empeñadas en ahogar todo lo que surge y empañar todo lo que brilla, ha de surgir la aurora justiciera de la reparación. El porvenir no será nunca de los escépticos y los agriados, sino de los que poniendo todo su esfuerzo y todas sus energías al servicio de la cultura y de la verdad, no omiten ningún sacrificio, ni aún el de su tranquilidad, para con-

tribuir a realizarlas. Carlos Seminario no puede fracasar en su intento por la sencilla razón de que ya ha acertado. Y al consignarlo yo aquí tengo la convicción de no equivocarme, porque lo vieron mis ojos y lo palparon mis manos.

Capítulo Noveno

Una Granja Modelo... soñada.—El obrero del campo ecuatoriano.—Problemas sociales.—Justicia y fraternidad.—Liberalismo y democracia.—Los tres grandes amores.—Civilización por contagio.—Una parroquia que progresa.—Caminos caminos, caminos.—La Patria nueva.

EN general las gentes suelen prestar poca atención al estudio de los problemas agrícolas, y sin embargo, es un deber primordial e inexcusable en países como el Ecuador, donde el florecimiento de la producción agrícola es algo más que un problema importante: es el problema; y en que la Agricultura no es sólo un elemento de la riqueza pública: es su base. Sobre ella se han de levantar, como sobre sus cimientos la industria y el comercio nacionales. La prosperidad de los campos enriquece a las ciudades, estableciéndose la recíproca y fecunda relación que a los unos ilustra y a las otras sustenta.

Dos son las reformas inmediatas, absolutamente

precisas: la primera consiste en tener el pan barato, la carne barata, el plátano abundante y el arroz a real; la segunda, en instaurar en las almas campesinas el sentido de la probidad, del trabajo y de la cultura. Pero esta reforma depende de aquella y aquella significa escuetamente un problema de agricultura.

—¿Será que habré soñado? ¡No importa! Los sueños son, a veces, como un presentimiento; y hay presentimientos que equivalen a una profecía.

“¿Estamos listos, don Daniel?”

“Listo estoy, a sus órdenes”, me contesta.

Y Don Daniel Herrería, antiguo capitán de vapores y actual administrador de la hacienda “La Clara” del señor don Martín Avilés, monta en brioso corcel y se dispone a acompañarme. Estaba resuelto que visitaríamos juntos la nueva y flamante Granja Experimental... de nuestro Cantón.

Por un camino real, amplio y firme, que cruzan en uno y otro sentido, sendos autocamiones, nos dirigimos al lugar designado. Las distancias, en sueños, se salvan, a menudo, con velocidades astronómicas.

Ya estamos frente a la Granja.

Sobre la feroz planicie de los campos en flor, se levanta un edificio de madera, caña y zinc que con las tierras de labranza componen el Establecimiento Oficial. En la entrada, a derecha e izquierda, están las habitaciones del administrador y los mayordomos; a lo largo, de un lado, las bodegas, las aulas y el laboratorio; de otro lado, el pabellón donde se guardan herramientas y maquinarias. Al frente, las oficinas destinadas a los ingenieros y peritos. Viene después, la línea suave, uniforme de los potreros, las huertas y los campos de experimentación. Más allá, el espacio azul confundándose con el cielo, en una mañana de sol.

La Granja distribuye su labor principal entre los

experimentos y la demostración de las conclusiones formuladas. De sus treinta hectáreas, seis más o menos se dedican a los nuevos cultivos y a combinaciones y ensayos de plantas y semillas seleccionadas; las demás se aplican a la busca del dato económico: o la baratura en el cultivo o la superioridad en el rendimiento y en la calidad del fruto. A cada hectárea se le abre una cuenta con su *Debe* y su *Haber*. Sólo cuando ha llegado a determinarse la fórmula definitiva se pasa al campo de experimentación. De manera que el eje de todas las demostraciones es la contabilidad. Su fin, probar a los agricultores que siguiendo los procedimientos adoptados por la Granja, el beneficio será muy superior al que actualmente se obtiene. Para el laboreo, la Granja procura conformarse a los usos y costumbres de la región, sin otras modificaciones que aquellas que, sin gran esfuerzo, puedan adoptar los labradores inteligentes y aleccionados.

Simultáneamente con el cultivo de la tierra, la Granja procura mejorar la ganadería, aclimatando razas exóticas, reformando las indígenas y abaratando y perfeccionando los pastos. Por último, merced a unos folletos explicativos y contestando gratis a cuantas preguntas le dirigen los agricultores, la Granja propaga y difunde por toda la región sus experiencias y conclusiones.

¿Fué todo un sueño? Así me lo asegura mi amable compañero de excursión, uno de los agricultores más competentes que he conocido en el Cantón Baba; pero él y yo confiamos en que, muy pronto la Granja... soñada sea una realidad...

—“Las naciones, ha dicho en uno de sus discursos el Presidente de la República, Sr. Dr. Ayora, deben reconstituirse como se constituyeron, haciéndose agricultores.”

Al surgir una crisis honda y grave, los pueblos buscan con avidez los caminos del florecimiento: hay quien los señala en el desarrollo de la industria; quien, en la ex-

pansión territorial; algunos, en las especulaciones científicas; los más discretos creen descubrirlos en la escuela, como si la escuela no fuera, más bien una preparación para la marcha, que un camino. A mi juicio, los dos estribos en que ha de apoyarse la robusta regeneración de un pueblo consisten en la reconstitución de su riqueza cuando está amenazada y en la conservación de las energías de la raza cuando por un motivo o por otro, corren el riesgo de perderse. Ambos son problemas de agricultura. La agricultura es el principio inexcusable, el único remedio para los pueblos que no tienen gran capital y necesitan crearlo. Más hicieron por el poderío de Roma Cato y Columela que los Scipiones; más Varron y Plinio que los Césares.

En los siglos XVI y XVII, los tesoros de América no enriquecieron a España, porque la conquista restó brazos a la agricultura nacional. Esto es un hecho.

Los ecuatorianos tienen a mano el medio de convertirse en el pueblo más rico del Continente. Al conjuro del progreso agrícola surgirán poderosos los talleres y las fábricas, se robustecerán los ingresos del Estado, y con ellos, podrá acudir sin quebranto, a más altas empresas. Se multiplicarán los medios de comunicación, se mantendrán con decoro las instituciones armadas, se aumentarán las escuelas y florecerán las letras y las artes. El porvenir del Ecuador ha de forjarse en las entrañas de la tierra, claustro fecundo donde germinan las semillas de toda prosperidad.

—No sólo cuenta el Ecuador con el privilegio de una tierra feraz y pródiga cual ninguna otra, sino con un elemento trabajador admirable. Concretándome al labrador del Litoral declaro que no tiene ni los vicios, ni el espíritu de rebeldía que se advierten en otros países. El trabajador ecuatoriano es sobrio, fiel, respetuoso. Cierto es que hay algunos para los cuales la vida debe ser una fies-

ta, y la fiesta es el alcohol, y el alcohol es la riña a cuchilladas; pero son muy contados.

El labrador de la costa aún siendo refractario, y más que refractario hostil, al matrimonio, no pierde por ello el culto de la familia. Rara vez abandona a la madre de sus hijos, y estos rinden a sus padres profunda veneración. Mucho llamó mi atención el hecho singular de que el hombre de campo que no se casa, ni a tiros, ni va a misa; que no practica ninguno de los deberes religiosos y muere sin reclamar jamás los auxilios espirituales, por nada en el mundo dejaría de bautizar a sus hijos. Quiere que sean cristianos y nó moros, como dicen ellos.

Nada hay en verdad tan difícil para un extranjero, sino ha vivido largos años en el país y con un género de vida que le permita penetrar en el alma nacional, como actuar de juez en punto tan abstruso como el de la psicología colectiva. Los dislates y absurdas patrañas que se leen en los viajes por España de escritores franceses, ingleses, alemanes, etc., derivan de la carencia de aquellos requisitos indispensables para juzgar con acierto. Esto no obstante, y declarándome desde luego incompetente, creo que he vivido lo suficiente en la Costa ecuatoriana para haber logrado sorprender ciertos rasgos característicos con mayor claridad, acaso, que los propios indígenas.

Así por ejemplo, la pereza criolla en que Bunge creyó ver la causa de todos los atrasos hispano-americanos (sabido es que no todos sus compatriotas están conformes con esa apreciación) es, a mi juicio, un tópico infundado, por lo menos en lo que se refiere al obrero costeño. Lo afirmo porque he podido comprobarlo y aquilatarlo en multitud de casos. Si hay algunos perezosos, "flojos" como dicen aquí por ser excepciones confirman la regla.

Tienen defectos, ¿quién lo duda? Pero entre esos defectos; cuántas virtudes! Almas bravías como sus cerros,

adustas como sus sabanas, pero almas sencillas, como de niños, generosas como la tierra que los sustenta, grandes y abnegadas, sobrias y humildes, que resisten el acoso secular de todas las privaciones, de todas las inculturas, de todas las penas de una vida triste y doliente. ¿Quién se atreverá a echarles en cara sus lacras, si hemos acumulado sobre ellos, sobre las ínfimas capas sociales, todos los estímulos para la depravación y el envilecimiento? Siglos y siglos asistieron a esa obra de deformación del alma popular bajo la presión de una sociedad que extrae sus recursos del trabajo y la incultura de la masa. Y ¿no es admirable que todavía subsista y perdure el alma primitiva, generosa y buena?

—No creo que haya en el mundo civilizado quien no se interese por los problemas obreros; porque todos, al recorrer el camino de la vida, hemos escuchado los gritos angustiosos del hambre y del infortunio, y al abrir nuestros ojos a la luz de la experiencia, hemos contemplado el espectáculo triste de la miseria y de los dolores humanos. Y por no sé que ley natural o divina, ese fúnebre cortejo de dolores y gemidos reviste mayores proporciones allí donde el brillo de una exhuberante civilización hiere con más intensidad nuestra imaginación y nuestros sentidos. Acaso es que el contraste nos las hace ver mayores; tal vez, porque son efectivamente mayores, aquél odioso contraste subleva con más fuerza nuestra conciencia, nuestro pensamiento. Yo no soy, sin embargo, de los que pretenden desterrar la miseria de la vida, y acabar de un golpe con nuestra actual organización jurídica y social.

Liberal y demócrata al mismo tiempo, más modesto que el ácrata o el colectivista, acepto la sociedad tal como es, con sus eternas desigualdades, y al hombre tal como lo hizo Dios, con sus eternas imperfecciones; y mi deseo y mi esperanza se reducen, por ahora, a atenuar en lo posible, por virtud de soluciones pacíficas y legales, las tris-

tes consecuencias de las grandes y crueles injusticias de la naturaleza y de los hombres. Los dolores inherentes a la vida y al trabajo no han de hacerlos desaparecer ni la caridad más perfecta ni la acción poderosa del Estado. Ni conviene tampoco que desaparezcan por completo. Un mundo sin trabajo y sin necesidades, en que todo estuviera previsto, disminuiría en el ser humano su nobleza y dignidad. La verdadera grandeza del hombre reside precisamente en el esfuerzo individual, en el dolor, en las luchas constantes por la justicia y por el bien.

Pero una cosa es oponerse a determinadas directivas que pretenden mutilar estérilmente la propiedad privada y aún sacrificar el derecho de propiedad, prerrogativa eminente, resorte irremplazable de las actividades humanas, y otra elevar a la categoría de dogma la famosa máxima manchesteriana del *laissez faire, laissez passer*, desacreditada por injusta, en el campo de la ciencia y condenada como inicua, por el grito universal de la generación presente. No habrá paz ni sosiego, ni desarmarán los rencores hasta que una sabia y prudente legislación obrera inspirándose en los principios humanitarios de la sociología moderna, no establezca, sobre bases de equidad, los deberes y los derechos de cada uno, y regule las condiciones en que han de cooperar a la producción el capital y el trabajo.

No es justo que millares y millares de seres humanos vengan a engrosar el censo de la nación, llamándose ciudadanos, sin concurrir de hecho a la vida ideal colectiva, ni mantener relaciones de solidaridad con las clases privilegiadas.

No es justo que mientras los unos, muy pocos, pueden vivir de sus rentas, la inmensa mayoría vegete en esa existencia que es muerte, privada de todo lo que tiene para el hombre algún valor en la vida: el arte, la cultura, la libertad. A veces cuando regreso del campo a la ciudad

evoco estos recuerdos con toda la intensidad de una visión dolorosa. Sólo una ficción jurídica y la noción de igualdad que las doctrinas de la Revolución francesa dejaron como sedimento en nuestras conciencias, puede hacernos llamar ciudadanos y compatriotas a quienes no participan ni de lejos, en la vida ciudadana y de quienes la Patria no se acuerda sino cuando llega el momento de morir por ella.

—Sobre nuestras cabezas se extiende el Cielo, como un palio azul que transparenta el infinito; los campos se visten de flores bridándonos los ubérrimos senos con que siglos y generaciones se amamantan; los ojos dulces, serenos, luminosos y ardientes de una mujer envían a nuestro pecho misteriosos mensajes de ideal y ventura, entre sonrisas y besos. Y florecen en el corazón del hombre tres amores: el amor del Cielo, Religión; el amor a la tierra, Patria; el amor a la mujer, familia. Pero con el tiempo y la acumulación de las riquezas en unas pocas manos, la Religión es intransigencia y despotismo; la Patria es guerra o discordia civil; la Familia, pacto de codicias y honores o impulsos carnales. Todo lo marchitó el dinero que es poder, influencia y semilla de perversidad.

Con el dinero se soborna a los dioses, y se burlan las leyes, y se compran caricias.

El pobre, mientras tanto, recorre su camino clavándose las espinas y pisoteando las flores. Sus labios gustaron la hiel y sobre sus espaldas se grabaron los estigmas. A veces, con resignados o airados acentos pregunta cuando va a cesar la peregrinación errante, cuando lucirá el sol y habrá alegría para todos; y gime y se desespera al advertir que el espacio le devuelve el eco vano de sus clamores, y prosigue su viaje, y anda y anda, sin descanso, sin vislumbrar nunca el fin de la jornada.

A nadie puede sorprender que en estas circunstancias, los desheredados busquen entre sí protección y ayu-

da y se organicen en grupos, llámense socialistas, comunistas o simplemente proletarios. Y no es poca fortuna el constatar que entre los trabajadores del campo, el número de los humildes de corazón es tan grande, que a poca costa, pueden las clases directoras conjurar el peligro, armonizando todos los intereses.

Hay que volver los ojos al pueblo; hay que fundirse con él, y no escarnecerlo por sus tosquedades de espíritu, sino mejorarlo, procurando cultivar la inteligencia y conservar su bondad de corazón.

Pero el retorno hacia el pueblo debe iniciarlo y encauzarlo el Estado, porque cuando es obra de una clase social o de un grupo de hombres independientes, como sucedió en Rusia, el resultado no es a la postre, una conciliación, es la revolución. Claro está que al referirme a la acción tutelar del Estado no entiendo que deban promulgarse leyes temerarias encaminadas a mantener la lucha de clases, y alentar rebeldías, despertando apetitos imposibles de saciar.

Un poco de cultura, un poco de amor, un poco de ambiente de vida civilizada, bastarán a disipar esas brumas del espíritu tan semejantes, en los humildes, a las brumas con que oscurece sus albas el rigor del invierno. No es el maestro, como pretenden algunos, el llamado a esparcir los primeros gérmenes de esa floración de vida; tampoco el cura. Palabras de cultura o de resignación arrojadas a cerebros mal preparados son como simientes sobre la dura roca. El alumbramiento de aquellas almas, entenebrecidas y aisladas, ha de hacerse por contagio.

—La llama, ya encendida, encenderá nuevas llamas. Hay que poner a la aldea en contacto con las ciudades. El resplandor de la cultura de la ciudad ablanda los cerebros endurecidos y los prepara y dispone para que en ellos germinen las semillas que encierra el progresivo perfeccionamiento de la humanidad.

Esta aproximación del campo a la ciudad se logra en primer término por el camino. El peón caminero abre el surco; el maestro arroja la semilla; mientras aquél no preceda a éste, espesando la red de caminos, haciendo fácilmente accesibles todos los puntos del territorio donde viven y mueren seres humanos, la cultura, cada día más complicada de los centros, no se propagará. Hay que gravar esta noción en todas las conciencias, e incorporarla al programa de todos los Gobiernos.

—Para el desarrollo de la raza, para la robustez de las aspiraciones colectivas, para la actividad productora, hasta para el desarrollo de las industrias, hay muchos elementos desperdigados, indiferentes o ignorados. Incorporarlos al sistema total de la nación, es hacer Patria.

—La influencia de los medios de comunicación es de tal modo decisiva para el progreso de las naciones y la cultura del individuo, que podrían multiplicarse los ejemplos hasta lo infinito. Un hecho al parecer insignificante, la simple sustitución de las antiguas canoas por las modernas lanchitas a motor que navegan por los ríos, ha transformado en poco tiempo muchas poblaciones de la Costa ecuatoriana.

La Isla de Bejucal, entre otras, merced a la facilidad de sus comunicaciones con Babahoyo, Vinces y Guayaquil, es hoy un centro de progreso y de cultura que irradia por los alrededores con benéfico influjo. En la Isla Bejucal hay un Teniente Político, Don Esteban Arisiaga, persona de responsabilidad moral y económica, que constituye una garantía para los dueños de haciendas, que ya no tienen que tomarse la justicia por su mano, y una garantía también para el peón a quien atiende en sus reclamos justos; hay un médico, el Dr. Negrete que poco a poco fué borrando de los espíritus sencillos, ideas supersticiosas en materia biológica incompatibles con la civilización; hay un antiguo maestro de escuela,

eso sí, tinterillo y sábelotodo, pero inteligente, bondadoso y sano, el Sr. Salazar, que presta con su cultura jurídico-administrativa eminentes servicios a las gentes del pueblo... y a los hacendados. En la Isla de Bejucal hay boticas y tiendas donde se vende un poco de todo y que por lo mismo también contribuyen a extender entre los humildes, ideas de progreso y de higiene. Por los alrededores de la Isla de Bejucal circulan carretas, automóviles y autocamiones en progresión creciente. Solo en las haciendas "La Beldaca" y "María" del Sr. Don Gabriel García Morales, prestan servicios actualmente un automóvil y tres autocamiones que, recorriendo de continuo las haciendas vecinas y yendo de Arenillas a la Isla de Bejucal y Puebloviejo, de Puebloviejo a Catarama dan vida a toda la Región y facilitan el transporte rápido de viajeros y mercancías. Pues bien, nada de esto sería posible sin caminos; ni aquellos progresos notorios sin medios de comunicación adecuados y prontos.

—Ayudar al agricultor a salir airoso de la grave crisis planteada por la "Escoba de Bruja" y gastar en obras públicas todo lo que se pueda, constituye un programa de gobierno práctico de inmediatos beneficios para el país. "Los más esclarecidos gobernantes, ha dicho Jovellanos, no son los que provocan la admiración con grandes conquistas, sino los que despiertan la gratitud del pueblo procurando su bienestar."

Pero no todos los cuidados referentes a obras públicas son igualmente apremiantes; y aún entre las vías de comunicación, la realidad, antes que las clasificaciones burocráticas, distingue entre ferrocarriles, carreteras y caminos vecinales. Hubo un tiempo en Europa, en que las carreteras habían caído en relativo descrédito. Puesta la vista en la tracción por el vapor, nuestras plumas y nuestros votos acudían entusiastas a preconizar las ventajas del ferrocarril con manifiesto desvío de aquellas ca-

reteras que fueron desde el Imperio romano el esqueleto de las comunicaciones interurbanas. Pero la aplicación del automotriz al transporte ha modificado la opinión general. La actual rivalidad entre los ferrocarriles y los caminos ha de resolverse al fin como se resolvió en Francia la histórica querrela entre el canal navegable y el ferrocarril; demostrando que recíprocamente se complementan y ayudan.

Ahora bien; las grandes vías de comunicación que surcan y rompen el territorio nacional no irradian su bienhechora influencia sin el concurso de los caminos vecinales, que uniendo villa y villa, cantón y cantón, vienen a ser como brazos dispuestos a enlazar esporádicas manifestaciones de la vida nacional en un conjunto colectivo solidario.

No ya la conquista de un territorio, ni siquiera su posesión efectiva puede estimarse realizada mientras no lo crucen en todas direcciones vías de comunicación suficientes. Aumentar su número es favorecer al turismo, base de riqueza; al comercio y a la industria; es dar posibilidades nuevas al agricultor; es, en una palabra, acrecentar la cultura, difundiéndola. Por los caminos circulan viajeros y mercancías, pero también circulan el progreso y las ideas.

De todas las obras públicas son los caminos los más reproductivos. El capital empleado en ellas se amortiza pronto y rinde un altísimo interés. La campaña que en este sentido está llevando a cabo el Touring Club es patriótica y contará de seguro no solo con el aplauso sino con el concurso eficiente de todos los ecuatorianos empezando por el Presidente de la República y acabando por el más modesto agricultor.

No se forjan las ideas para entretenimiento y solaz del espíritu. Surgen en nuestros cerebros para ser aplicadas en la vida. El noble optimismo patriótico no consiste

en una confianza ciega y temeraria en el destino, sino en la seguridad razonada de que la voluntad es invencible cuando el ideal guía sus pasos. Y en este sentido, el optimismo no es sistema de conducta, ni conveniencia, es sencillamente, un deber. Desconocer el mal es ceguera; conocerlo y no combatirlo es un crimen. Pero la reconstitución de un país conviene repetirlo hasta la saciedad no es obra de un momento. Hay que ir subiendo por alzamientos parciales y consecutivos, sin grandes saltos, sin violentas sacudidas ni súbitas erupciones, pero con perseverancia; con disciplina, con espíritu de continuidad, con esa "voluntad gris", que dijo Víctor Hugo de los trabajadores del mar, armas nunca viejas que los tiempos pasados nos legaron y que hemos de conservar intactas para que se defiendan y triunfen las generaciones futuras. Y haciéndolo así, muy apretadas las filas de los hombres patriotas y optimistas, nada podrán contra ellos aunque descarguen sobre sus cabezas los más fieros golpes, ni les ahogará tampoco el vacío asfixiante, ni habrá malicia que los aniquile, ni poder que los destruya; y de todas las muertes que contra ellos idee el amojamado esperpento de la rutina vieja, resucitarán, y en cada resurrección, avanzando un paso, habrán puesto un jalón de la Patria nueva.

Capítulo Décimo

De Guayaquil a Quito.—Huigra, Alausí, Palmira.—La Nariz del Diablo.—Riobamba.—El Chimborazo: la nieve en el Ecuador.—Las deliciosas frutas de Ambato.—Grandiosidad del Tungurahua.—En la Provincia de León.—Soñando despier-to.—La Patria a distancia.—A las puertas de Quito: el Panecillo.—Grata sorpresa en el Andén.—Se acabó el viaje.

EN Diciembre de 1926 me instalé en el *pullman* que había de conducirme desde Eloy Alfaro hasta la capital de la República.

Cuando el terreno es llano, los ferrocarriles resuelven con relativa facilidad el problema de las comunicaciones. Pero cuando los grandes desniveles naturales y la dura piedra, las grandes hondanadas y los cerros gigantes ofrecen resistencia al paso, surgen los planos inclinados y las curvas inverosímiles, los precipicios hondos y los peligrosos zig-zags. En el trayecto de Bucay a Quito hay situaciones que traen al pensamiento las fantásti-

cas y sublimes creaciones mitológicas de la Grecia antigua.

Todo cuanto se ha escrito sobre los Titanes, puede ser aplicado aquí, en un panorama maravilloso y único cuya descripción requiere el rico léxico de los que saben aprovechar las nativas elegancias del idioma de Cervantes: un Castelar, un Pereda, un Montalvo. La lucha del hombre contra la montaña enhiesta que desafía su poder; contra la dura roca que opone a la técnica del ingenio humano la tenaz resistencia de la inercia y la gravedad, recia de los maquinistas han reducido los accidentes a su cuerdan los combates gigantes que libraban entre sí, encarnando las fuerzas de la naturaleza, los antiguos dioses. Hay puntos del trayecto en que el dominio de las dificultades se aproxima al milagro. Y sin embargo, el talento y la pericia han reducido los accidentes a su mínima expresión. Es admirable.

—La primera sección de la línea ferroviaria, es decir, entre Eloy Alfaro y Bucay, está en terreno llano. A uno y otro lado del tren se contemplan inmensas plantaciones de caña de azúcar, alternando con huertas de cacao y de café, desmontes de arroz y sembríos de bananos. En esta zona se hallan enclavados los principales Ingenios del país, el Ingenio San Carlos y el Ingenio Valdez, entre otros. Del Ingenio San Carlos perteneciente al Banco Comercial y Agrícola y administrado por mi compatriota y tocayo Don Alfonso M. Zamora ya me ocupé en el capítulo consagrado a la cuestión económica. Respecto al Ingenio Valdez que sigue al San Carlos en importancia, sólo diré que merced a las inteligentes iniciativas y a la tenacidad anglo-sajona de su actual propietario, el señor Pérez Conto, puede figurar dignamente entre los Ingenios mejor tenidos y administrados de cualquier nación.

La estación del Milagro merece ser citada no sólo

por su proximidad a los Ingenios, sino por sus piñas, de calidad insuperable, sencillamente exquisitas, superiores a toda ponderación.

—En la segunda sección de Bucay a Riobamba, está Huigra, de clima suave y de bastante importancia comercial porque es el punto en que se despachan el correo y las mercancías al Sur-Este del país. Frente a Sibambe, un pueblecito al Norte de Huigra, el ferrocarril sube en zig-zag un Cerro imponente y magestuoso, llamado la “Nariz del Diablo”. No hallo palabras apropiadas para expresar con fidelidad, las múltiples impresiones sentidas ante la belleza y la grandiosidad del panorama fantástico que se presentó a mi vista. Horizontes tornasolados, cerros altísimos, valles fertilizados por una agua cristalina y tersa, precipicios sin fondo que producen vértigos. En este lugar se aprecia, mejor que en ninguno otro, en toda su grandiosa intensidad, la lucha perseverante y enconada del hombre contra las fuerzas hostiles de la naturaleza para dominarlas, vencerlas, aprovecharlas y convertirlas, al cabo, en elementos de vida y factores de progreso. Unas millas después se llega a Alausí, muy frecuentado, durante los rigores del invierno, por las familias de la Costa que buscan un clima templado. Cerca de Alausí está el Cerro de Tixán, mina de azufre, la más rica, tal vez, del mundo. Por iniciativa del distinguido ingeniero alemán, Ricardo von Schettler, radicado en el Ecuador, se instalaron no ha mucho, nuevas maquinarias capaces para la fabricación diaria de cincuenta toneladas de azufre en barras. En esta misma zona hay importantes yacimientos de carbón (lignita) y cobre. Asegurado el desarrollo técnico, solo faltan capitales para explotarlos en gran escala.

Sigue el ferrocarril en su marcha ascendente hasta Palmira, el punto más alto de toda la línea (10.622 pies sobre el nivel del mar) a 103 millas de Durán y 150 de

Quito. Es una estación situada en un páramo. De Palmira a Riobamba, el ferrocarril, a lomo de cerros, bajando unas veces y otras trepando, ofrece a la contemplación del viajero nuevos panoramas de extraordinario atractivo.

—La ciudad de Riobamba, capital de la Provincia de Chimborazo, por su situación frente a los volcanes, por su temperatura ideal, más bien fría, por su aspecto moderno, y el carácter simpático y amable de sus habitantes, es, a no dudarlo, una de las ciudades más bonitas e interesantes del Ecuador y el punto de reunión, durante el invierno, de la aristocracia guayaquileña.

En Riobamba residen dos sabios alemanes, los hermanos Rimberg, profesor de Botánica el uno, Doctor en Ciencias Químicas el otro, dedicados a sus estudios favoritos y a sus valiosas colecciones. Fueron a Riobamba con el propósito de trabajar quizás uno o dos años; pero el campo de experimentación resultó tan rico y tan amplio, y tan agradable el medio ambiente, que ya transcurrieron veinte años desde que allí se instalaron... y no llevan trazas de querer cambiar su residencia.

La riqueza agrícola de esta Provincia consiste principalmente en ganado y frutas.

—El "Chimborazo", coronado de nieves perpetuas, es un volcán extinguido hace muchísimo tiempo. Por su elevación (7.000 metros sobre el nivel del mar) ocupa el tercer lugar en el mundo.

Desde mi casa de la hacienda "Los Cañales", situada, como ya he dicho, en la Provincia de Los Ríos, se distingue admirablemente y a simple vista la cúspide nevada de aquel Cerro. Y resulta curioso, en verdad, que en plena línea ecuatorial, cuando el termómetro marca 28 grados centígrados a la sombra, pueda contemplarse sin el auxilio de aparatos ópticos, la blanca nieve en las cimas de un volcán, a tan corta distancia.

—La tercera y última sección del ferrocarril del Sur empieza en Riobamba y termina en Quito. En esta sección se encuentra la ciudad de Ambato, situada en una vega donde el clima templado permite el cultivo de legumbres y frutas variadísimas. En verdad que son sabrosas las frutas de Ambato: melocotones, peras, ciruelas claudias, capaces de tentar al más sobrio de los hombres. Desde Ambato se contempla el Tungurahua, volcán cuya erupción en 1886, después de transcurrido más de un siglo sin dar señales de vida, causó daños en el Valle de Baños. Desde entonces sus erupciones sucesivas no han tenido consecuencias graves. La altura de este Cerro es de cinco mil metros.

En la Provincia del Tungurahua los climas son tan varios que en unas zonas se dan cereales: trigo, cebada, garbanzos; y en otras, hasta frutos tropicales.

Las vegas de los ríos Ambato, Pastaza y Panchalica son de una fertilidad que asombra y sus viñedos permitieron hacer ensayos de industria vinícola con éxitos lisonjeros preñados de fecundas promesas para un porvenir muy próximo.

—Viene después la Provincia de León, notable en el orden industrial por la explotación de la piedra Poma. Latacunga, su capital, está situada cerca del histórico volcán Cotopaxi, el más activo del Ecuador y el más alto de los volcanes de la tierra, actualmente en actividad. Mide unos seis mil metros. Su primera erupción en 1534 coincidió con la llegada de los conquistadores causando entre los indios un pánico indecible. Los indios interpretaban el fenómeno como una prueba de la hostilidad de sus dioses, y huyeron pensando, como Herodoto, que nadie puede vencer cuando tiene a los dioses en contra.

El clima en esta provincia es tan variable como en la del Tungurahua. En la región interandina es frío y va templando a medida que se aproxima a la Costa. Los

abundantes pastos fertilizados por tres ríos contribuyeron al desarrollo de la industria pecuaria, ya muy adelantada.

Con ser tan bello cuanto admiraron mis ojos durante el viaje, y tan espontánea y sincera su descripción, reconozco humildemente que no conseguiré dar una idea siquiera aproximada del valor turístico y artístico de estos paisajes sin igual. Es tal la profusión de vistas mágicas, de matices y contrastes desconcertantes, de feéricos panoramas, que para describirlos con probabilidades de acierto sería menester consagrar a cada uno su monografía especial. Nada falta en aquella visión maravillosa para despertar en las almas la blanca anunciación de la belleza. Rocas escarpadas, inaccesibles que miran al Cielo, arrogantes y esbeltas; vegas como paraísos; nieves perpetuas más altas que las nubes y valles risueños y floridos cual verjeles orientales.

La vista del Tungurahua desde las lomas del Pitula por el norte; la laguna del Yurac-Cocha al pié del Quindalafña; el grupo volcánico del Pichincha observado por el sudeste; el valle de Saquimalac con el Cotopaxi al frente; la impetuosa corriente del río Isco arrojando sobre la laguna Secas la lava amontonada del Antinasilla; el puente de las Juntas sobre el río Patate, el abismo de Castrejon, las espumosas cascadas del Agoyan y del Chugchillan son otros tantos detalles de imponderable hermosura en que el Arte y la Naturaleza se juntaron para causar la admiración del mundo.

Muy cerca de Quito, entre Cotopaxi y Tombillo. el ferrocarril pasa por la ciudad de Machachi, enclavada en una planicie rodeada de tres volcanes apagados. Son notables sus fuentes de gas carbónico industrialmente explotadas desde hace muchos años. En opinión del Dr. von Schettler toda la región comprendida entre Latacunga y

Machachi está en condiciones inmejorables para la cría de ganado lanar.

—Ya estamos casi al término del viaje. A penas si crucé unas palabras de cortesía con mis compañeros de *pullman*, de tal modo permanecí absorto en la contemplación de la naturaleza. Como un monstruo que devorara la tierra, así ha ido el tren trasponiendo cerros y torrentes, valles y espesuras, ramblas y montes, vergeles y volcanes, paisajes caprichosos, vegetaciones de una pasmosa variedad. Y al contemplar tanta hermosura y grandeza, sentí un impulso extraño que me indujo a evocar los tiempos pretéritos de la conquista de América y de las glorias de mi patria. La patria no es el suelo en que nacimos, ni el hogar de nuestros padres, ni la escuela donde nos enseñaron a leer, ni la iglesia donde aprendimos a rezar; todo eso no es más que un cuerpo por donde circula una vida. La patria es un ser moral con su fisionomía propia, con sus recuerdos, con sus esperanzas; la patria es el alma de un país. Patria quiere decir filiación y continuidad. A cuantos sobre la tierra ubérrima que acabo de recorrer combatieron y sucumbieron, cabría haberles preguntado ¿por quién mueres? Y la respuesta sería en todos la misma: por el triunfo de la patria, por el triunfo de la nacionalidad, esto es, de una civilización, de un conjunto de principios y tradiciones; por la supervivencia de la raza; por algo, en fin, vago, indefinible, pero que vale y representa a nuestros ojos más que la propia vida.

—Es verdad que ya está lejano el día en que la vieja Europa se hallaba obligada a reconocer que España era el país de los grandes hombres y de las grandes empresas. De aquella España, asombro de Roma; fundadora con la monarquía goda del Imperio cristiano; emporio luego de la cultura árabe; salvadora más tarde con la conquista de la civilización evangélica; precursora, des-

pués, con sus fueros populares, de la moderna libertad política; madre de América; triunfadora del Africa y del Asia; centro de una monarquía bajo cuyo cetro se cobijaba un mundo, al que no podían llegar los rayos del Sol sin antes pasar por el aro de oro de la corona de sus reyes; y aún de aquella España todavía grande de la decadencia, la España de Rocroy, de Trafalgar y de Bailén, no es mucho lo que va quedando ya; pero hay, no obstante, una condición en nuestra raza, un elemento en nuestra vida social que perdura y se conserva en nuestro espíritu, como algo que va disuelto por una eternidad en nuestra sangre: el patriotismo. Y el patriotismo nos dice que sea cual fuere el punto a que nos lleve el destino, siempre le bastará a España para acreditar su grandeza esa epopeya vivida de la que fueron protagonistas, Pizarro, Hernan Cortés, Núñez de Balboa, Grijalva, Ponce de León, Magallanes y Elcano; el uno conquistando el tesoro de los Incas; el otro adornándose con los laureles de Otumba; este descubriendo desde los picos de Darien la inmensidad del océano Pacífico, aquél penetrando el primero en Yucatán; los últimos buscando en la Florida las fuentes de la eterna juventud o arrebatando al mundo con la circunnavegación sus últimos secretos. Y por un espejismo que exaltó mi fantasía, oyendo hablar mi propio idioma, viendo impreso en los semblantes el sello inconfundible de la raza, hubo un momento en que me creí en España. El agudo silbido de la locomotora me sacó del ensueño y fuí a dar de bruces en la realidad, a las puertas de Quito.

—“Y esa prominencia, en forma cómica que se distingue a lo lejos, por quien fué construída?” pregunté al Dr. Trujillo, mi amable y distinguido compañero de viaje.

“Esa prominencia—me contestó sonriendo, como queriendo con la sonrisa disimular su sorpresa por mi ignorancia—es el famoso *Panecillo*, un observatorio natu-

ral y espontáneo, desde el cual se abarca la vista panorámica de Quito y sus alrededores, y más allá, el círculo inmenso de la Cordillera de los Andes.”

Ya habíamos llegado. En el andén ví caras conocidas. Allí estaban, en primer término, mi antiguo amigo, Alejandro Escudero, Encargado de Negocios de España, y a su vera dos bellas amigas mías que fueron a esperarme con la intención, sin duda, de asegurar el éxito de mis primeras impresiones: la señora Mercedes A. de Avilés y la señorita Estela Franco, hoy por su matrimonio, la Baronesa de Stael.

Después de los saludos de rúbrica y de haberme presentado al Dr. Salazar, abogado de nuestro Consulado, montamos en el auto de Escudero, camino de la Legación de España donde me alojé.

Capítulo Onceno

La vida mundana en Quito.—Sibaritismo elegante.—Visitando al Presidente de la República.—Aciertos confirmados.—Balance político.—El régimen parlamentario.—Cómo piensan los obreros.—Los más temibles revolucionarios, sin saberlo y sin quererlo.—La real politik.—La masa neutra.—Prensa ecuatoriana.

ALEJANDRO Escudero y Galofre tiene alma de artista y gustos de gran señor. La Legación de España era en su tiempo, un pequeño museo de arte... muy elegante y muy comfortable además.

En Quito donde la vida social es muy intensa y muy animada, el servicio de mesa revela al conocedor sibarita de ricos bocados. Pude apreciarlo y saborearlo a placer en las suntuosas comidas con que me obsequiaron los diplomáticos acreditados cerca del Gobierno del Ecuador y sobretodo en los espléndidos almuerzos ofrecidos por los particulares. Almuerzos exquisitos como el que nos sirvieron en la elegante mansión de los señores de Eastman Cox y en el cual se advertía la delicada intervención

de una dama distinguidísima de rancio abolengo aristocrático y de un hombre de mundo; originales y sabrosos como el que nos ofrecieron a Escudero y a mí, en la mayor intimidad, los señores de Stagg, pareja joven y simpática que actualmente está en Suiza.

Durante mi estancia en Quito, las reuniones, las excursiones en automóvil, los tés, los bridges, las matinées y los bailes se sucedían sin interrupción. La vida social en Quito no se diferencia en nada de la de las grandes ciudades de Europa; y aún merece consignarse que las familias distinguidas batían el record de la gentil y elegante hospitalidad. Las bodas de dos Marianitas aristocráticas, muy bonitas las dos, la de la señorita León con el señor Chiriboga y la de la señorita Borja con el señor Zaldumbide constituyeron en aquellos días dos acontecimientos sociales del mejor tono.

La que hoy se llama doña Mariana Borja de Zaldumbide, con quien tuve el gusto de hacer un viaje a Europa y cuyo simpático esposo nos ganó al Poker un platel durante el viaje, es hija del ilustre escritor y distinguido jurisconsulto Dr. Don Luis F. Borja. Hallándome en Quito asistimos Escudero y yo a una sesión memorable de la Academia Nacional de la Historia en la cual el Dr. Borja pronunció un discurso elocuentísimo enalteciendo a España en términos que llegamos a conmovernos mi amigo y yo. Pero si hubo emoción de mi parte, no hubo sorpresa. Un hombre del abolengo intelectual del Dr. D. Luis F. Borja no puede pertenecer a la categoría de esos historiadores que admiten como sentencias firmes alegaciones gratuitas. Sabido es que la Historia de España en América durante tres siglos, fué una constante conspiración contra la verdad.

—Acompañado del Encargado de Negocios de España, el tantas veces citado Don Alejandro Escudero y Galofre, tuve el honor de visitar en su despacho oficial al

señor Presidente de la República, Dr. Don Isidro Ayora. En otra parte de este libro he expuesto con toda imparcialidad mi modesta opinión sobre su actuación política durante el gobierno de la Dictadura. El Dr. Ayora me recibió con sencillez y cordialidad, sin obstáculos protocolarios de ninguna especie. En los cortos instantes que duró la entrevista—a mí me parecieron muy cortos—pude apreciar las razones que movieron a los revolucionarios de Julio a poner en sus manos la temible y temida Dictadura. Hombre sano, de espíritu amplio y liberal, unido a su vasta cultura, un carácter sereno y varonil. Su elevación al cargo de Dictador fué, sin duda, uno de los grandes aciertos de la revolución juliana, así como su elección para Presidente Constitucional de la República constituye el acierto más saliente de la Asamblea Nacional.

—No es empresa fácil para un extranjero hacer un balance exacto de la vida política en un país, entendiendo por tal, no el resumen de hechos legislativos, gubernativos, de propaganda, y electorales, sino, la información exacta, y por de contado imparcial y objetiva, del movimiento de las ideas y de los partidos.

Refiriéndome al Ecuador me ceñiré, oficiando de información sereno y ecuaníme, a señalar algunas opiniones ajenas que permitan formar un juicio aproximado del estado actual de la política ecuatoriana en algunos de sus múltiples aspectos.

Hay algo en lo cual parecen estar conformes todos, los de la derecha, los de la izquierda y los del centro, y es la gravedad de las circunstancias y la dificultad de los remedios. Si todavía resuenan voces optimistas, téngase por seguro que obedecen a una de estas dos causas: o al egoísmo muy humano del que no ha sufrido las consecuencias del mal general o al patriotismo heroico del que, aún perdida interiormente la fé, sigue proclamando y di-

fundiendo la esperanza, por si se equivoca, para no desalentar a los otros o para evitar el peligro que en el país representaría una declaración unánime de impotencia.

Si este pesimismo político fuese tan pasivo como lo es de suyo el pesimismo verdadero, podría yo dar por terminado el balance. Pero ya he dicho que muchos de los pesimistas siguen luchando y alentando a los suyos como si no lo fueran.

Los pesimistas de verdad hay que buscarlos entre los jóvenes intelectuales que, abominando de la política y de los políticos, consideran absolutamente estéril todo esfuerzo para encauzar la vida pública y se niegan, por lo tanto, a formar en las filas de los partidos históricos, formalmente constituídos.

—Como en muchas otras partes, se observa aquí desde luego, una corriente fortísima antiparlamentaria. Los vicios del sistema, la infecundidad de las Asambleas para todo lo que interesa al país, el gasto constante de energías en cuestiones personales y menudas, han divorciado la opinión del Parlamento. No son ya los reaccionarios capitaneados por el clero, sino los mismos hombres formados al calor del régimen, que blasonan de liberales y que se llaman con honor demócratas avanzados, quienes van perdiendo o han perdido la fé en la representación nacional.

En vano los que ven las cosas sin perjuicios, arguyen que mientras las mayorías se formen como se formaron hasta aquí, artificialmente; y mientras los gobiernos se amparen en la impunidad que le dan las mayorías para gobernar a su antojo y albedrío, no se puede hablar de representación nacional, ni de que exista en realidad régimen parlamentario; que quien no actúa no puede ser responsable de lo que hace quien ocupa su puesto, la opinión sigue culpando al sistema y al régimen, pidiendo...

¿qué?... Las voces se detienen una vez formulada la acusación.

No falta quienes aleguen que el parlamentarismo ha terminado ya su misión y que bueno y útil para su tiempo, hoy es un estorbo. Y resulta curioso advertir que esta calificación de cosa pasada la aplican algunos a todo el liberalismo, limón que soltó su jugo y que sería inútil seguir exprimiendo. Este concepto del liberalismo ha restado valiosos elementos al partido liberal histórico que acaudilla el ilustre hombre público señor don Enrique Baquerizo, que han ido a engrosar las filas del partido radical, partido nuevo, sin caudillo aparente, aún cuando su silueta ya empieza a dibujarse con rasgos destacados, inequívocos...

Huelga decir que los partidarios del liberalismo integral oponen a los radicales una observación fundada en la experiencia y dicen: que muy a menudo, lo que tomamos por agotamiento de una doctrina no es más que inhabilidad de los hombres para hacerla fecunda; y que muchas ideas desechadas por su falta de éxito, solo fueron hasta hoy aplicadas superficialmente y la humanidad ha de volver a ellas si quiere resolver con acierto muchos de sus problemas.

—Y la masa obrera ¿qué piensa? El trabajador del campo no dice nada; vive al margen de la política. El obrero de las ciudades considera a todos los partidos políticos, llámense radicales, liberales o conservadores como partidos burgueses, Y por lo mismo, procuran organizarse entre sí, para obtener lo que más les interesa; su progreso y sus ventajas, con absoluto desvío de todo lo demás.

El gobierno que preside el Dr. Ayora por sus leyes protectoras del obrero, no tiene simpatías entre los conservadores. Las clases conservadoras de todos los tiempos y de todos los países vieron siempre en las reivindica-

ciones populares una doctrina de odios y represalias, una intolerable rebeldía con su fúnebre cortejo de venganzas y violencias. Pero no es así. La política social digna de este nombre y en manos de gobernantes discretos no representa eso, ni pretende invertir los factores y establecer una dominación al revés; ni es tampoco un despojo y el infantil reparto de los bienes adquiridos. Es o debe ser el retorno al equilibrio normal y equitativo, la sustitución del actual desorden por un régimen de solidaridad y de justicia, realizados sin violencias, por etapas, con arreglo a las leyes de toda humana evolución. Y esto no puede asustar ya a nadie. ¿Qué son las leyes dictadas en Europa y en América, limitando la jornada, reglamentando las condiciones del contrato de trabajo, creando cajas de retiros, prescribiendo el seguro obligatorio, sino aplicaciones parciales de la doctrina socialista?

Poco a poco, casi por manera insensible, se ha ido abandonando la arcaica concepción de la libertad del trabajo, reconociendo al Estado el derecho de intervenir en las relaciones contractuales entre patronos y obreros, y de reglamentar las condiciones de la producción industrial.

Cada una de esas intervenciones es una restricción al derecho de propiedad tal como lo entendían aquellos rígidos economistas para quienes el Estado debía cruzarse de brazos y dejar hacer. Y el derecho y la libertad de los contratantes con ocasión del contrato de trabajo es un absurdo. Cuando el obrero acosado por el hambre, influido por los gritos angustiosos de sus hijos que piden pan o por la voz lastimera de su esposa que agoniza de dolor, se ve forjado a aceptar las condiciones que el patrono le impone ¿dónde están la libertad y el derecho? ¿Cruzarse de brazos! ¿Qué sería de nosotros si esa multitud de trabajadores que pone en movimiento todos los resortes de la vida social, que acciona nuestras fábricas

y conduce nuestros ferrocarriles, que siembra nuestros campos y recoge nuestras cosechas, que da vida, y luz calor a todo lo que nos rodea, se cruzara de brazos y los dejara inmóviles en medio de las ciudades yertas y los campos mudos?

La prudencia más elemental aconseja evitar los choques directos, hacer concesiones cuando sean justas, y entrar por el camino de la conciliación y de la justicia. Cerrar los ojos no es evitar el peligro. Una legislación progresiva, escalonada, puede evitar a las colectividades la confusión y el pánico de las sacudidas violentas. Siempre será más cuerdo prevenir que reparar.

—Los más terribles revolucionarios, los más imprudentes, son a veces sin quererlo y sin saberlo, aquellos que apegados a las viejas concepciones, se empeñan, con su incomprensible obstinación, en robustecer y dar alas al peligro proletario. Son los mejores apóstoles, los más eficaces propulsores de la inevitable transformación de las ideas, porque sólo su terca hostilidad ha podido dar incremento en tan pocos años al comunismo revolucionario. Lo han hecho madurar a cintarazos de injusticia. Y cada vez que un nuevo atropello se añade a la serie ilimitada de los ya cometidos, cada vez que procuran hincar con más fiereza las espuelas en los flancos del potro que esperaban tener dominado para siempre, acercan más y más el instante en que la fiera maltratada y herida se dispondrá a sacudir el yugo de su infortunio. No se quejen después de las consecuencias de la caída. Dé lo que pueda ocurrir ellos serán los primeros responsables. Nadie puede prever como han de consumarse las sacudidas de la historia.

—Pero las leyes sociales para ser justas y viables deben ser concebidas y redactadas teniendo en cuenta el espíritu de equidad y el interés nacional. La más leve

parcialidad a favor de una clase determinada equivaldría a desvirtuarlas y anularlas.

Ahora bien, si cada partido tiene, en teoría al menos, un tanto por ciento en el poder, equivalente a su volumen electoral, cada clase social debe tener en las preocupaciones del Gobierno un lugar proporcionado a su importancia numérica.

El Estado debe garantizar a todos los ciudadanos la posibilidad de ganar el pan con el sudor de su frente, porque para el hombre que vive de su trabajo, negarle este derecho equivale a negarle el derecho a la vida. Y como las necesidades humanas no son simplificables hasta lo infinito, no es justo que el salario esté sujeto a los vaivenes de la oferta y de la demanda, ni que el precio de las materias indispensables a la subsistencia del pueblo puedan quedar a merced del capricho de los particulares.

—En todo país que quiera vivir y progresar dentro del círculo de las naciones más adelantadas, es indispensable iniciar lo que llaman los alemanes una *real politik*, es decir, una política de reformas inmediatas y prácticas.

La política útil, real, patriótica, no ha de ser una política verbalista, de declamaciones huecas y gritos rínicos, pero tampoco será una política de estancamiento y de atraso. A igual distancia de las ideas demoleadoras y anárquicas, y de los egoísmos crueles, existe un terreno de inteligencia cordial que conviene a todos.

Hay que concluir con todo lo que significa prejuicios y oscurantismo. Hay que acabar con todas las utopías contenidas en eso que llamó Garófalo la superstición comunista.

En el desvanecimiento de los odios y en el desarme de los egoísmos, cuando el hombre aligerado de sus prejuicios seculares y sus obstinadas desconfianzas, comprenda al fin las lecciones de la naturaleza y las leyes del progreso, juventud y porvenir serán sinónimos en nues-

tro pensamiento y cada cual dirá como D'Anunzio, encarándose con la inmovilidad y la muerte "el pueblo es juventud y es vida, yo me voy con la vida."

Los hombres que no participen de estos ideales, ni han sabido leer en el libro de la historia, ni tienen conciencia del porvenir de los pueblos.

—¿Y la masa neutra?

La llamada masa neutra cree en la recta intención del actual gobierno, como creyó y dió apoyo a la revolución juliana y luego a la Dictadura. Piensa además que, en las presentes circunstancias, planteado el problema de los límites con el Perú, debe prestarse al Gobierno constituido, sea el que fuere, el apoyo necesario y patriótico a fin de aparecer unidos y presentar un frente único.

No cabe duda que, dada la actual organización de la vida política, el porvenir de cada partido y su éxito en la opinión general dependen, en gran medida, del fracaso de los otros. Cuánto peor lo haga el contrario, más seguro es que las simpatías de la masa se dirijan del lado de los que no se han gastado todavía, esperanzada en que estos harán lo que aquellos no han sabido hacer. De aquí, lógicamente, que a ningún político de pura cepa le convenga el acierto de los gobernantes y procure por todos los medios el fracaso de las iniciativas ajenas. Es caso un axioma en política que las cosas son buenas o malas, no por sí mismas, sino por la persona o el partido de donde proceden. Obrar de otro modo equivaldría a un suicidio partidista y el instinto de conservación de los organismos los lleva naturalmente a practicar ese medio de defensa. En la historia parlamentaria hay muchos casos de proyectos beneficiosos que no llegaron a ser ley por la oposición, puramente política (no por convicciones hondas en punto a su procedencia) de los partidos alejados del poder. Semejante conducta no es, por otra parte, cosa especial y peculiar, sino general de toda agrupación o cor-

poración que tiene intereses creados y aspira a dominar, a mandar en cualquiera esfera de la vida. De ahí la discusión tantas veces renovada en todos los países, de la política patriótica y la política de partido.

Legítima y noble es la lucha por las ideas; noble y legítimo el deseo de hacerlas triunfar conquistando el poder con el apoyo de la opinión pública revelada en los comicios; pero hay momentos en la vida de un pueblo que imponen treguas patrióticas y en los que no se debe especular en el terreno de las doctrinas abstractas cuando se agitan problemas concretos de vida o muerte que es urgente resolver.

—No necesito esforzarme en demostrar que, en estas cortas líneas consagradas a exponer la situación política, he procurado hacerlo objetivamente, con imparcialidad absoluta, transcribiendo opiniones ajenas recojidas en periódicos, folletos y revistas y también en reiteradas conversaciones sostenidas con distintos elementos representativos de la política ecuatoriana.

—Dos son los grandes rotativos que en Quito se disputan los lectores y la hegemonía de las ideas: *El Comercio* y *El Día*. Ambos pertenecen a empresas periodísticas arraigadas y serias. Los hermanos Don César y Don Carlos Mantilla dirigen *El Comercio*, periódico conservador. El director de *El Día*, Don Ricardo Jaramillo, profesa ideas liberales.

A fin de que mis lectores puedan tener una impresión de conjunto respecto al periodismo ecuatoriano, voy a citar algunas de las publicaciones periódicas más importantes, con expresión del lugar donde se editan. Si alguna omisión se notara acháquese a olvido involuntario, no a intencionada preterición.

QUITO:—*El Comercio*—*El Día*—*Anales de la Universidad Central*—*Atenea*—*Boletín de Hacienda*—*El Derecho*—*El Centinela*—*El Ecuador Comercial*—*El*

Ejército Nacional—Entelequia—Informaciones—Revista de la Sociedad Jurídico Literaria—Revista Nacional de Agricultura.—La Vanguardia.

AMBATO:—El Cosmopolita—Cultura—Educación Moderna—El Municipio—La Provincia—El Rayo—La Voz del Tungurahua.

BAHIA:—Boletín de la Cámara de Comercio y Agricultura—El Caraquense—El Heraldó—La Provincia.

BABAHOYO:—El Repúblico.

CATARAM:—Veinte de Diciembre—Gaceta Municipal.

CAÑAR:—Nuestra Voz.

CUENCA:—La Alianza Obrera—Boletín Abdón Calderón—La Crónica—El Diario del Sur—El Ideal Católico—La Mañana—El Mercurio—El Progreso—Renovación—Revista de la Universidad—El tres de Noviembre—Revista del Centro de Estudios Históricos y Geográficos de Cuenca.

ESMERALDAS:—El Correo.

GUARANDA:—Aspiraciones Nacionales—El Bolivarense—La Unión—El Municipio.

GUAYAQUIL:—A media luz—Anales de la Sociedad Médico-Quirúrgica del Guayas—La Aurora—La Bandera de Cristo Rey—Boletín de Medicina y Cirujía—Boletín de la Cámara de Comercio y Agricultura—Boletín de la Subdirección agro-pecuaria—El Bombero guayaquileño—Ciencias y Letras—Comercio Internacional—El combate—Confederación Obrera—El Comercio—Revista Banco del Ecuador—Diario del Pueblo—Diario de la Marina—Ecuador Turing-Club—El Ecuador Ilustrado—El Filántropo—Guayaquil Comercial—Guayaquil Gráfico—El Montuvio—Novedades—Páginas Selectas—Renovación—Revista del Colegio de Rocafuerte—Revista Chile—Revista de la Asociación Es-

cuela de Derecho—Estudiantil—El Telégrafo—El Universo—Savia—Sport.

IBARRA:—Boletín del Batallón Pichincha—Revista de instrucción primaria.

JIPIJAPA:—Eloy Alfaro—El manabita.

LATACUNGA:—Cultura leonesa—Social—Renovación—Revista municipal.

LOJA:—El luchador lojano—El obrero lojano—Renacimiento—Revista del Colegio Valdivieso—El Vigía.

MANTA:—El año nuevo—El Mercurio—Boletín de la Cámara de Comercio y Agricultura.

OTAVALO:—Imbabura—Revista de Instrucción Primaria.

PORTOVIEJO:—Alborada—El Cronista—La Escuela—Iniciación—El Radical—El Vigía—Patria Libre.

RIOBAMBA:—El amigo del hogar—Los Andes—Dios y Patria—La Flor de los Andes—Palpitaciones—Don Quijote—La Razón—Revista Municipal.

SANTA ROSA:—El Rayo—La Aurora—Renacimiento.

TULCAN:—Boletín Municipal—El Carchi.

VENTANAS:—El Clarín.

VINCES:—Juventud.

ZARUMA:—El Oro.

Si es cierto, como afirma un escritor francés, que la Prensa periódica de un país es el signo más patente de su cultura, basta la relación anterior para concluir que la del Ecuador raya a una altura envidiable. El analfabetismo en las ciudades es casi nulo. Y en los diarios y Revistas que componen la Prensa del Ecuador se advierte un noble afán de renovación constante y progresiva; y un anhelo ardoroso por abarcar horizontes, más amplios cada día, en la esfera de la intelectualidad. Por carencia

de una propaganda eficaz y perseverante se desconocen en Europa y hasta en América gran número de escritores, poetas, historiadores y hombres de ciencia que en el Ecuador han sido y son en la actualidad. Hasta en ciudades que, como Cuenca, por falta de comunicaciones rápidas y fáciles, aparece un tanto aislada del movimiento nacional, la vida intelectual es muy intensa. No encajaría en los moldes peculiares de estos Apuntes, escritos a vuela pluma, la monótona y además de monótona incompleta relación de los hombres . . . y mujeres que, en este país de los grandes destinos, descuellan en las letras, en las artes o en la ciencia. Mi propósito se reduce por ahora, a poner de relieve un hecho poco conocido en el mundo.

Para hilvanar una lista zurcida con el recuento de los escritores más salientes del Ecuador, obra que está por hacer, sería, menester un libro de muchas páginas. ¡Quién sabe!, si algún día me decidiré a escribir la Antología crítica del Parnaso femenino-ecuatoriano, tan vario, tan interesante y muy poco conocido. Basta echar una rápida ojeada sobre las Revistas técnicas que se publican en Quito y en Guayaquil, para sentar la afirmación de que el Ecuador figura diganmente en el científico y técnico concurso de las naciones cultas. Médicos y cirujanos notabilísimos, ingenieros y arquitectos competentes, historiadores y críticos de arte se cuentan en el país en muy honrosa proporción.

Capítulo Duodécimo

Una plaza, un jardín y una columna.—Palacios y Templos.—“La Compañía”.—Más templos.—Vindicando a España. De Don Quijote a Sancho.—Las Universidades y los universitarios.—El Ejido y la Alameda.—En el valle de los Chillos.—El jefe del partido conservador.—Propaganda, propaganda.

LA ciudad de Quito, a pesar de sus construcciones modernas, de su Ejido y su Alameda, de sus calles bien pavimentadas, de sus tranvías eléctricos y un buen servicio de automóviles, no ha perdido su simpática fisonomía de ciudad colonial, inconfundible.

Al día siguiente de mi llegada, no bien hube descansado del viaje y de la fiesta que Alejandro Escudero dió en mi honor al Cuerpo Diplomático, salí de la Legación de España para dar una vuelta por la ciudad, queriéndola abarcar en una visión de conjunto. Después de cruzar solo y a pie dos o tres calles, me detuve en el portal de una esquina, como quien se detiene para aspirar las fragancias de un perfume. Quise sobretudo orientarme. La

animación jubilosa de la ciudad causó en mí tan honda impresión de sorpresa y asombro que quedé como estático contemplando largo rato el movimiento incesante de las gentes en un marco alegre, encantador, de inefable poesía.

Caminando luego al acaso, me encontré en el Parque florido de la Plaza de la Independencia. En el centro se alza majestuosa la columna consagrada a perpetuar la memoria de los héroes del Diez de Agosto, hermoso monumento, comparable al que se alza en la Plaza del Centenario de Guayaquil que cinceló nuestro genial Agustín Querol. Sirven de paramento a aquella Plaza cuatro edificios muy notables: la Catedral, el Palacio de Gobierno, el Municipal y el Palacio del Arzobispo. La amplitud de la Plaza, la esbeltez de la Columna y las bellísimas flores del Parque son dignos de una gran ciudad.

Seguí recorriendo la población, caminando con deleite, cada vez más admirado. Las calles asfaltadas, adoquinadas y empedradas a todo lujo, son limpias como las calles de Holanda y Bélgica. En muchas de ellas se ostentan casas de moderna construcción que alternan con otras admirablemente conservadas del más puro estilo colonial. Las fachadas de los templos de la Compañía de Jesús y San Francisco son verdaderas joyas arquitectónicas. No he visto en América nada que supere ¿qué digo superar? que iguale tan siquiera a estos dos monumentos primorosos del arte religioso español. El templo de la Compañía de Jesús es para el artista uno de los más bellos del mundo; para el creyente, uno de los más venerables. Entrar en él al salir de la Legación de España, equivale a recorrer en un instante, el espacio que separa el principio y el fin de dos civilizaciones. Este suntuoso monumento representa un alarde arquitectónico, casi único en su clase y en su tiempo. En los siglos que siguieron a su construcción sólo se ven modestas copias o ensa-

yos originales de menor interés artístico. La arquitectura religiosa del período colonial murió con el siglo XVII, pero antes de desaparecer nos dejó esta flor admirable que contiene toda la gracia, todo el perfume, todo el colorido del ensueño que la inspira. Visto a distancia el templo seduce por sus admirables proporciones, la pureza de sus líneas, la majestad de sus bloques de piedra, las filigranas de sus adornos. Pero la verdadera impresión de palacio encantado la experimenta el viajero al penetrar en el santuario mismo. No es posible imaginar tanto lujo unido a tanto refinamiento. Es la realización inverosímil del misticismo eternizado en oro y plata. Por doquiera que nuestra vista se posa algo admirable, por el arte y por el lujo, nos embelesa. Cada detalle es una joya, cada adorno es un milagro. Parece un templo aristocrático construido para que mediten los poetas y recen los príncipes.

Cuando uno sale de "Compañía", después de haber visitado San Francisco y la Catedral, no se sienten deseos de visitar otros templos. Quedan, no obstante, por ver: "San Agustín, La Merced, Santo Domingo, Santa Clara, entre muchos. La piadosa y artística peregrinación no acabaría nunca. Para hablar como es debido de tantas joyas de arte sería preciso describirlas una por una, poniendo de relieve sus características arquitectónicas, sus filigramas, sus matices, su lujo increíble de detalles minuciosos y añadir a su descripción la reseña de las reliquias, tan dignas de admiración como los templos donde se atesoran.

—Esta profusión de iglesias y capillas en una ciudad de reducidas dimensiones, llama la atención de algunos extranjeros. Nada es, sin embargo, más natural. En aquellos tiempos pretéritos los hombres mezclaban la religión con todos los actos de la vida. Para levantar un templo era necesario la intervención del Cielo; para en-

contrar un objeto perdido, la de un santo; para salvar a un hombre de cualquier mal, se recurría a las aguas milagrosas. Los tiempos eran así. No debe echarse sobre los hombros de una raza responsabilidades que incumben a la época en que se contrajeron. La raza egipcia que llegó al más alto grado de civilización cuando Grecia era todavía un país salvaje; que vió pasar tantas civilizaciones sucesivas ante la sonrisa de su Esfinge, fué el pueblo más supersticioso de la tierra.

La época en que se alzaron los templos que hoy admiramos en Quito, marcó el fin de la gran era cristiana. A partir de aquél entonces, las alas del ideal se rompieron y Don Quijote despertó del ensueño para abrir los ojos al mundo de Sancho Panza. Y Sancho le sobrevive; se ha instruido, se ha modernizado, ha hecho fortuna y hoy reina con tal imperio que habrán de transcurrir muchos siglos antes de que resucite el ideal. Sabio es Don Quijote y bueno, valeroso y humanitario, según Sancho Panza; pero el valor, la bondad y la fé de su amo, llevados a la práctica, son demencia. La sociedad nueva enjuicia a sus predecesoras y las declara, por boca de Sancho, locas de atar. El alma colectiva, ya en plena madurez, halla su símbolo en Sancho. Y cada sentencia del ingenioso escudero, cada consejo a su amo, cada impulso espontáneo de su corazón es la negación vergonzante de aquellas supremas ansias de ideal, de vida generosa y noble que fueron sembrando los héroes y los santos en el camino de la gloria y del bien. ¿Qué son los caballeros andantes del siglo XV, qué los conquistadores y navegantes del siglo XVI y XVII sino el postrer asilo de la idealidad rota, la palpitación postrera del alma sedienta de ensueños?

¿No es Enrique Heine el que dijo: “¡Oh! filósofos fríos y razonables! Con qué desdén sonreís mirando de arriba abajo los tormentos y la locura del pobre Don

Quijote, sin daros cuenta, con toda vuestra sabiduría, de que aquel quijotismo es lo más excelso ypreciado de la vida, es la vida misma”?

Recuerdo que era yo muy niño cuando mi padre puso en mis manos una edición de la *Vidas y hazañas del ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*” escritas por Miguel de Cervantes Saavedra. Fué el primer libro serio que leí después de tener uso de razón y cuando comenzaba a dominar un tanto la lectura. Todas las mañanas me escapaba al jardín para leerlo sin que me interrumpieran. Me sentaba en un viejo banco de hierro mohoso en la llamada Avenida de los Pinos, junto al estanque, y allí dejaba que se regocijase mi infantil fantasía con las grandes aventuras del noble caballero. Confieso que a medida que avanzaba en la lectura del libro maravilloso, Don Quijote subía de punto en mi estimación, y sufría, sufría de veras viendo como le escarnecían por su heroísmo y como recibía ingraticudes y golpes por su generosidad. ¡Qué profunda lástima me inspiraba aquél populacho bajo que maltrataba brutalmente al héroe; y qué profundo desprecio, aquellas gentes más altas que con elegantes palabras y entre blasones y encajes, se burlaban de un hombre que les era tan superior en hidalguía y valor. Recuerdo que no pude contener las lágrimas (en mi infantil honradez todo lo tomaba en serio) cuando llegando al final de la historia, leí cómo el noble caballero, débil y flaco de cuerpo y mohosa la armadura cayó privado de sentido y maltrecho; y como sin alzar la visera, con voz doliente, le decía al vencedor: “Dulcínea es la más hermosa mujer del mundo y yo el más desdichado caballero de la tierra, y no es bien que mi flaqueza defraude esta verdad; aprieta, caballero, y quítame la vida, pues me has quitado la honra.”

Oh! Y este brillante caballero de la “Blanca Luna”, que venció en singular combate al hombre más hidalgo

del mundo, . . . era un barbero disfrazado! Hoy me admira el ingenio portentoso, sin igual, de Cervantes; pero en aquella época de mi niñez, ante el ultraje del destino y la cruel ironía de la suerte, cerré el libro con rabia y sentí crispaciones en los puños y más calor en las mejillas. No cabe duda que la juventud es desinteresada en el pensar y el sentir.

—Los principales establecimientos dedicados en Quito a la Instrucción Pública, dejando a un lado los colegios de primera enseñanza, son el Instituto Nacional Mejía, la Escuela de Bellas Artes, el Conservatorio Nacional de Música y Declamación, los Institutos Normales de varones y señoritas y la Universidad Central.

En las Universidades ecuatorianas, en medio de los futuros doctores, se advierte la austera sencillez de los catedráticos. La disciplina es fraternal y suave. Entre los alumnos reina una cordial y simpática familiaridad. Todos se consideran hermanos en la cultura sin distinción de origen ni de posición, probando así que la ciencia y el estudio, amando por igual a cuantos los cultivan, nivelan las condiciones sociales.

Bajo el punto de vista de la técnica pedagógica, hay que reconocer que tanto los profesores como los estudiantes de las Universidades, se inclinan resueltamente a los principios que informan la pedagogía y el espíritu modernos. Centros de donde han salido médicos, abogados y hombres de ciencia tan notables, pueden figurar dignamente entre los mejores.

Hay que aplaudir sin reservas la tendencia casi unánime del profesorado a educar a la juventud universitaria en la sencillez del lenguaje, en la sinceridad y claridad del pensamiento científico, en una disposición de espíritu a propósito para estudiar y estimar el alma del pueblo y contribuir prácticamente al engrandecimiento de la patria. Más que a prohibir ansias de pedantería, se

tiende en las Universidades ecuatorianas a educar a la juventud para misioneros del progreso nacional, estimando en todo su valor el cúmulo de factores ideales que para el hombre moderno representa el amor a la patria.

La idea muy extendida en ciertas Universidades europeas de que los universitarios deben formar gremio aparte y considerar a las gentes sin *literatura* como seres irracionales a los que hay que enseñar poco menos que a andar en dos piés, es una superstición literaria que arraigó entre los que *llevados en andas* de un tecnicismo falso y absorbente, siguen por caminos ya trazados con el carro de la cultura clásica, sin enterarse de lo que se pudre dentro del carro, ni de los campos que florecen en derredor; siguen sin enterarse de que la ciencia del Folklore, tan ridiculizada por la pedantería, y la ciencia de la Etнологía, negada por ciertos ratones de biblioteca, vienen a demostrar que aquella idea no responde a nada real y humano.

Cuando la Universidad se convierte en una escuela de rebeldías y de ideas disolventes; en un foco de antipatriotismo y antimilitarismo, deja de ser un centro de cultura para convertirse en un club.

Siempre recordaré con fruicción las conversaciones tenidas con estudiantes ecuatorianos adscriptos unos a la Universidad de Quito y otros, a la de Guayaquil. Qué modo de razonar tan sereno, tan juicioso y tan inteligente en jóvenes que no han cumplido todavía veinte años.

—Reanudando el hilo interrumpido de mis correrías por la capital de la República, no pueden quedar en el tintero, la Alameda y el Ejido (Parque de Mayo), no terminado todavía cuando estuve en Quito.

El Ejido es parque, avenida, paseo y campo de deportes, todo en una pieza. Afirmino que por su extensión y emplazamiento no hay nada comparable en Sud América.

En cuanto a la Alameda, con su lago y sus características lagunas, con el eterno verdor de sus plantas y arboleda, constituye un lugar ideal de esparcimiento y parece un alarde primoroso de buen gusto hecho a espátula por el capricho de un admirable paisajista.

—Y con todo, la belleza intrínseca de la ciudad de Quito se completa y acrecienta con la de sus alrededores incomparables. Si esa zona perteneciera a los Estados Unidos del Norte, sería hoy tan conocida en el mundo y tan visitada como la región del Niágara o la del Colorado Canyon.

Los caminos que conducen fuera de la capital, parecen adornados con paisajes escogidos entre mil para embelazar al hombre. En toda la extensión que la vista alcanza, las quebradas y los valles alternan con las sinuosidades maravillosas, en rica profusión y variedad infinita, y con tan originales estructuras, y matices de colores tan extraños y tan bellos, que el espíritu se recrea en su contemplación como en un éxtasis. Es un país de hadas.

Entre las más bonitas excursiones merece citarse la del Valle de los Chillos, al Norte de Sangolquí. En este valle extenso y feracísimo se halla una hermosa Quinta, perteneciente al ilustre prócer ecuatoriano don Jacinto Jijón Caamaño. En ella se cultiva y conserva con singular esmero un curioso parque zoológico.

—El señor Jijón Caamaño, jefe del partido conservador, Presidente de la Academia Nacional de la Historia, título de Castilla, dueño de una biblioteca valiosísima, figura dignamente entre los más preclaros y más destacados intelectuales de su país. Cuando yo estuve en Quito, el señor Jijón Caamaño se hallaba en el destierro. Pude, no obstante, y quizás por eso, darme cuenta de que su prestigio y su popularidad son muy sólidos. No comparto sus ideas políticas, pero rindó el homenaje debido

a la altura de miras y al noble desinterés con que las defiende.

En el Valle de los Chillos está enclavada también la finca del señor don Leopoldo Mercado. Al visitarla, nos pareció que los jardines del Parque de María Luisa en Sevilla, los de la Vega de Granada y los de la Costa Azul, habían sido trasplantados allí por arte mágico de los hombres y el milagro de la Naturaleza.

Otras Quintas muy bellas de los alrededores de Quito pertenecen a las familias Aguirre, Chiriboga, Gango-tena, Jijón Larrea, Lasso, Uribe y muchas más.

—¡ Propaganda! ¡ Propaganda!

Con el auxilio del Gobierno, con la ayuda eficaz y entusiasta de los Concejos Cantonales, con el concurso resuelto de los ricos, sean agricultores, comerciantes o industriales, pertenezcan al Ejército o a la Magistratura, ya se dediquen a las profesiones liberales o a la muy lucrativa de banquero, debiera editarse *La Gran Revista del Ecuador*, que difunda alrededor de la tierra, las bellezas, las riquezas, las posibilidades económicas y los progresos científicos y literarios del país. Sólo se ama y se estima lo que se conoce.

El capital empleado en ella retornaría al Ecuador centuplicado y en mil formas y maneras.

Si la América del Norte consiguió atraer a Panamá para construir un canal millares de trabajadores, condenados de antemano a perecer víctimas del paludismo destructor y múltiples enfermedades contagiosas, ¿qué no podría obtener el Ecuador con climas tan variados y tan sanos?

Si los capitales europeos y americanos rinden apenas un 6 o/o de interés anual ¿no sería fácil atraer capitales a una nación en que el suelo y el subsuelo ofrecen fabulosas posibilidades?

Si existen sobre la tierra infinidad de *turistas* que

hacen viajes y más viajes para admirar, muchas veces, un solo monumento y un solo paisaje, ¿cómo no han de venir al Ecuador, donde las flores son más lindas y más fragantes que las de los jardines del Profeta y sus cerros más altos y más bellos que los picos del Righi y del Mont Blanc? Si hoy son legión los que acuden al reclamo de las aguas termales y minerales en busca de alivio para sus dolencias ¿dónde hallarán un país que en un espacio que el ferrocarril salva en pocas horas, ofrece aguas alcalinas como las de Baños, Machachi, Chimborazo y Nono; salinas como las de Guapán, Quillota y San Vicente; ferruginosas como las de Alangasi; aciduladas como las de Tesalia y sulfurosas como las de Yua en la provincia de Manabí?

Si en el mundo se cuentan por centenares las grandes compañías dedicadas a la explotación de yacimientos y minas ¿por qué no habían de establecerse aquí las necesarias para explotar los ricos lavaderos de oro en Noban, Collay, Ayon y Santa Bárbara; los de oro y plata en los ríos Cayapas y Santiago; los mármoles de Tejar y Racar, dignos de competir con los mármoles de Carrara; y el cobre y el zinc, el azogue y el azufre, el petróleo y el carbón que se atesoran en las provincias de Azuay, del Cañar y del Guayas?

¡Propaganda! ¡Propaganda! ¡Propaganda! Lo demás vendrá y lo tendréis por añadidura. No os importe ni os duela que vengan de lejos trabajadores rudos a cultivar vuestra tierra y codiciosos capitalistas a explotar vuestro suelo inexplorado. Por vuestras ciudades pasarán ráfagas de vida, efluvios de rica fecundidad por vuestros campos; y el claro solar resplandeciente será, en un porvenir próximo, emporio de riquezas y orgullo de la raza.

APENDICE

LISTA POR ORDEN ALFABETICO DE LOS APELLIDOS QUE FIGURAN
EN ESTA OBRA

Aguilar — Aguirre — Ala-Vedra — Alcazar — Alcedo — Alfaro — Almagro — Altamira — Ampués — Andrade — Aninat — Ansola — Aranda — Arellano — Arias del Castillo — Arizaga — Arisiaga — Arosemena — Arrarte — Arroyo del Río — Arteta — Arzube — Ascázubi — Ashton — Aspiazu — Astudillo — Avellán — Avilés — Ayala — Ayora.

Baquerizo — Bastidas — Becquer — Begué — Belalcázar — Benítez — Bolívar — Bonifaz — Borja — Bunge — Burbano — Bustamante.

Caamaño — Cadena (de la) — Calderón de la Barca — Calixto — Campi — Campoamor — Carbo — Cárdenas — Carmignani — Carranza — Carrión — Casa Jijón — Casanovas — Castelar — Castells — Castillo — Castro — Cedeño — Cervantes — Coello — Colón — Cordero — Córdova — Cordovés — Cornejo — Coronado — Costa — Crespo Ordóñez.

Chávez Franco — Chili — Chiriboga.

Dávalos — Darquea — Denis — Descalzi — Díaz
— Díaz Granados — Dillon — Domenech — Durán.

Eastman Cox — Eca de Queirós — Edwards — El-
cano — Elizalde — Emerson — Enrich — Escudero —
Espinosa — Estrada — Evia.

Falcón — Fargas — Febres Cordero — Fernández
— Fernández de Medina — Fernández Salvador — Fer-
rari — Ferré — Florencia — Flores — Flores Corde-
ro — Franco — Franklin — Fortich — Freile — Freire.

Gabriel y Galán — Gago — Galesio — Gallinar —
Galofre — Gangotena — García — García Moreno —
Gargollo — Gault — Gentile — Gómez Cornejo — Gó-
mez Santistévan — Gómez de la Torre — Goicochea —
González — Goribar — Granda — Grau — Grijalva —
Guarderas — Guerrero — Guillén — Gutiérrez — Gu-
tiérrez de Aguilar — Guzmán — Guzmán Vargas.

Haebler — Henríquez de Guzmán — Herdoñana de
Vicuña — Herrería — Hojeda — Hubert — Huerta —
Humbolt — Hume.

Icaza — Illingworth — Insua — Izquieta.

Janer — Jaramillo — Jijón — Jiménez.

Lafronte — Landín — Landívar — Larrea — Las-
so — Lasso de la Vega — León — Levi — Lascano —
Lojas — Lope de Aguirre — López Muñoz — Lorin —
Luque.

Maenza — Maldonado — Madinyá — Maragall —
Marcet — Marcos — Maristany — Márquez de la Pla-
ta — Marriotte — Martínez — Maspons — Matheu —
Mexia — Mexia de Oviedo — Montalvo — Montero —

Morán de Butrón — Moreno — Moscoso — Muñoz — Murillo.

Navarro — Navarrete — Nebot — Negrete — Nélsón — Novoa — Núñez — Núñez de Balboa.

Ocampo — Olobegoitia — Olmedo — Oramas — Orrantía — Ortas — Osorio.

Pagés — Pallarés — Panizo — Pareja — Pazmiño — Peralta — Pérez — Pérez Conto — Ponce de León — Pons — Primo de Rivera — Puig.

Ramírez de Arellano — Rhoder — Récamier — Riccart — Ríos — Rivadeneira — Rivas — Robles — Roca — Roggiero — Romanones — Rosales — Roura.

Sáenz de Tejada — Salazar — Sánchez — Sánchez de Orellana — Santistevan — Sanz Escartin — Seminario — Shepherd — Shettler — Shopenhauer — Sierra — Solá — Sotero — Stael — Stagg — Sucre.

Tama — Tinajero — Tola — Tomalá — Trujillo.

Ugarte — Unamuno — Uribe.

Vaca de Castro — Vaca de Vega — Valenzuela — Valdivieso — Vallejo — Velarde — Vernaza — Vicuña — Villacís — Villagómez — Villamil — Villa Rocha — Viteri — Vivero.

Wolf — Wright — Wyma — Yoder — Zaldumbide — Zamora — Zimmerman.

INDICE

PÁGINA

DEDICATORIA	III
PROYECTO DE LEYENDA.....	V
OBRAS DEL MISMO AUTOR.....	VII
AL QUE LEYERE	IX

CAPITULO PRELIMINAR.—Proa al Ecuador.—
Primeras impresiones del primer viaje.—El río Guayas.—
Guayaquil: el puerto y la ciudad.—Calumnias de despe-
chados.—Una entrevista con el Doctor Córdova, Presiden-
te de la República.—En la “Casa de los Estudiantes”.—
Mi conferencia en la Universidad.—El Doctor D. Camilo
O. Andrade.—Palabra empeñada y cumplida.....

CAPITULO PRIMERO.—“Ecuador es el país en que
se divide el mundo”.—Concurso declarado desierto.—
Guayaquil moderno.—El Palacio Municipal y la Rotan-
da.—El Hotel Ritz.—Apuntes de psicología ecuatoriana.
—Aristocracia y nobleza: árboles genealógicos.—La pri-
mera casa en Guayaquil a usanza de Castilla.—El culto de
los muertos.—Al pic de una sepultura.—El Ejército de la

Patria y los Defensores de la Propiedad.—Homenaje al heroísmo. 9

CAPITULO SEGUNDO.—Vida de sociedad.—La mujer ecuatoriana del siglo XX.—Lo que va de ayer a hoy.—El gran Galeoto.—Emerson y Ramón y Cajal.—La ley del embudo.—Mujeres que parecen hombres.—Feminismo y feminidad.—“Confórmate mujer!”—Caballeros andantes y trovadores.—Los eternos modelos.—Emancipación y cultura.—Filosofía del pueblo.—“Gineacepacinos”.—Mi carnet mundano.—Manojo de rosas.—Más flores. 21

CAPITULO TERCERO.—Influencia de la mujer sobre el hombre.—Trabajo, función sexual.—La misión de las madres.—Escritoras y poetisas.—Rosa Borja de Ycaza.—Piedad Castillo de Levi.—“Puerta cerrada”.—Dje-nana crucificada sobre la “Cruz del Sur”.—Caridad y patriotismo.—Ilustres damas guayaquileñas.—Las fiestas de la Patria.—Teresa Ala-Vedra y Tama.—Angela B. Cedeno.—Isabel María Muñoz. 37

CAPITULO CUARTO.—El Museo de Guayaquil.—Momias de jíbaros.—El Dr. Don Modesto Chávez Franco.—Amigos de España.—Dr. Alfonso Arzube Villamil.—Foro guayaquileño: Baquerizo Moreno, Arroyo del Río, Arízaga Luque.—Prensa diaria: “El Telégrafo”.—Más rotativos.—La Colonia Española.—Reseña al vuelo.—Don Jaime Castells. 51

CAPITULO QUINTO.—La revolución desde arriba.—Juicios ajenos y de mi propia cosecha.—El problema económico.—El látigo de Juvenal.—Piadoso silencio.—El reverso de la medalla.—El Ingenio San Carlos y D. Alfonso M. Zamora.—Pico de oro y pulmones de granito.—El Banco Central.—El Banco más antiguo.—El Banco más moderno.—Haciendo Patria.—Las pobres cédulas reivin-

dicadas.—Un Banco que ya no es Banco.—El hilo de una red.—Estimulando el ahorro.—La Sociedad Filantrópica del Guayas. 69

CAPITULO SEXTO.—Un poco , muy poco de política.—El ocaso de un régimen.—La Dictadura y el Dictador.—Política juliana y Política general.—Autobiografía del Dr. Isidro Ayora.—Sus colaboradores.—D. Julio Moreno, el T. C. Guerrero, el Dr. Viteri Lafronte, el general Chiriboga.—Instantáneas y comentarios. 87

CAPITULO SEPTIMO.—Gonzalo Zaldumbide, canceller.—Las Reales Cédulas.—“Sentencias firmes”... en el aire.—Shepherd, Lorin y Hubert.—Los humanitarios.—A través de una lupa.—La historia que está por escribir.—Desarmando prejuicios 97

CAPITULO OCTAVO.—Las diez y siete provincias.—La flora ecuatoriana es la más rica y variada del mundo.—Mis profesores de Agricultura tropical.—Los ríos de la provincia de Los Ríos.—La Escoba de Bruja.—Una hacienda y dos anécdotas.—Polos opuestos.—Las opiniones de un ilustre agricultor.—Meritísima labor de otro agricultor ilustre.—El triunfo de la voluntad. 109

CAPITULO NOVENO.—Una Granja Modelo... soñada.—El obrero del campo ecuatoriano.—Problemas sociales.—Justicia y fraternidad.—Liberalismo y democracia.—Los tres grandes amores.—Civilización por contagio.—Una parroquia que progresa.—Caminos, caminos, caminos.—La Patria nueva. 123

CAPITULO DECIMO.—De Guayaquil a Quito.—Huigra, Alausí, Palmira.—La Nariz del Diablo.—Riobamba.—El Chimborazo: la nieve en el Ecuador.—Las deliciosas frutas de Ambato.—Grandiosidad del Tungurahua.—En la Provincia de León.—Soñando despierto.—La Pa-

tria a distancia.—A las puertas de Quito: el Panecillo.—
Grata sorpresa en el Andén.—Se acabó el viaje. 137

CAPITULO ONCENO.—La vida mundana en Quito.
—Sibaritismo elegante.—Visitando al Presidente de la
República.—Aciertos confirmados.—Balance político.—El
régimen parlamentario.—Cómo piensan los obreros.—Los
más temibles revolucionarios, sin saberlo y sin quererlo.—
La real politik.—La masa neutra.—Prensa ecuatoriana. . . 147

CAPITULO DUODECIMO.—Una plaza, un jardín y
una columna.—Palacios y Templos.—“La Compañía”.—
Más templos.—Vindicando a España.—De Don Quijote a
Sancho.—Las Universidades y los universitarios.—El Eji-
do y la Alameda.—En el Valle de los Chillos.—El jefe
del partido conservador.—Propaganda, propaganda. 161

APENDICE.—Lista por orden alfabético de los ape-
llidos que figuran en esta obra. 171



